





# Impresiones de viaje

(escritas por una abuela para sus nietos)

---

Isabel Carrasquilla

Prólogo y notas: Paloma Pérez Sastre



Carrasquilla, Isabel

Impresiones de viaje escritas por una abuela para sus nietos / Isabel Carrasquilla ; prólogo y notas Paloma Pérez Sastre. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2011.

188 p. ; 24 cm. -- (Bicentenario de Antioquia)

ISBN 978-958-720-096-6

1. Relatos de viajes 2. Familias colombianas - Viajes 3. Europa - Descripciones y viajes 4. Panamá - Descripciones y viajes I. Pérez Sastre, Paloma, pról. II. Tít. III. Serie.

910.4 cd 21 ed.

A1301240

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

## Impresiones de viaje

(escritas por una abuela para sus nietos)

Primera edición: septiembre de 2011

© Herederos de Isabel Carrasquilla

© Colección Bicentenario de Antioquia

© Fondo editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23. Medellín

ISBN: 978-958-720-096-6

Diseño de carátula: Miguel Suárez

Fotografías del cuadernillo: *archivo familiar de Miguel Arango y Ana Arango de Mejía.*

Editado en Medellín, Colombia



*“Digo lo de una señora de mi pueblo:  
¿Qué tendré yo en estos ojos?”\**

---

*Los viajes son los viajeros.  
Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.*

Fernando Pessoa

El 9 de abril de 1929 Isabel Carrasquilla y Claudino Arango se embarcaron en Puerto Berrío hacia Ciudad de Panamá, llevados por el propósito de acompañar a Jorge, su hijo, quien se sometería a una cirugía. Cumplido con éxito el cometido, y a instancia de algunos amigos, la pareja se dirigió primero a Nueva York y luego a Europa. El día de aguinaldos del mismo año, estuvieron de vuelta en Medellín. Este libro es la deliciosa crónica de ese viaje; un relato ameno, de exquisito y sencillo lenguaje salpicado de humor, pleno de resonancias históricas y literarias, válido como documento y como fino retrato de una personalidad creadora. Le debemos la buena nueva a la familia Arango Carrasquilla que durante 74 años conservó con celo y entrañable cariño un legado que hoy, gracias al Fondo Editorial de la Universidad EAFIT, trasciende el carácter de mito familiar para convertirse en obra nacional. Aquí estudiosos y

---

\* Isabel Carrasquilla, *Impresiones de viaje escritas por una abuela para sus nietos*, p. 118.

lectores encontrarán un texto íntegro y original, enriquecido con notas y anexo que acercarán a los lectores al contexto de su creación.

Lo prolongado del lapso entre la escritura y la publicación de este libro no se debe solamente al pudor familiar, ni es exclusiva de esta obra; es una constante en Hispanoamérica el notable descuido de la crónica de viajes por lectores y críticos. La exclusión del canon se relaciona con la ambigüedad del género, libre e híbrido entre la autobiografía, el diario y el relato de aventuras, con un fuerte componente descriptivo. No obstante, sus autores supieron que tendrían una audiencia y mostraron el deseo de que sus obras se conocieran y divulgaran en el futuro para recordar periodos marcados por sucesos extraordinarios en lo personal o en lo político. Como género invisible y marginal, obras como ésta se unen a las de los autores canónicos para decir e iluminar lo que ya estaba allí: el momento histórico y los pasajes de la vida privada que permiten imaginar y completar los vacíos de la historia, y descubrir el país con nuevos ojos; ya lo dijo Víctor García de la Concha: “Quien sabe mirar, descubre la riqueza de ese tiempo perdido en el que ocurren las cosas”. (García de la Concha, 1945:13).

En Antioquia, la significativa publicación de textos autobiográficos durante la primera mitad del siglo xx se debió a varias razones: entre 1870 y 1940 se fundaron cerca de cien bibliotecas, con las que se superó en número al resto del país. Igualmente, la educación alcanzó un mayor desarrollo. Este vasto apego por la lectura de los antioqueños se vio acompañado por el interés por contar sus vidas. En Colombia la mayor parte de la literatura autobiográfica se debe a militares, políticos, comerciantes y misioneros; en suma, a hombres de acción que narraron gestas heroicas: “[...] colonizar baldíos, fundar ciudades en montañas abruptas, organizar vastos emporios de comercio son, además de hechos intrínsecamente notables, motivo de satisfacción personal”. (M. Jursich Durán y P. Londoño, 1995:143). Mientras que los intelectuales o humanistas son escasos; hecho que corresponde al canon imperante del “pueblo altivo” y “titán laborador”.

La historia narrada en este libro no tiene, por cierto, visos de gesta, y menos para una familia minera como la Arango Carrasquilla. Empero, viajar suponía un hecho ajeno a la vida cotidiana del ciudadano común, y más aún para las mujeres, a la sazón confinadas en los límites del hogar. Como da

cuenta de ello la propia Isabel en su crónica, ya eran muchas las familias de su misma clase que viajaban a Europa y a los Estados Unidos, precisamente porque para la segunda década del siglo XX el desarrollo en los transportes permitía una mayor movilidad, razón por la cual apareció el viaje por placer al que solo tenían acceso las personas adineradas. Así y todo, el peregrinaje de Isabel, Claudino –ya sexagenarios–, y su sobrina Sofía, fue un evento extraordinario que se convirtió en mito familiar; muestra de ello es el afecto con el que la familia guardó, reprodujo y releó la obra en veladas rituales caseras; así como las frecuentes alusiones a los libros y objetos traídos del viaje, en los escritos y en las conversaciones de los nietos.

Los motivos literarios de Isabel aparecen formulados en la primera página:

Entre los diecisiete nietos puede que haya uno que quiera leerlas y conservarlas con cariño, como yo las escribo para ellos; si no, allí está el misericordioso Olvido, que todo lo acaricia y envuelve.

Las escribo en el campo, aquí en “El Rancho”, la casita de Elena. Quiero aprovechar la calma y la tranquilidad, tan propicias a los recuerdos, de que aquí se disfruta. Que sean ellas el reflejo sincero de mis sentimientos e impresiones personales, escritas al correr de la pluma, y por tanto, desaliñadas. Y basta de exordios.

Hay que imaginársela en 1936 en su retiro, escribiendo sus *Impresiones de viaje* con base en el diario que había labrado noche a noche, con cansancio o sin él, de abril a diciembre en 1929. Un estilo discreto, elegante y sencillo; una narración intensa, clara y didáctica hacen que cuantos la leen se conviertan en testigos de una vivencia sincera que plasma plenamente la emoción del encuentro ritual con lo leído e imaginado. Las graciosas anécdotas se intercalan con descripciones cuidadas, con interesantes y oportunos trozos de la historia del mundo, del arte y de la literatura, con improvisadas obras teatrales; así como con experiencias difíciles, como la enfermedad y cirugía de Claudino en Nueva York; y angustiosas, como el casi naufragio del barco cuando regresaban a Colombia desde Francia. Suficiente material y nervio para mantener enganchados a los lectores a lo largo de las 182 cuartillas que mecanografió Constanza de la Cruz, hija de Isabel, mamá de Julio Restrepo.

Puede adivinarse la urgencia de esta mujer de 71 años, cuyo deseo de escribir, unido a la maestría en el manejo y conocimiento de la lengua, la llevó a buscar, como cualquier otro creador, un “cuarto propio”, cuatro años antes de morir y un año después de la publicación de la *Autobiografía* de Tomás Carrasquilla; dato, este último, significativo por el paralelismo y la casi simetría de las muertes de los hermanos.<sup>1</sup> Es así como, de entrada, Isabel formula su intención: permanecer, no ser olvidada, que obedece a un deseo íntimo y muy claro de comunicar.

No fue, pues, el viaje en sí mismo lo que significó un reto que Isabel asumió con pasión para defender su deseo, sino la propia escritura de la obra. Seguramente inspirada por ese viaje iniciático, escribió en colaboración con su prima Hortensia Ceballos, dos piezas de teatro: *Filis y Sarito* y *Pepa Escandón*, basadas en *Frutos de mi tierra* y publicadas por Editorial Bedout en 1932; y de su autoría exclusiva un tomo de *Comedias*,<sup>2</sup> que compila dos cuentos, un juguete cómico, un diálogo escolar y tres dramas.<sup>3</sup> Con todo, para escribir su crónica de viaje tuvo Isabel que transgredir las fronteras que les impedían la escritura a las mujeres, aun dentro de su propia familia. Ella expone su queja en varios momentos aludiendo con picardía a “algunos que yo me sé”; sobre todo al final, con la misma audacia que había mostrado durante el viaje cuando, cada vez que se le presentaba la ocasión, se sentaba en las sillas de los reyes europeos, en un acto de desobediencia a las normas de los palacios:

Se me había prohibido terminantemente, por algunos que yo me sé, que viniera a hablar de viajes y a contar cosas por ser esto muy anticuado y de mal gusto. Yo, muy obediente, sólo le he contando a todo aquel que ha tenido la paciencia de oírme. Y, para seguir contando después de muerta, lo escribo (pag. 165).

---

<sup>1</sup> Tomás Carrasquilla murió el 17 de diciembre de 1940; Isabel, 19 días después, el 5 de enero de 1941.

<sup>2</sup> La dramaturgia no fue un género conquistado por las autoras de la primera mitad del siglo xx en Antioquia. Aunque se sabe que Sofía Ospina de Navarro lo cultivó, y que las representaciones de sainetes en su familia, tanto como en la de los Arango Carrasquilla, eran famosas, no hay obras publicadas, salvo las dos obras de Isabel ya citadas y el poema dramático *Manos atadas* de Dolly Mejía, en 1951.

<sup>3</sup> *Una llanta rota* fue puesta en escena en el Teatro Bolívar el 14 de noviembre de 1935.



Lo afirma con elegancia y con una sonrisa en apariencia ingenua y complaciente, pero en verdad defensiva. Resultan llamativos los descalificativos de anticuado y de mal gusto. Lo primero puede aludir al uso del género autobiográfico por las autoras del siglo XIX, así como al rechazo por el intimismo; prejuicio que ya había sido desafiado en Antioquia por “las muchachas escritoras”<sup>4</sup> en los años veinte. Y, el mal gusto responde, tal vez, al temor a hacer público un viaje de lujo, pues podía resultar inconveniente en ese momento y en esta región. Con la incipiente industria apenas entraba la modernización: los nuevos ricos imitaban ostentosamente lo que procedía del primer mundo, en especial de los Estados Unidos, hacia donde se dirigía entonces la mirada; lo cual reñía con los principios estéticos de la élite social e intelectual, de tendencia liberal y antiyanqui, ceñida a los referentes clásicos europeos de la que hacían parte los hermanos Carrasquilla Naranjo. De todas maneras, en la época que nos ocupa, era muy común entre las mujeres la escritura de diarios íntimos, así como la elaboración de álbumes de fotos, de pegados y de autógrafos, lo cual no es extraño, pues además de las razones anteriores, eran tiempos de reivindicaciones para las mujeres, y entonces se hacían necesarias la propia afirmación y la propia conciencia de una identidad y de un papel social.

El hecho de que el viaje no hubiese sido programado le dio un tinte de aventura y lo enriqueció en descubrimientos. Lejos de su entorno, con la necesaria y buena compañía de la joven Sofía, sin inquietudes de tiempo ni dinero, los viajeros asumieron la correría con despreocupado y entusiasta nomadismo. Con plena y serena conciencia del carácter único e irrepetible de la experiencia, Isabel se sumergió y se dejó conmover. Las palabras la traslucen como una experta atenta y sabia que mide el tamaño de iglesias, palacios y monumentos, y critica con propiedad obras de arte, espectáculos y obras teatrales, con una solvencia intelectual que le permite emitir juicios ajenos al lugar común y, en ocasiones, desenfadados e irreverentes. Características estas que la identifican como auténtica viajera ilustrada, ajena al interés meramente turístico.

Durante los viajes, los lugares afectan las geografías internas, impregnan el alma y modelan a los narradores. La búsqueda de lo exótico y la desmitificación de los espacios no limitan la aventura del viajero; lo que verdaderamente lo

---

<sup>4</sup> Se trata de María Eastman (1901-1947), María Cano (1887-1967) y Fita Uribe (1908-?), quienes publicaron en la revista *Cyrano* de tendencia liberal.

separa del turista es la escritura, es decir, la alquimia que convierte las geografías en territorios estéticos. El viajero ilustrado no se pone en marcha para ver paisajes y monumentos, sino para romper las fronteras de su mundo vivencial y conocer pueblos, culturas y estructuras de poder. Saber de otros trae consigo el extrañamiento y la crítica de lo propio de la sociedad de la que se proviene. Así, Isabel contempla lugares, costumbres y personas, y revela, con conocimiento de causa, su postura política. En este aspecto es significativo el afloramiento del sentimiento antiyanqui, sobre todo en Panamá, cuando afirma sin ambages: “¡No les tengo cariño, por agalludos. Ojalá pudiera hacerles la guerra, y quitarles lo que el tal Roosevelt se ‘cogió’ tan arbitrariamente!” (pag. 28). Con lo cual se hace vocera de la rasgadura y el desconcierto que dejó en el alma de los colombianos la separación.

En esta correspondencia con las geografías, se torna especialmente significativo el paso por España, ya que Isabel y su hermano tuvieron un trato entrañable con ese país, su principal referente; de ella bebieron la lengua y la literatura. Los escritores de la generación del 98 le dieron gran importancia al viaje por España; marcharon a pie buscando más panorama que aventura, al punto de ser considerados “pintores de paisajes”. Su influencia en la obra de Isabel es indudable y se expresa en las múltiples, y a veces en exceso, detalladas descripciones; lo que no quiere decir que la autora se limitara a la acuarela, pues también, como ya se dijo, la obra muestra una amplia variedad de intereses.

No obstante, escasa subjetividad entrega Isabel en su relato —una constante en las escritoras de su generación—; es necesario aguzar los sentidos, estar atentos a cualquier descuido para fijar la mirada en una ventana entreabierta que permita explorar en ese interior velado por el recato. Es preciso servirse de una aguja de croché para entresacar algunas fibras coloreadas de sí misma por las acciones o por la emoción, escondidas entre recorridos de trenes, fatigas, museos, barcos, parques y calles. La primera puede vislumbrarse en el título *Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)*. Se trata de la forma elegida, el género, que no es un diario; pues, como ya se vio, ella hizo una reelaboración del diario de viaje, siete años después. Tampoco utilizó la palabra memorias; se trata de otro género: el de las “impresiones”. Ella se presenta como la abuela, pero la que vivió el viaje no fue la abuela que los nietos conocen —ésta ya había contado su periplo una y otra vez—, sino la mujer no vista. La Isabel del paréntesis, la de las “impresiones”, es una creación estética de la autora, de esa que se sustrajo intencionalmente de su entorno para aislarse a escribir en “El

Rancho”. He ahí una subjetividad: el yo proyecta una imagen y produce una impresión.

Un aspecto primordial en los libros de viajes del siglo xx es la actitud del viajero ante el espacio. Al respecto hay un indicio interesante: Isabel cuenta que cuando los compañeros de viaje se empeñaban en comprar suvenires, “[...] yo me contentaba con almacenar en mi memoria lo que iba viendo y conociendo, para luego barajarlo a mi gusto” (pag. 134). Actitud que puede leerse como el necesario retraimiento del mundo para concentrarse en lo suyo. Mientras ellos compran esos objetos típicos, ella colecciona intangibles; siente, capta detenidamente con los sentidos para evocar después. En la obra de Isabel el mundo pasa por la criba de la interiorización y del tiempo; con lo cual el género “Impresiones” se aviene con el impresionismo en el arte y la literatura, a cuyo conocimiento no era ajena.<sup>5</sup> Ella reconoce su singularidad frente a los otros viajeros; ella tiene otros intereses; a ella la diferencia esa mirada atenta a captar las sensaciones fugaces, que luego tomarían forma literaria. Así, sutil y fragmentario, lo representa; y así se va revelando.

Detengámonos ahora en la forma elegida por la dramaturga para representarse a sí misma: ante todo, como una mujer de provincia sin complejos,<sup>6</sup> de talante positivo, sincera, animosa, siempre dispuesta al humor y al juego; como una mujer acomodada que compra con naturalidad lo que le gusta: regalos para nietos, parientes y amigos, libros para Tomás, adornos para la casa, y sólo unas joyas y algunas prendas de vestir para ella. Isabel prefiere captar el espíritu de los lugares, las sensaciones a las compras, en las que también revela sus gustos. En este aspecto llama la atención su generosidad, en contraste con la cicatería de la sobrina, de la que hace burla. Se refiere a la pareja como “los viejos”, “el viejo” y “la vieja”; aunque pocas veces la vejez se traduce en debilidad; en las

---

<sup>5</sup> El impresionismo fue el estilo que vino a subvertir al naturalismo y al realismo, dominantes en la literatura antioqueña hasta muy entrado el siglo xx. Es posible que Isabel conociera la obra de Carmen Burgos Seguí (Colombine): *Cartas sin destinatario. Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Impresiones de viaje* (1910).

<sup>6</sup> A pesar de su aislamiento geográfico, la clase alta medellinense pudo mantenerse a la vanguardia de lo que sucedía en Europa, ya fuera por el intercambio cultural: la compra de libros, revistas y publicaciones de todo tipo que mandaban a traer desde Europa; ya por los viajes, ya por el contacto usual con extranjeros que solían visitar la ciudad. La llegada del radiófono a finales del veinte y el cinematógrafo (1899) expandieron aún más el horizonte cultural de la población.

más, es motivo de mofa. Sorprenden la relación de fresca camaradería entre los esposos y el ánimo siempre alegre de Claudino, quien a sus 71 años, le pide en España a un guía que conduzca a altas velocidades, para terror de Isabel; y quien, como buen empresario emprendedor y visionario,<sup>7</sup> muestra vivo interés por las obras de ingeniería; por eso su deseo de extender el viaje a Alemania y El Cairo, pese a las noticias del estallido de la crisis del 29 y al resfrío que había pillado en Suiza. Sólo una orden médica pudo disuadirlo.

Pese al pudor para exponerse, la obra plasma plenamente las claves de la singularidad de la autora: observadora minuciosa, aguda en los juicios, irreverente, fumadora e inclinada al cotilleo.<sup>8</sup> Se muestra, además, en situaciones de soledad; a veces voluntaria, para escaparse de los inevitables tures organizados; a veces en situación de desvalimiento, cuando se extravía en dos oportunidades. Ocasiones que le permiten descubrir en solitario y vivir sensaciones más intensas; aunque, por momentos, angustiosas. Ningún paradigma escapa a su mirada irreverente. El gracioso testimonio de la desilusión que le produjo la contemplación de los íconos del arte en el Museo del Louvre ilustra el poder carnavalesco de su escritura. Aquí un corto fragmento:

El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellísimo palacio y de las maravillas que contiene. [...] Tuve sin embargo algunos desengaños. La Venus de Milo, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba: el cuello demasiado largo; sabía que la habían desenterrado y estaba manca, y no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció demasiado roñosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas (pag. 59).

Como podrán comprobar los lectores, pese a las innumerables referencias enciclopédicas, no es el conocimiento libresco el que la orienta; lo muestran aquellos pasajes en los que Isabel pone en acto su talante desmitificador para expresar maravilla o desilusión en el encuentro real con lo antes imaginado.

---

<sup>7</sup> Claudino, en compañía de Carlos, uno de sus hermanos, tuvo una fábrica de cigarrillos que más tarde se convertiría en la Compañía Colombiana de Tabacos. Con su hermano mayor Salvador, tuvo una fábrica de gaseosas que luego de algunas dificultades vendió sus instalaciones a quienes fundarían Posada Tobón, hoy Postobón. Carlos, Claudino, Rafael su hijo y Fabio, hijo de éste, crearon también una empresa llamada Pequeñas Industrias, que fue consumida por un incendio.

<sup>8</sup> Aspecto en el que no superó a su hermano.

Para ser capaz de contradecir el gusto general, de proferir tales “herejías”, como ella misma las califica, se necesita seguridad en sí misma, claridad acerca de lo que se tiene; así como del lugar que se ocupa en el mundo. Al respecto, son significativos el encuentro con Jacinto Benavente y luego la bendición del Papa.

Se sabe que Isabel y Tomás<sup>9</sup> compartieron la “chifladura” por el teatro español. Conocían al dedillo las particularidades de la vida de cada autor dramático. Echegaray, Tamayo y Baus y don Benito Pérez Galdós eran ídolos de su devocionario estético, y Benavente<sup>10</sup> los trastornaba; tanto que Tomás usa el término “benaventear” para referirse a la creación dramaturgica. Su influencia en la obra de Isabel se expresa en que en ella lo de menos son los caracteres, las pasiones y su enfrentamiento conflictivo, y lo principal es la crónica dramática de los pequeños vicios y las pequeñas virtudes de una clase social. Pero ella va más allá que el maestro, pues no se limita a la ridiculización de las características psíquicas de los personajes, y hace crítica de las costumbres. Tuvo Isabel la suerte de ver una puesta en escena de una pieza teatral del maestro y a él mismo en Sevilla. La descripción de tal encuentro, de la emoción que le produjo, y las resonancias que éste tuvo en los compañeros de viaje, muestran lo significativo del suceso e ilustran lo dicho.

Unas palabras relativas a los referentes religiosos: en Colombia, se tenía la costumbre de exhibir con orgullo la “Bendición Papal” en las salas de las casas de las familias que habían viajado a El Vaticano. No podía concebirse el regreso de un viaje sin que viniera en el equipaje el certificado, las medallas y las camándulas bendecidas en Lourdes y en Roma. Sin embargo, ni ante la vista del Papa, abandona Isabel su inclinación a la parodia y al juicio desacralizador: “Yo salí encantada de esta visita, que nunca olvidaré. Sofía muy triste, porque no se había fijado bien cómo eran las medias que el papa tenía puestas” (pag. 124).

Son numerosas las alusiones comparativas a formas de gobierno, usos lingüísticos, urbanismo y educación ciudadana, entre otros temas. Dice, por ejemplo, con respecto al habla de los chilenos: “Tienen los giros más enrevesa-

---

<sup>9</sup> “Cuentan que alguna ocasión se puso a escribir una obra para las tablas, pero con tan escasa fortuna, que los siete personajes se parecían entre sí al autor, por lo cual éste dijo: —Todos los personajes me resultaron siete Tomases, y suspendí”. (H. Upegui Orozco, 1952).

<sup>10</sup> Jacinto Benavente sacaba de quicio a los españoles por decir lo que no se dice.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

dos y arbitrarios, y más modismos que nosotros; el acento es destemplado [...] hablan con una lentitud desesperante, especialmente los chilenos, y cree uno que no van a terminar la frase” (pag. 37). En Nueva York se pregunta cuándo en Colombia se dará una atención adecuada a la infancia. Y, aunque en varias oportunidades, les da la razón a quienes critican a los colombianos por “bárbaros”, termina exhortando a sus nietos en términos positivos sobre su país, como algo propio y vital, digno de ser amado y defendido:

Sepan, mis hijos, para que la quieran con amor, que nuestra tierra es privilegiada. Aquí vivimos muy confortablemente, y gozamos de más libertad que otro pueblo alguno. Nos quejamos injustamente de nuestra Constitución y de nuestro Gobierno. En ninguna parte tienen tantas garantías. Y basta de sermón (pag. 102).

Aquí, y para terminar, hay que acotar que la orientación política de Isabel resulta muy interesante, y no tanto en el aspecto político como en el cultural; lo que hace de ella una mujer de mentalidad liberal y no ultramontana, como lo fue buena parte de la sociedad colombiana, y muy especialmente la sociedad antioqueña durante el siglo XIX y el XX. Una mujer católica, pero no aprisionada por los prejuicios de una iglesia retrógrada que veía en la modernidad el fin del mundo. Una mujer de su tiempo quien, pese a restricciones y atavismos, quiso con su escritura dejar un legado estético de su paso por la vida y por el mundo.

Cumplido está el deseo expresado por Isabel al comienzo de sus *Impresiones de viaje*. Con gracia sin par seguirá narrando para quienes quieran oír su voz, y seguirá *contando* en la historia de la literatura colombiana.

Paloma Pérez Sastre\*\*

---

\*\* Profesora de la Universidad de Antioquia. Autora de la *Antología de escritoras antioqueñas, 1919-1950* (Medellín, Colección de Autores Antioqueños, 2000) y del libro de cuentos y crónicas *Como la sombra o la música* (Medellín, Colección Madremonje, Hombre Nuevo editores, 2007).

\*

# Impresiones de viaje

(escritas por una abuela para sus nietos)

---

Isabel Carrasquilla





Como sé que mis nietos todos, Arangos e Isazas, Restrepos y Mejías, son aficionados a la lectura, y los más pequeños, amigos de las narraciones, pues les viene por herencia desde sus abuelos el estigma de la mancha de tinta, quiero escribirles estas impresiones de viaje, para que se entretengan en los días de asueto y en las noches de aburrimento. Serán, quizá, chocheras de vieja; por lo mismo, deben mirarse con sonrisa indulgente. Entre los diecisiete nietos puede que haya uno que quiera leerlas y conservarlas con cariño, como yo las escribo para ellos; si no, allí está el misericordioso Olvido, que todo lo acaricia y envuelve.

Las escribo en el campo, aquí en “El Rancho”, la casita de Elena. Quiero aprovechar la calma y la tranquilidad, tan propicias a los recuerdos, de que aquí se disfruta. Que sean ellas el reflejo sincero de mis sentimientos e impresiones personales, escritas al correr de la pluma, y por tanto, desaliñadas. Y basta de exordios.



Julio, este es tu libro ya que quisiste  
que fuera escrito de mi puño y letra. Te  
lo dedico con todo mi cariño.

Isabel

Octubre de 1938. En Medellín.





## I

---

Salimos de Medellín el 9 de abril de 1929. El objeto del viaje fue acompañar a Jorge<sup>1</sup> y a Margarita<sup>2</sup> a Panamá, para que los médicos de la famosa clínica examinaran a aquél, que venía quebrantado de salud. Fue resuelto y arreglado en ocho días, que se emplearon en la consecución de pasaportes y demás. Desde luego se comprende que nuestro ánimo estaba bajo una sugestión poco alegre, pues llevábamos la incertidumbre del resultado de los exámenes médicos. Afortunadamente desde Puerto Berrío comenzó a sentirse bien, y en todo el viaje no tuvo ninguna novedad.

Nos tocaron como compañeras cinco familias de aquí de la ciudad, que viajaban a Europa, y otro matrimonio que iba, como nosotros, con rumbo a Panamá. Iban además el obispo de Santa Rosa, señor Builes, acompañado de seis sacerdotes; también la señorita Ester Mejía, mujer inteligente, de trato ameno y agradable, y Sofía Arango,<sup>3</sup> sobrina preferida de mi marido, las cuales nos amonestaban y animaban para que siguiéramos el viaje a encontrarnos con ellas en París. En Puerto Berrío se nos juntaron, procedentes de Bogotá, tres matrimonios más, y un sacerdote, el Dr. Muñoz, que viajaban también a Europa.

Nos partimos en dos vapores, porque uno solo no tenía los camarotes suficientes para tantos. Teníamos de compañeros en el nuestro al Sr. Carlos Trujillo y su señora, a los tres matrimonios bogotanos, y al Dr. Muñoz.

---

<sup>1</sup> José Jorge Arango Carrasquilla, hijo de Isabel Carrasquilla Naranjo y Claudino Arango Jaramillo.

<sup>2</sup> Margarita Montoya, "Migol", esposa de Jorge Arango Carrasquilla.

<sup>3</sup> Sofía Arango Ceballos, hija de Carlos Arango Jaramillo y de Tulia Ceballos.

La travesía fue feliz, salvo una rotura que sufrió el vapor, debido a un palo que lo perforó por el fondo, motivo por el cual llegamos a Barranquilla con un día de retraso; por ende, todos los demás viajeros estaban ya en esa ciudad.

Los cinco o seis días que duró la travesía por el Magdalena, aparte de lo molesto de los mosquitos, fueron muy amenos.

El señor Trujillo es muy simpático y expansivo. Tiene un gracejo natural que agrada mucho, y los bogotanos, a quienes les teníamos pereza, resultaron unos compañeros espléndidos, por lo buenos conversadores y amigos de la charla. El Dr. Muñoz, siendo sacerdote y todo, era el más animado y alegre. Para todo estaba dispuesto. Muy amigo de bromas y de cuentos de color de esperanza. Era el que encontraba quién tocara el piano o cantara, y era él el que presidía el baile. Sin la sotana y la “corona” nadie hubiera reconocido al sacerdote.

Los crepúsculos en el río son bellos: el cielo se incendia en todos los colores; las nubes forman a veces como paisajes, y fingen ciudades que se ven allá a lo lejos, con sus torres, sus edificios y sus cúpulas. Estas sí son verdaderas ciudades de sueño. Yo me encantaba contemplándolas, y sentí pesar, al llegar a Barranquilla, de no volver a admirar los paisajes soñados. El sacerdote se descubría y se mostraba lo que era; rezaba con unción el rosario, que todos contestábamos emocionados.

En un islote de arena vimos como unos troncos de árboles que el río hubiera arrastrado en su corriente; al acercarse el vapor se vio que eran caimanes que dormían al calor del sol. Algún viajero les hizo un disparo, y todos se tiraron al agua espantados.

Los paisajes de las orillas, con sus palmeras, sus árboles gigantescos, sus grandes arenales y sus puertecitos que se encuentran a cada paso son muy bellos; y muy pintorescos los ranchos de los pescadores metidos entre las plataneras, con sus redes extendidas al sol y su canoa amarrada a la orilla.

Con el retraso del vapor perdimos la salida del *Horazio* que había partido la víspera. Tuvimos que aguardarnos una semana, hasta la llegada del *Santa María*, que llevaba la misma ruta. Claudino y Jorge, pensando en la demora, quisieron hacer el viaje en hidroavión<sup>4</sup> para alcanzar el *Horazio* en Santa Marta, pero yo me opuse.

---

<sup>4</sup> La aerolínea SCADTA (Sociedad Colombo-Alemana de Transportes Aéreos) se fundó en 1919, en Barranquilla. Funcionó en Colombia desde ese año hasta 1940, cuando fue oficialmente li-

Jorge tenía mucho deseo de visitar las Bocas de Ceniza,<sup>5</sup> para conocer los trabajos que estaba ejecutando la casa Ullen.<sup>6</sup> Por ser él ingeniero consiguió el permiso. Así, una mañana salimos los cuatro de Barranquilla, en compañía de Sofía y de un joven Santodomingo, que por cierto nos llevó en su auto por un camino que lo que menos tenía era ser carretera. Los barranquilleros siempre se han preocupado por el embellecimiento de su ciudad, y han urbanizado barrios como El Prado, que verdaderamente es un barrio igual en belleza al de cualquier ciudad europea; pero en cuanto a carreteras y vías de comunicación, están más atrasados que todos los departamentos del interior. Lo mismo el ferrocarril y el puerto de mar: son una vergüenza para Colombia. Éstos son los únicos trenes donde se ven faroles de petróleo amarrados con lazos, para el alumbrado de los carros. Razón tienen los extranjeros, cuando llegan a nuestra tierra, en juzgarnos como salvajes. Hoy, afortunadamente, esto ha mejorado.<sup>7</sup>

Pero no involucremos. Llegamos, aunque maltrechos por los tumbos del auto, al campamento que tenían allí los ingenieros. Estos nos recibieron muy atentos. Inmediatamente uno de ellos se puso a nuestra disposición para mostrarnos los trabajos. Y en verdad que son dignos de conocerse, y dignos de todo encomio.

Las cuatro bocas en que el río se partía para entrar al mar están ya cerradas por grandes barreras de piedra que tienen fuertes enrejados de madera; el río ya corre encajonado en un solo cauce; las dragas limpiaban su seno, para hacer el lecho más profundo; una locomotora con muchos carros enganchados traía la piedra desde muy lejos, y la montaban sobre las grandes murallas que tienen

---

quidada. Pasó a manos de capital norteamericano, en su remplazo se creó Avianca-SCADTA. La empresa volaba de Barranquilla-Puerto Berrío y Barranquilla-Girardot, siguiendo la vía del Río Magdalena. También hacía vuelos entre las ciudades costeras (Rinke, 1997: 7-30).

<sup>5</sup> Lugar de desembocadura del Río Magdalena en el Mar Caribe. Puerto Colombia: el primer muelle fue construido hacia 1888. Fue, con el de Cartagena, el puerto más importante para Colombia desde finales del siglo XIX hasta mediados de la década del treinta. Con la apertura de Bocas de Ceniza (Barranquilla), en 1936, y la construcción de un muelle en este lugar, Puerto Colombia fue desplazado y perdió su importancia como puerto marítimo.

<sup>6</sup> Firma de ingenieros norteamericana a la que se encargó, desde 1925, la obra de Bocas de Ceniza, con el objetivo de abrir un canal artificial que permitiera la desembocadura del Río Magdalena en el mar.

<sup>7</sup> Ya para 1936, año en que Isabel escribía, la obra de Bocas de Ceniza estaba terminada, y con la construcción en este punto de un muelle Barranquilla había comenzado a adquirir una gran importancia como ciudad comercial.

cinco kilómetros de extensión, por sobre las cuales se deslizaba sobre rieles hasta el extremo del tajamar, adonde derramaba su carga; estas piedras no las pegan sino que ruedan sueltas unas sobre otras y van a formar las altísimas murallas de los rompeolas; y las arenas que el río arrastra y la sal del mar las van consolidando y apretando con la más sólida argamasa. Las barreras de la margen izquierda, que construyeron primero, están ya petrificadas y parecen formadas por un solo e inmenso bloque. Al llegar la locomotora al extremo del tajamar, que se interna en el mar varias cuadras, van sacando de los carros los enormes pilotes de madera, que llevan ya su punta aguzada, para irlos clavando. Esta operación es muy curiosa; la ejecuta un enorme martillo de hierro que funciona por medio de la electricidad. A sus golpes el pilote va perforando el suelo y se va clavando lentamente, echando chispas como si fuera de hierro candente, hasta quedar a la misma altura de los otros. Entre cada cuatro pilotes amarran grandes vigas para formar los chiqueros donde vacían la piedra.

Se comprende que para todas estas maniobras tan lentas y ejecutadas con tanta precisión, se necesita mucho tiempo y mucho dinero.

Nosotros todo lo pudimos observar, porque nos llevaron en un barquito de gasolina. Las aguas no se mezclan inmediatamente; el cordón amarillo de nuestro gran río conserva su color hasta muchas cuadras, o quizá kilómetros mar adentro.

Regresamos muy complacidos de esta excursión, y nos despedimos después de darles las gracias y las felicitaciones a los ingenieros, que tan cortésmente nos atendieron.

Fabio,<sup>8</sup> Eduardo<sup>9</sup> y Jaime,<sup>10</sup> que tienen sus ribetes de ingenieros, hubieran gozado mucho en esta interesante visita.

El Viejo y yo preferimos ir a Puerto Colombia a esperar la llegada del barco, por ser más fresco, y aprovechar para darnos baños de mar. Nos aprovisionamos de buenos libros, y allí, en un buen hotelito, teniendo el mar de frente, y entretenidos con la salida y entrada de los buques, pasamos muy contentos y tranquilos.

---

<sup>8</sup> Fabio Arango Álvarez, nieto de Isabel y Claudino; hijo de Rafael Arango C. y Ana María Álvarez.

<sup>9</sup> Eduardo Isaza Arango, hijo de Elena Arango Carrasquilla y Eduardo Isaza, nieto de Isabel y Claudino.

<sup>10</sup> Jaime Arango Álvarez, nieto de Isabel y Claudino; hijo de Rafael Arango C. y Ana María Álvarez.



En estos días que estuvimos allí fueron dos veces Jorge, Margarita y Sofía a visitarnos, para bañarse con nosotros en el mar y tomar vistas de los dos Viejos, en el característico atavío de los bañistas, para mandarles aquí a los hijos. ¡Y cómo quedamos de lindos! El Viejo con su “pata gurbia” y la Vieja mostrando las canillas. Cosa que la tal Sofía hizo adrede, por vengarse de mí y reírse de nosotros, la muy triscona.

Al cuarto día de nuestra permanencia partieron los viajeros para Europa en el *Pellerin de Latouche*. Fuimos al muelle a despedirlos. Ester y Sofía nos instaron nuevamente para que fuéramos al Viejo Mundo a encontrarnos con ellas. Les prometimos que iríamos si era posible. Nos estuvimos en el extremo del muelle, viendo alejarse el buque, hasta que se perdió por entre la bruma.

El regreso al hotel lo hicimos a pie, para comprobar la extensión del muelle; y en verdad que llegamos bien cansados pues la vista engaña, y no se calcula todo lo largo que es.

Embarcamos al fin con rumbo a Panamá, haciendo escala en Cartagena, donde nos demoramos un día. Yo no pude gozar de las comodidades del barco ni de la buena comodidad porque el mareo me acometió desde el primer momento. Sólo cuando el barco llegó a la bahía y disminuyó el movimiento, pude enderezar la cabeza para contemplar los castillos de San Fernando y Bocachica que están a la entrada de ésta.

El Viejo y los hijos, así como el matrimonio Trujillo, no disfrutaron de las dichas del mareo y sí de la buena mesa y de las comodidades del barco. Esto de mi mareo les sirvió de diversión, pues debido a la abundante propina que se le dio al camarero, un joven de veinte años muy bien parecido, se dedicó a cuidarme; me sacaba del camarote y me llevaba casi abrazada, me sentaba en la silla, me quitaba los zapatos y me envolvía los pies en la manta; allí mismo me servía la comida y me llevaba los libros. Estaba, pues, muy festejada; por lo cual me hacían la burla, y decían que yo estaba encantada con mi muchacho. ¡Y, hasta razón tendrían!

El día que nos demoramos en Cartagena lo aprovechamos para conocer la ciudad. Fuimos primero a la Catedral y luego a la Casa de la Inquisición, que está muy arruinada; y allí, en un salón, curioseamos un museo que tenía un particular y que era de su propiedad. Hay cosas interesantes. Entre ellas una carta autógrafa del Libertador y una estrella que nos enseñó como perteneciente también a él, de oro y de diamante, y que llevaba siempre en el pecho. Nos hizo poner la firma en un libro de autógrafos que tenía allí; muy encantado cuando

le admirábamos sus cosas, pues se veía que era un fanático por las antigüedades. ¡Y no sabía él qué firmas tan interesantes le estampamos!

Subimos a La Popa, antiguo convento de los españoles, hoy en ruinas.<sup>11</sup> Solamente la capilla está restaurada y consagrada a la Virgen de la Candelaria, cuya fiesta celebran el 2 de febrero, con mucha pompa, para lo cual ha sido hecha una carretera hasta allí. El vigía tiene su vivienda cerca al convento y con su antejo escruta el mar, para dar aviso de la llegada o salida de los buques. Tiene este cerro una vista hermosísima; abarca toda la ciudad, el puerto y la bahía, y una inmensa extensión de mar donde la vista se pierde. Subimos también hasta las torres del Castillo de San Felipe, antes abandonado y metido entre los rastros. Hoy está limpio y refaccionado, y descubiertas sus galerías, tan curiosas, que con las murallas y los dos castillos le dan a la ciudad un verdadero sello histórico. Es de lo único de lo que podemos vanagloriarnos aquí en Colombia, en ese sentido.

Visitamos también El Cabrero,<sup>12</sup> que fue la residencia del presidente Dr. Núñez, tan conocido como político y poeta,<sup>13</sup> y tan llevado y traído. El paseo a la orilla de la bahía, donde está el Club Miramar, con el barrio moderno de Manga, es lo mejor de la ciudad; pero no puede compararse en mérito con la parte antigua.

---

<sup>11</sup> El convento fue construido a comienzos del siglo XVII. Perteneció a la Orden de San Agustín. Durante la época independentista fue empleado como fortín y cuartel para la guerra. Posteriormente, bajo el gobierno de Rafael Núñez, fue adecuado como cuartel para la guardia colombiana con el nombre de Viejo Hospital Militar. Finalmente, fue devuelto a los agustinos en 1961, quienes se encargaron de su restauración.

<sup>12</sup> Así es llamada la residencia de Rafael Núñez ubicada a las afueras de la ciudad de Cartagena, su ciudad natal. Siendo presidente de la República, Núñez abandonó por motivos de salud en 1886 la capital, sede del gobierno, y se trasladó a su residencia en Cartagena. Desde allí ejerció su cargo como presidente hasta 1894, año en que falleció. Estando en El Cabrero recibió la visita de numerosos personajes, tanto nacionales como extranjeros. Entre ellos los poetas Rubén Darío y José Asunción Silva. El primero, refiriéndose a su visita, escribió: "He conocido al Doctor Núñez, renombrado Presidente de Colombia, en su retiro de El Cabrero: su Olimpo. Júpiter no tiene cancerberos, ni guardián, ni pompa, ni antesalas enojosas, ni humos, ni hinchazones de soberbia, ni siquiera un poquito de la majestad cursi que tan bien sienta a algunos espadones de América. El Olimpo es tan modesto como precioso. En la linda península está la casa blanca. Cerca de la casa la ermita de techos rojos. Y tras las palmas verdes del cocotal cercano -vasto, bello, azul- el mar" (Liévano Aguirre, 1946: 406-407).

<sup>13</sup> Rafael Núñez (Cartagena, 1825-1894) fue presidente de Colombia durante cuatro períodos (1880-1882, 1884-1886, 1886-1892 y 1892-1894). Compuso la letra del Himno Nacional de Colombia.



## II

---

El mismo día por la tarde, dejamos las costas de Colombia y el barco tomó rumbo hacia Cristóbal. Esta travesía es monótona. Cuando se está en alta mar se siente admiración con mezcla de tristeza; será porque se medita en la pequeñez de la nave y en la profundidad del mar y del cielo. Al fin, en la noche del segundo día, las luces del faro nos indicaron la proximidad de la costa. Colón es hoy una ciudad, aunque no muy grande, semejante a los puertos de mar de todos los países: mucho movimiento, mucho comercio y enormes bodegas, pero no tiene nada característico que la distinga. Fuimos a conocer la antigua brecha que abrieron los franceses cuando pretendieron romper el canal,<sup>14</sup> y que culminó con el escándalo mundial que ha hecho época.

A las nueve y media de la misma mañana tomamos el tren para seguir a Panamá. Es muy curioso este trayecto. La vía férrea se desarrolla en su mayor parte a orillas del famoso Canal; pasa por el lago de Gatún, por el frente de Pedro Miguel, la segunda de las esclusas, y se aparta un poco de él para llegar a la ciudad.

Nos hospedamos en el Hotel Colombia, frente a la iglesia del Sagrado Corazón, y al monumento al Libertador, que se levanta en el centro de la pequeña plaza. En Panamá encontramos a un pariente de Claudino, el señor

---

<sup>14</sup> Antes de pasar a manos de los norteamericanos, la construcción de un canal interoceánico por el territorio panameño estuvo a cargo de una compañía francesa, la Compagnie Universelle du Canal Inter-oceanique du Panamá. El contrato entre el gobierno nacional y la compañía fue aprobado en el Congreso en el año de 1878. La construcción estuvo bajo la dirección del Conde Fernando de Lesseps, quien años antes había sido el artífice del Canal de Suez (Rebolledo, 1957: 105).

Carlos Jaramillo, antioqueño, que yo había conocido desde mi primer viaje, que se había establecido allá desde años atrás, y vivía allí con su familia. Su señora, Sarita Segovia, de padres ecuatorianos, es una mujer muy cultivada, de clara inteligencia, y por demás bondadosa; sus niñas, Sarita, Carlota e Inés son muy educadas y simpáticas, lo mismo que sus dos hijos Rubén y Arturo. Esta familia se dedicó a nosotros para acompañarnos y colmarnos de atenciones que nunca olvidaremos. Fueron ellos nuestros compañeros en las excursiones, y durante la enfermedad y convalecencia de Jorge.

En los ochos primeros días que precedieron a la entrada de éste al hospital, nos dimos a conocer la ciudad y sus alrededores, que son muy pintorescos. Lo mejor de ella no es la parte perteneciente a los americanos, que no tiene nada de notable, excepto el edificio de la dirección del Canal, majestuoso e imponente. Tiene pintados al óleo en la cúpula o rotonda varios paisajes o vistas del Canal. Allí tremola la bandera de las estrellas, que es izada en la mañana y arriada en la tarde con mucha ceremonia militar. También son interesantes las dos islas de Amador y Perico, convertidas en fortalezas; están unidas a la ciudad por una larga calzada artificial, y perforadas por dentro, por bocas y lado y lado, por donde asoman los cañones. Los americanos están atrincherados y armados hasta los dientes, para defender su Canal. Quizá, no teniendo muy limpia la conciencia, ven enemigos por todas partes. Es largo el interrogatorio que les hacen a los viajeros que solicitan pasaportes para ir a su país, cualquiera que sea su sexo; a qué se va allá, cuánto dinero se lleva, si se le tiene amor al país, si no se ha pensado nunca en hacerle la guerra. A todo este ridículo e innecesario interrogatorio me provocó contestarles: “No les tengo cariño, por agalludos; ojalá pudiera hacerles la guerra, y quitarles lo que el tal Roosevelt se ‘cogió’ tan arbitrariamente”. “¡Qué miedo les hubiera dado de esta vieja fanfarrona!”.<sup>15</sup>

La parte vieja de la ciudad, con sus templos a estilo español sí es muy interesante y bonita. Lo que existe de las antiguas murallas, que tenían sus bóvedas

---

<sup>15</sup> El incidente con Panamá fue visto en la nación colombiana como un robo cometido por los Estados Unidos, quienes aprovecharon la situación de crisis e ingobernabilidad que atravesaba la nación a raíz de la Guerra de los Mil Días para brindar apoyo económico y militar a un estado que ya venía expresando sus deseos separatistas. Por esto fue visto también como un acto de traición por parte de los mismos panameños. La toma de Panamá generó entre la población colombiana un sentimiento nacionalista y una reacción antiyanqui que se fue fortaleciendo con el desarrollo generalizado de un sentimiento antiimperialista en otras naciones americanas, en las cuales también se habían recibido con rechazo e indignación las actuaciones del gobierno estadounidense

y torres para los vigías y que eran antiguas prisiones de los españoles, es hoy un galería descubierta, hacia la ciudad, y donde está escrita en grandes planchas toda la historia de la apertura del Canal, desde los tiempos de Felipe II, desde Bolívar; y en los tiempos modernos, desde su iniciación hasta la culminación de la obra por los americanos.<sup>16</sup>

De lo más bello y sugestivo son las ruinas de la antigua Panamá, tantas veces asaltada y saqueada por los piratas, por lo cual tuvieron que abandonarla y trasladarla al lugar donde hoy se encuentra. Estas ruinas están distantes más o menos dos leguas de la ciudad, pero se va a ellas por una carretera asfaltada, que mantienen muy bien conservada, y hay al fin un restaurante bien asistido. Las ruinas están casi ahogadas por el rastrojo y la maleza; tanto, que sobre los muros de lo que fue la Catedral, se levantan árboles grandísimos que tienen sus raíces aseguradas en los propios muros; tal vez esto las hace más interesantes y poéticas. Hay vestigios de conventos y de otros edificios, algunos bastante conservados, los que yo quise observar de cerca; pero el miedo a las culebras y a los lagartos, que son los habitantes de ellas, me lo impidieron. Claudino y Margarita, examinando un largo contrafuerte, con sus escalas que bajan hacia el mar

---

en la cuestión referente a Panamá y se censuraban, de la misma forma, las intervenciones que este mismo gobierno llevaba a cabo en otras naciones del centro y sur de América. Esto llevó a que grupos de intelectuales en toda Latinoamérica plantearan la necesidad de crear un movimiento latinoamericano para la mutua protección y apoyo contra eventuales agresiones imperialistas por parte de los Estados Unidos, el “coloso del norte”. Más allá de las necesidades de defensa y protección, este movimiento de intelectuales buscaba construir y consolidar un sentimiento de identidad americana en la región. Como lo señala Thomas Fischer: “Muchos de ellos se hicieron eco del enfoque compensatorio que había planteado en 1900 el uruguayo José Enrique Rodó en su obra *Ariel*. Según esta línea de interpretación, el continente de América estaba dividido en dos esferas culturales con destinos adversos: por un lado el norte con su espíritu materialista y su ambición expansionista, y por otro las naciones que conforman el sur, caracterizados por valores idealistas y pacifistas” (Fischer, 2001: 96).

<sup>16</sup> Desde muy temprano la Monarquía española se interesó por establecer una conexión entre el océano Atlántico y el Pacífico. Panamá fue visto como el lugar más idóneo para una posible comunicación interoceánica, gracias a la presencia del Río Chagres que nace a poca distancia del Pacífico y desemboca en el Atlántico. Para ese entonces varios personajes fueron enviados a estudiar la viabilidad de realizar allí un canal. Sin embargo, los proyectos se frustraron durante el reinado de Felipe II, quien después de ser advertido por el Consejo de Indias de los peligros que podría representar para la Monarquía la apertura de un canal que podría ser empleado por los países enemigos para perjuicio de España, decidió prohibir cualquier proyecto relacionado con la apertura de un canal: “España desconfiaba de las otras naciones rivales y quería tener ocultas al mundo las riquezas de sus colonias en el Pacífico” (Rebollo, 1957: 29-30).

y que se prolongan en gran extensión y que debía ser el lugar donde atracaban los buques, vieron una tintorera. Este animal es la hembra del tiburón; es muy feroz y temida de los bañistas, pues de una sola dentellada le arrancó un brazo a un muchacho que se bañaba allí.

Una tarde regresábamos de las exclusas de Miraflores, que habíamos ido a conocer, lo mismo que los filtros, allí cercanos, que son muy curiosos. Varias compañías de soldados del ejército americano, del que tienen allí acantonado para la defensa del Canal, estaban desplegadas en guerrillas por los llanos, y atrincheradas otras en unas cercas, haciéndoles fuego a los aviones, que evolucionaban persiguiéndolas y arrojando bombas. Era el simulacro de un combate. Ustedes, mis hijos, hubieran gozado mucho viendo aquello. Los aviones, luego de planear sobre el campo en distintas direcciones, aterrizaban en la plataforma de un barco construido para el caso y con capacidad para doce aviones. Es muy bonito ver la suavidad y precisión con que van bajando a tomar su puesto sobre la plataforma, o cuando maniobran para elevarse. También conocimos, anclando allí en el puerto, un submarino. Éste tiene la forma de un gran pescado con el lomo muy plancho. Los marineros habían improvisado mesas largas sobre el mismo espinazo del animal, y estaban comiendo. Desde la orilla estuvimos observándolos. Estaban muy alegres y regocijados y comían con apetito. Luego de terminar desarmaron las mesas, y junto con los asientos, las fueron entrando por una abertura que había en el suelo. Enseguida cerraron la salida con una fuerte plancha, y el submarino comenzó a hundirse lentamente hasta que el mar se lo tragó. Esto igual al *Nautilus*, de Julio Verne, que se adelantó a imaginar estos buques anfibios. Jorge se hospitalizó en el Panamá, y Margarita con él, para ser operado, lo que afortunadamente resultó muy bien, y pronto estuvo convaleciente. Claudino y yo, para estar cerca de ellos, tomamos un apartamento en un hotel contiguo a la casa de los Jaramillo, que queda a dos pasos del hospital. Allí pasamos como en familia; del hotel nos traían la comida a la misma casa de Carlos, por exigencia de éste, que quería tenernos siempre al lado, por encontrarse bastante enfermo. Yo había hecho otro viaje cuatro años antes, en compañía de Sara<sup>17</sup> y de María,<sup>18</sup> y estaba por esto más en conocimiento de todo

---

<sup>17</sup> Sara Arango Jaramillo, hermana de Claudino Arango Jaramillo, se casó con Félix Mejía Vargas; mamá de Félix Mejía Arango (Pepe Mexía).

<sup>18</sup> María Arango Carrasquilla, su nombre completo María Ana Julia, se casó con su primo Félix Mejía Arango (Pepe Mexía).

lo de la ciudad, y aún había contraído algunas relaciones entre las amistades de nuestros parientes, que las tienen con lo primero de la ciudad, donde son muy estimados por haber desempeñado Carlos puestos elevados en el Gobierno.

Cuando Jorge ya estuvo convaleciente yo me quedaba acompañándolo, y Margarita y el Viejo se dieron a recorrer el comercio para conocerlo y comprar los regalos y encargos que habíamos de traerles a todos los hijos y nietos.

Jorge y Margarita nos animaban para que no regresáramos con ellos, sino que nos fuéramos a Estados Unidos, para aprovechar, ya que estábamos en vía. Nosotros, que también lo deseábamos, no necesitamos de muchas instancias. Esto del viaje se lo consulté a Rafael<sup>19</sup> quien contestó por radio que le parecía muy bien y que nos depositaría en Nueva York el dinero para la correría. Claudino y Margarita se pusieron en consecución de los pasajes, y hasta pasaron por marido y mujer ante los agentes de la compañía de navegaciones fluviales. Margarita gozaba con esto, recordando la cara de curiosidad y de burla con que la miraban, como diciéndole que la muchacha se había casado con el Viejo por el interés de la plata, y que “no sabían el maridito tan bello que ella tenía, y que no era negro ni odioso”.

---

<sup>19</sup> Justo Pastor Rafael Arango Carrasquilla, hijo de Isabel y Claudino.



### *III*

---

Echando ya la suerte nos embarcamos el 16 de mayo. Fuimos a dormir a bordo, pues el barco levaba anclas al amanecer. Margarita y los Jaramillo fueron a despedirnos. Cuándo habíamos de pensar que era la última vez que veíamos al primo Carlos, tan querido y estimado. Murió antes de un año, en la época de nuestro regreso a Medellín.

Atravesábamos el Canal. Muy lento y curioso es este paso. Allí se da una cuenta de lo que son las esclusas. La primera fue la de Miraflores. Al llegar el barco, se abren con lentitud las compuertas que dan paso a las esclusas; son éstas unos enormes tanques con muros altísimos como los de una catedral. Los barcos son atados con cables de los cuatro extremos, a cuatro locomotoras que van andando despacio sobre los muros, cabestreándolos sin que se tuerzan ni se rocen, hasta la otra esclusa; y luego se abre la última compuerta para darle salida al barco. Los ingenieros y los que entienden de estos asuntos deben admirar mucho este complicado mecanismo, tan perfecto, así como la magnitud de esta obra, que parece de gigantes. El barco sigue la navegación por el Canal libre. Se admiran los cortes tan difíciles que tuvieron que ejecutar, y el dragado tan costoso para darles cauce a las aguas. El Corte de Culebra es uno de los más importantes, por ser de los más altos. Hace mucho calor. A lado y lado del Canal están distanciadas las boyas que alumbran por la noche todos los compartimientos que median entre las esclusas. Éstas están alumbradas por postes altísimos, rematados en grandes faroles que se ven desde muy lejos. Las esclusas de Pedro Miguel, que son las centrales, son iguales en un todo a las de Miraflores, pero hay alrededor muchas viviendas de ingenieros con bellos



jardines. Dijérase una pequeña población. Los americanos saben rodearse de todas las comodidades. Allí tienen sus campos de tenis y de otros juegos; lo mismo que salones de cine y restaurantes. Ellos son grandes trabajadores, pero son también grandes deportistas.

En la torre central de las esclusas hay a todo lo largo del salón una mesa donde está representado en miniatura todo el Canal, con sus esclusas, sus compuertas y sus torres de vidrio, como especie de termómetro, por donde sube una columna de agua graduada, para saber la altura de ellas. Esto siendo así es el eje que mueve todos los mecanismos del Canal. Cuando a lo lejos se ve un barco que se acerca, mueven un botón eléctrico y con eso solo se van abriendo las grandes compuertas del verdadero Canal, y luego las esclusas y en seguida las puertas de salida. Esto lo habíamos visto en una excursión que habíamos hecho a conocerlas. El ingeniero electricista, por galantería, hace que las señoras aprieten los botones de gobierno.

Por último, pasamos las esclusas de Gatún y entramos al Atlántico. El mareo fue mi fiel compañero en esta travesía. El mar es fuerte en las costas de México. Dos días hacía que no me levantaba ni tomaba alimento; únicamente té, café y zumo de naranja; estaba debilitada y nerviosa. Una tarde me puse a rezar acostada, e invocaba el alma del padre Ángel María Gómez, cura que fue de Santo Domingo, mi pueblo natal. Yo lo consideraba santo por sus virtudes, pues era verdadero apóstol de bondad y caridad. Le pedí que nos ayudara a salir bien; que no fuéramos a perecer en el mar por algún accidente. De repente oigo como su voz, que me dice: “¡Quién te manda a ser novelera!...”. Y luego su risa. El terror me acometió; me tiré del catre, me puse el vestido, que estaba colgado de la percha; me envolví en un chal, me introduje los zapatos, y prendida de las paredes, cayéndome aquí y levantándome allá, salí hasta el puente, donde estaba Claudino. Él al verme se sorprendió. Yo le dije que por qué me había dejado sola tanto rato, que me estaba muriendo allá abajo; luego le conté lo que me había pasado, de lo cual él se rió, y me dio la explicación lógica, que yo acepté. Era que estaba traspuesta, y como me hallaba debilitada por la mala alimentación, y excitada por el abuso del té y del café, había tenido una alucinación. Así debió ser, en efecto; pero la alucinación fue perfecta: oí la voz y la risa del Padre Gómez, como si realmente me hablara y sus palabras tan suyas; pues él era muy chancero con sus amigos y personas de confianza. Esto me sirvió para mejorarme un poco, pues ya no me quedaba sola en la cabina, de miedo, sino que me subía a cubierta, y allí el aire libre me fue favorable. De manera que

cuando nos acercamos a las costas de Cuba ya estaba buena. Llegamos a La Habana en un anochecer. Las luces de la ciudad se ven desde muy lejos. En esa semana se había inaugurado el Capitolio, recientemente construido. Por ese motivo la ciudad estaba de fiesta, y las iluminaciones se habían aumentado. El bello edificio se ve desde su base; parecía de porcelana o de cristal. Se nos volvió larga la noche. A las seis de la mañana todos los pasajeros estábamos sobre cubierta admirando el panorama de la ciudad. Había a bordo un extranjero que grababa una película, y estaba entusiasmado. Tenía al frente el hermoso paisaje de la bahía, la ciudad con sus edificios, sus calles y sus cúpulas, que se recortan en el horizonte; las antiguas murallas de “El Morro”, con sus torres pintorescas; los barcos anclados en el puerto y los que salían; las velas de las pequeñas embarcaciones y de las lanchas pesqueras; todo esto le ofrecía verdaderamente un motivo adecuado para su película.

Al desembarcar tomamos una “máquina”, como dicen allá, para recorrer la ciudad y sus alrededores. Y en verdad que es digna de conocerse. La avenida o paseo que queda frente al mar, llamada Marianao, es bellísima; el monumento a las víctimas de la guerra, que hay allí, es muy imponente.<sup>20</sup> El barrio moderno Miguel de Céspedes es muy hermoso, con sus jardines a modo de parque y sus flores preciosas, que me recordaron las nuestras: novios, dalias, margaritas, etc., pero de gran tamaño y de muy variados colores.

Las casas son, por lo general, de estilo moderno, y separadas unas de otras por jardines, lo que le da un aspecto muy bello a la ciudad, pues está verdaderamente metida entre jardines y palmeras. Tiene varios edificios muy buenos; el Hotel Washington, el Teatro de Tacón, hoy Teatro Nacional, el Centro Gallego, y otros varios; pero lo mejor es el cementerio; abundan los mármoles, y los muertos, sin hipérbolo, están enterrados entre flores.

Fuimos también a un pueblo cercano de muy feo nombre: Guanabacoa. Es de mucho interés, pues allí cerca existen las antiguas murallas, con sus torres construidas por los españoles para defenderse de los ataques de los filibusteros. Aunque las habíamos visto desde el mar, queríamos examinarlas de cerca.

---

<sup>20</sup> Guerra de independencia contra España. La paz fue pactada en 1898. Por medio del *Tratado de París*, firmado entre los Estados Unidos de América y el Reino de España, se dispuso la renuncia de España a sus últimas colonias en la región del Caribe y el Pacífico: las islas de Cuba y Puerto Rico, y las islas de Filipinas y Guam, las cuales, conforme al tratado, fueron cedidas a los Estados Unidos.

La antigua Catedral de la Habana, donde no ofician, es muy curiosa por sus pinturas y rara arquitectura. Existe también allí cerca una especie de *kiosko*, donde dicen que desembarcó Colón por primera vez.

Fuimos invitados como turistas, por medio de tarjeta, para visitar una fábrica de cerveza, que reparten gratis. Es en los alrededores de la ciudad. Un sitio muy ameno y pintoresco. Al llegar a la portada hay un empleado que exige las tarjetas de presentación. El auto caminó por un sendero rústico donde crecen árboles frondosos y mucha variedad de helechos; por entre ellos se oye el ruido de un torrente, que se despeña escondido.

Al bajar un poco el camino que va en pendiente por entre los rústicos jardines, se llega a un kiosco, rústico también, que imita un gran tonel y que tiene alrededor asientos para los invitados. En este gran tonel está el depósito de cerveza, rodeado de espitas, por donde la sacan a ofrecerla a los turistas.

Varios empleados se ocupan en la operación de llenar los jarros de vidrio, que manejan con mucha habilidad; cada uno de ellos llena seis jarros a la vez, sin cesar, pues los catadores se van renovando sin interrupción. La cerveza es, en verdad, agradable, y cada obsequiado puede tomarse los vasos que desee. Cerca, en una especie de plazoleta, donde hay varias mesitas y asientos, hay dos mujeres que se ocupan en retratar a los viajeros, en una máquina instantánea que desarrolla la fotografía en tres minutos. Cobran por ella una bagatela, pero creo que allí es donde se paga la compañía el gasto de la cerveza. Nos hicimos retratar el Viejo y yo, y muy competentes que quedamos. La vista se las enviamos a ustedes desde Nueva York. En este lugar nos encontramos con casi todos los compañeros del vapor, y juntos regresamos a aquél a las siete de la noche.



## IV

---

Al amanecer emprendimos rumbo hacia Estados Unidos. Desde Panamá hicimos conocimiento con la señora Rafaela Duque de Ramírez, que iba para Washington a pasar las vacaciones con sus hijos, que estudiaban en una Universidad. Ella fue una compañera muy agradable; amable y expansiva, tiene una conversación amena y pintoresca. Habla inglés, toca piano, y canta con muy buena voz de contralto. Iban allí viajeros de Chile, Argentina y Perú, gentes ricas que iban a pasar el verano en Nueva York. Había entre ellos un matrimonio chileno; el señor don Manuel Bustamante del Campo con su señora y una cuñada joven, por cierto, fea y “pinchada”.<sup>21</sup> El señor nos tomó mucho apego. Era muy cansón y aburridor el pobre. No hablaba sino de agricultura, del salitre de Chile y de los fundos tan valiosos que él tenía allí. Quería que Lino le explicara punto por punto el cultivo del café. Aquellas eran las sesiones más largas y aburridoras. Encantado con unos cafetos raquíticos que conoció en La Habana, y que les mostraban a los turistas como cosa curiosa. Nosotros le decíamos que los cafetos de Colombia eran verdaderos árboles, y él se encantaba. Al día siguiente venía más temprano a la tertulia, que casi siempre se desbarataba con su llegada.

Venían de Valparaíso dos jóvenes muy “high” que ingresaban algunas veces en nuestra tertulia, así como un matrimonio americano que residía hacia cuarenta años en la Argentina; varios otros peruanos y otro matrimonio cubano; él hablaba castellano puro, y la señora se hacía pasar por inglesa, dando a entender

---

<sup>21</sup> Vanidosa, presumida.

que no sabía otro idioma. A mí me llamaba la atención el modo de hablar el español todas esas gentes, siendo distinguidas. Tienen los giros más enrevesados y arbitrarios, y más modismos que nosotros; el acento es destemplado, enteramente como los guarneños<sup>22</sup> y los campesinos de algunas de nuestras montañas; hablan con una lentitud desesperante, especialmente los chilenos, y cree uno que no van a terminar la frase. Yo recordaba a Fanny, que me hacía tanta “tiradera” por mi modo de hablar tan despacio; pues, sepan, mis queridos, que yo era un ferrocarril comparada con el modo de hablar de esos civilizados. La señora americana, hablando de cómo ellos habían aprendido el español y lo consideraban ya como su idioma nativo, decía que la señora Arango era la que hablaba el español “con más propiedad y dulzura”. Lo que viene a comprobar aquello de que “en casa de ciegos el tuerto es rey”.

Todos estos viajeros pasaban el tiempo en juegos y deportes, y en bañarse juntos en un gran tanque que el barco tiene en un extremo de la cubierta. Uno de los bañistas más asiduos era el señor cubano, y siempre que nos acercábamos Claudino y yo a mirarlos jugar en el baño, nos invitaban, pareciéndoles muy raro que nosotros no tomáramos parte; pues allí jóvenes y viejos se bañaban en compañía de las jóvenes y señoras de edad. Por la noche los viejos eran los primeros que emprendían el baile. Yo me divertía viendo las viejas, tan pintadas y engandujadas,<sup>23</sup> creyéndose unas sílfides lozanas y en perpetua juventud, mostrando por sus escotes aquellas carnes magras y ajamonadas.

En una mañana muy fría, siete días después de nuestra salida de Panamá, tuvimos al frente a la gran metrópoli del dólar. La bruma no dejaba ver sino muy vagamente el panorama. La Estatua de la Libertad surgía como un fantasma blanco.

Todos los viajeros nos emperejilamos para prepararnos al gran desembarco. Allí hubieran podido ustedes ver a los Viejos luciendo el asiento del baúl.

Al bajar la escalera del barco, iba delante de nosotros el matrimonio cubano, y “vi” que ella, volviendo la cabeza, le dijo airada: “¡Tampoco mi’arrempuje!”. Por lo que colegí que la inglesa hablaba un castellano bastante chabacano.

Salieron a encontrarnos al muelle unos parientes: Eduardo Piker y su hija Aura, recomendados por la prima Tulia Moreno de Piker, que desde Panamá

---

<sup>22</sup> Gentilicio de los propios de Guarne, municipio antioqueño que limita con Medellín por el oriente.

<sup>23</sup> Arregladas, acicaladas.

nos había ofrecido salir a encontrarnos para conducirnos al Hotel Embassy, donde Eduardo estaba empleado. Verdaderamente fuimos muy bien instalados. El hotel está situado entre Broadway y la calle 70, en la parte más céntrica de la ciudad. En el octavo piso del edificio estaba el apartamento, con cinco ventanas, tres sobre la avenida y dos por la calle; la vista hermosa, y además tenía muy buena ventilación. Se componía de una pieza muy amplia y amoblada con lujo, con sus dos catres, y varias sillas; tocador de gran luna, cuarto de baño con todos sus accesorios, zaguán, y un “closet” para guardar ropas.

Esa tarde de nuestra llegada tuvimos el gusto de saludar a Próspero,<sup>24</sup> que estudiaba allí y que se sorprendió con nuestro encuentro inesperado. Ustedes saben que este sobrino ha sido muy querido de nosotros, que lo hemos considerado como hijo, por ser desde niño el compañero de Eduardo. Así, fue grande nuestra alegría al abrazarlo. Él y la familia Piker fueron nuestros compañeros constantes y nuestros intérpretes, pues todos ellos hablan inglés. Así que nuestras salidas eran siempre acompañados de uno u otros.

Nueva York no me sorprendió; fue como si ya lo hubiera conocido. Los rascacielos y sus enormes edificios ya ustedes los han visto en el cine.<sup>25</sup> La ciudad me pareció monótona y aburridora. La misma altura de los edificios es aplastante; tampoco hay mucho artístico que admirar, salvo la ya mentada Estatua de la Libertad y el obelisco del Parque Central, regalados por los franceses.

Los museos tienen cosas interesantes, pero son importadas de otros países. El movimiento es enorme, parece un hormiguero; el comercio no hay palabras para describirlo, especialmente los almacenes de la Quinta Avenida; sus vitrinas son arregladas con mucho gusto. El Parque Central y lo que llaman River Side son bonitos y poéticos; es lo único verde que se ve en la Gran colmena.

Las mujeres me llamaron la atención por lo hermosas. Son quizá las más bonitas que he conocido; más que las francesas y que las italianas. Muy buena organización para el tránsito y para todos los servicios públicos. En esto sí van los yanquis adelante de todos los países.

Los alrededores de la ciudad son muy poéticos; hay varios pueblecitos que forman como barrios, casi todos de casitas pequeñas como juguetes de navidad, parecidas a las con que ustedes adornan el pesebre. A mí me gustaría más vivir en una de estas casitas o palacetes que en el mismo Nueva York.

---

<sup>24</sup> Próspero Mejía Arango, sobrino de Claudino; hijo de Sara Arango Jaramillo y Félix Mejía Vargas.

<sup>25</sup> El cine llegó a Colombia en 1898.

Un domingo fuimos con Próspero y Eduardo Piker al Bronx. Este es el jardín zoológico, lejos de la ciudad. Es un campo tan extenso, que ha habido quien se pierda en él. El terreno es plano a la orilla del tren, y luego va empinándose y comienza el bosque, que se va espesando a medida que se asciende; hay varias quebradas que forman revueltas caprichosas, con puentes rústicos y senderos y caminos estrechos, llenos de helechos y enredaderas de lo más pintoresco; en las partes rocosas están las cuevas donde tienen los animales muy bien acondicionados. Viven allí desde “Tío Tigre”, “Tío León” y “Tía Pantera”, hasta “Tío Conejo” y “Ratoncito Pérez” y “Cucarachita Martínez”. Todas las cuevas están cerradas por rejas de hierro, de manera que los curiosos pueden ver y examinar sin ningún peligro. Las cabras, las vacas y las “bestias”, los corderos, etc., están en la parte plana. Los micos son muy variados, desde el chimpancé hasta los titíes. Les llevan frutas y confites para verlos hacer monerías, aunque esto está prohibido. Cómo se encantarían ustedes mis chiquitos, con ellos: no se desprenderían de la reja. Los monos, sin duda por ser tan semejantes a nosotros, son los animales que más llaman la atención; las rejas no se vacían, y hay que aguardar turno. Estábamos mirando una cueva de tigres enormes, cuando oigo, de repente, hablar español. Comprendí por el acento que no eran paisas sino bogotanos; pero, en fin, gente de nuestra tierra. Al momento me les acerqué y entablé palique con ellas. Eran, como supuse, dos señoras bogotanas que vivían en Nueva York desde hacía algún tiempo. Tanto ellas como yo nos reconocimos con gran alegría, pues se siente nostalgia del idioma cuando uno no oye sino el bendito inglés a todas horas. Al subir un poco la cuesta hay una explanada donde está el acuario. Este sí que es interesante y hasta miedoso. Hay unas rocas con mucha agua, donde están los cocodrilos o caimanes del Nilo y del Magdalena, según reza el letrero. Hay enormes, como el que trajeron aquí para una exposición. También había dos focas muy grandes; tienen la piel como de ratón, sin patas, sino unos “zocos” de lo más fastidiosos; el hocico es parecido al del perro, y ladran como él. Hacen una bulla que repercute por todo el edificio. Vienen luego las vitrinas donde tienen las culebras y los peces. Las culebras son de muchas clases; desde la boa constrictor hasta la patoquilla, sin faltar, por supuesto, la mapaná, la cobra, la víbora, y todas las especies de colmillos más venenosos. Al acercarse uno se siente fastidio, parecido al miedo, cuando se mueven esos animales, que se enroscan y levantan la cabeza si uno los mira; hay también culebras muy inofensivas, y muchísimas de agua, que se mantienen nadando en ella. Las vitrinas son tan bien acondicionadas, que todas tienen

tubos para vaciarles el agua y limpiarlas, y para introducir el aire que necesitan los animales; lo mismo para darles la comida, de manera que los empleados no tengan peligro.

Las piscinas son bellas, hay peces de gran tamaño y una variedad muy grande de pececitos de todos los colores, como los pájaros. Los hay chirringos<sup>26</sup> como las sardinitas que ustedes encuentran en los charcos.

No pasamos del acuario porque estábamos cansados; así, no vimos las aves ni otros animales. Regresamos de noche a la ciudad.

Coney Island es otro lugar que visitan los turistas. Es también lejos de la ciudad. Allá fuimos en auto. Éste es el lugar donde hay juegos de montañas rusas, ruedas elevadas que voltean a grande altura, etc. Todas esas cosas propias para niños y muy en boga allá entre la gente mayor, pues los yanquis no son sino niños grandes que gozan con todas esas cosas.

Los monstruos humanos que exhiben no se los describo, porque no son para descritos ni para vistos. No me explico cómo la gente puede gozar con ver estos infelices seres que por necesidad explotan sus defectos, y más que curiosidad inspiran compasión. Un mono sabio sí me llamó la atención. Estaba vestido de cachaco; flux<sup>27</sup> gris, sombrero coco, corbata y zapatos. Se sentaba a la mesa y comía con todo y cubierto, y sabía trinchar perfectamente, y hasta mejor que muchos niños que yo conozco. Terminada la comida se sentaba a mecerse en una sillita pequeña, encendía cigarrillo y fumaba tomando el café. A lo mejor se le olvidaba que era “cachaco” y se tiraba al suelo a revolcarse, a gruñir y a alzar las patas. La muchacha que lo manejaba, a quien obedecía siempre, sacaba un látigo y lo castigaba. Entonces se ponía de pie y saludaba. La domadora le preguntaba que por dónde lo habían castigado, y él mostraba las posaderas y se las golpeaba con la mano.

Claudino, después de que llegamos, se sintió enfermo, por lo cual hubo que consultar al médico; pero la cosa no llegó a mayores. Nos pusimos, pues, a recorrer toda la ciudad, para luego ir a Washington, a Filadelfia, y a conocer el gran Niágara. Pero Sofía nos escribía de París, afanándonos. Nos decía que nos aguardaba pronto para irse a viajar con nosotros; que sus compañeros Pedro Jaramillo y Barbarita Peláez habían demorado su salida de París, también por

---

<sup>26</sup> Chiquitos.

<sup>27</sup> Terno (traje de hombre), María Moliner, Gredos, 2007, pág. 1377



aguardarnos; y que ya estaba muy adelantada la estación, que era el verano. Recibimos, también, varias cartas de los hijos, en que nos animaban para que fuéramos a Europa, y entre ellas una de Tomás,<sup>28</sup> muy larga y sustanciosa, como las que él sabe escribir. En ella nos animaba también para el viaje, contándonos lo bien que estaba de salud y lo atendido por Elena y demás de la casa. Que aunque no podía moverse, se ocupaba en leer y escribir, y que con esto entretenía el tiempo. Nos hacía un itinerario del viaje; de las cosas notables y curiosas que debíamos conocer en el Viejo Mundo. Esta carta, que aún conservo, será quizá la última que él me escribiera por su propio puño y letra; lo mismo que otra que le escribió a Sofía, sin firma, y que ella celebró mucho.

Con estas instancias, y cumpliendo nuestro deseo, resolvimos el viaje a Europa, y dejar el regreso, que pensábamos hacer por Estados Unidos, acompañados de Sofía, para conocer lo que nos faltaba. Tomamos pasaje en el barco *París*, de una compañía francesa, y al ir al muelle el día que habían fijado para la partida, resultó que por una mala información de uno de los agentes el barco había partido la noche anterior. Volvimos mohínos a la ciudad. Claudino y Eduardo Piker se fueron inmediatamente a la oficina de la Compañía, para hacer el reclamo. El director se apenó muchísimo luego de que leyó lo que decía el pasaje, y era que el barco partía en la tarde del 6 de julio. Le pidió excusas a Claudino y le ofreció pasaje en otro vapor de la misma Compañía, que salía ocho días después, dándole camarote de lujo y haciéndole los gastos de hotel durante los ocho días. Con esto nos quedamos muy satisfechos. Eduardo se admiraba de que hubiera ocurrido este error, siendo una Compañía tan seria, y decía que sin duda era la primera vez que esto sucedía. Yo decía que había sido milagro de la Virgen, pues le había pedido que si algo nos había de pasar en ese viaje, lo impidiera. Y tanto fue así, que días después supimos que el *París* se había incendiado llegando al Havre, y que toda la carga y los equipajes se habían perdido. Los acontecimientos posteriores vinieron también a probar la intervención de Nuestra Señora en esta ocasión.

Pensamos, desde luego, en aprovechar la semana de demora para hacer algunos paseos. Así, esa misma tarde proyectamos ir al día siguiente a conocer de cerca la Estatua de la Libertad. Para esta excursión se nos ofreció como compañera e intérprete la amiga Susana Piker de Betancourt. Salimos temprano

---

<sup>28</sup> Tomás Carrasquilla Naranjo, hermano de Isabel, ocho años mayor que ella; su otro hermano, Mauricio, falleció muy niño.

del hotel creyendo que no alcanzábamos el barco; pero como se demoraba la salida algunas horas, resolvimos aguardar en un restaurante cercano y almorzar allí mismo en el puerto. Al fin salimos.

Como se sabe, la colosal “Estatua de la Libertad iluminando al Mundo”, según la idea del artista que la trabajó,<sup>29</sup> está situada en una isleta en la boca misma del puerto de Nueva York. Por la pequeñez de la isla donde está emplazada, parece que surge del mar. Me pareció por esto más hermosa y fantástica. La colosal figura hay que verla de lejos para apreciarla en todos sus detalles. Nosotros la vimos de frente, de costado y por detrás. Al acercarse a ella, se pierden los contornos de la figura. Cuando el barco atracó, ya no vi sino como una torre altísima a la cual no se le determinaba el remate.

La pequeña isla no tiene ningún edificio; sólo uno muy bajo que sirve de vivienda al administrador o conserje. Allí hay un restaurante para turistas que a la vez es oficina donde venden los tiquetes para la entrada y la ascensión al monumento. El administrador nos insinuó la idea de tomar antes una vista de nuestras personas, que nos entregaría a la salida. Aceptamos, y nos colocó de pie sobre un tabladillo que tenía preparado. Enseguida emprendimos la subida de la monumental gradería, base del pedestal. Allí, ante una mesa, estaba sentado un empleado que recibió los tiquetes y se ofreció como guía para hacer con nosotros la ascensión, luego de hacernos poner la firma en un gran libro o registro que llevaba. No recuerdo si era que no había ascensor, o estaba descompuesto; lo cierto fue que emprendimos la subida por una empinada escalera, hasta llegar a un segundo piso, y luego a un tercero, y no recuerdo si a un cuarto, adonde penetraba a raudales la luz, por grandes ventanales que tiene el salón en sus cuatro lados. Éste es el último cuerpo del inmenso pedestal.

Nos sentamos a descansar y a admirar el hermosísimo y dilatado panorama: acá, el mar con sus embarcaciones, que se veían como puntos movibles; más allá, la franja oscura de las costas; y más cerca, la mancha alargada de la isla rocosa donde tiene su asiento la gran ciudad de los rascacielos.

Yo veía empinarse la estrecha escalera que teníamos que subir hasta el corazón de la estatua, y recordaba que su altura era algo más de cien metros. Esto me estremecía. Yo no obstante saqué fuerzas de flaqueza, y las emprendí apoyada en el brazo fuerte del guía. Subimos no sé cuántos pisos y escaleras por

---

<sup>29</sup> El escultor francés Frédéric Auguste Bartholdi (1834-1904).

aquel tubo alumbrado a medias; como quien dice, trepábamos por las piernas y el estómago de la monstruosa estatua. Veíamos los grandes tornillos remachados que cosen las enormes y distintas piezas que forman el ropaje.

Llegamos al fin, jadeantes hasta el pecho de la diosa. Por unas ventanillas enrejadas mirábamos hacia abajo. Pero, ¡qué horror! Unas lloviznas frías me recorrían la columna vertebral y sentía vacío en el estómago. Me aferraba instintivamente del brazo de mi acompañante. Esto debe ser lo que llaman el vértigo de las alturas. Ya había sentido aquello al subir al último piso de un rascacielos, que contaba cincuenta y dos;<sup>30</sup> con la diferencia de que a éste habíamos subido en ascensor. Desde aquella altura se ven las calles de la ciudad como profundos canales, y los cerros y peatones, como juguetes de niños.

El guía nos mostró una isla lejana, cuyo nombre no recuerdo, donde deportaban a los viajeros que pretendían desembarcar en Nueva York sin tener los papeles en regla. Esta cuarentena duraba a veces indefinidamente.<sup>31</sup>

A la altura adonde llegamos arrancan los brazos de la estatua, el cuello y la cabeza erguida. En la mano derecha, levantada, empuña la gran antorcha, que es un potente reflector. La subida hasta el brazo y la cabeza estaba prohibida. La bajada de las escaleras no fue menos peligrosa que la subida. Yo me santigué al emprenderla.

Cuando el administrador nos presentó las vistas que había tomado, no volvimos de la sorpresa y de la admiración. Figúrense que resultamos de pie en el primer plano del pedestal. Teníamos por fondo el altísimo monumento, que se veía desde su base hasta la cabeza coronada de la Libertad, resultando ésta casi igual en altura a cualquiera de nosotros, con la circunstancia de que el monumento se veía torcido e inclinado como la Torre de Pisa. Esta desproporción nos provocó charlas y risas burlonas, con disgusto del fotógrafo, que no se explicaba el porqué de nuestra hilaridad. El tal se trabó en una discusión en inglés con

---

<sup>30</sup> En 1929, en Nueva York los edificios más altos eran El Metropolitan Life Insurance Company, de 50 pisos, construido en 1909, y el Woolworth, que lo sobrepasó en 1913 con 57 pisos. "Lista de los edificios más altos de Nueva York". Sitio web: *Multilingual Archive* (2010). Disponible en: [http://www.worldlingo.com/ma/enwiki/es/List\\_of\\_tallest\\_buildings\\_in\\_New\\_York\\_City](http://www.worldlingo.com/ma/enwiki/es/List_of_tallest_buildings_in_New_York_City), consulta: 11 de mayo de 2010.

<sup>31</sup> Isla Ellis: destinada como aduana desde 1890. Fue sitio de paso obligado para la gran corriente de inmigrantes que llegó a los Estados Unidos de América desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

Susana, quien le regateaba el precio de las famosas vistas, que quería cobrarnos muy caras. Sin duda tenía que hacer muchas maniobras para que las figuras le resultaran bien artísticas sobre el fondo de sus postales que tenía preparadas adrede. No hubo más remedio que pagar las vistas, que yo les mandé a ustedes como cosa curiosa.

Al fin volvió el barco a recogernos y regresamos tarde a Nueva York.

Al siguiente día no hubo paseo, pues tuvimos que darle reposo al cuerpo. Nuestros pobres huesos ya tan viejos se resintieron, y nuestros músculos estaban tensos y doloridos con el fuerte e inusitado ejercicio. Con el descanso de aquel sábado pudimos ir el domingo a Lynbrook, donde ya habíamos estado otra vez. Es un pueblecito muy pintoresco, cerca de la ciudad, donde Próspero con sus dos compañeros Sr. Roberto Escobar y José Olano, pasaban el verano. Estos tres amigos habían alquilado una casita muy graciosa, con muebles y vajilla. Se iban de Nueva York todas las tardes a las cinco, y regresaban en la mañana siguiente a su trabajo. Los sábados se iban temprano y volvían los lunes. En esta ocasión fuimos invitados con otros antioqueños residentes allí en ese entonces: Foción Soto y su señora Sofía Pérez, Jorge Ospina, Alberto Gaviria, y un joven bogotano que no recuerdo, que cantaba bien y se acompañaba con el tiple; también Tulia de Piker, Eduardo su hijo, y tres nietas muy bonitas por cierto; Aura y Tulia Betancourt, hijas de Dimitri Ivanovitch, y Aura, hija de Eduardo.

El paseo estuvo muy animado. El almuerzo, preparado y servido por los anfitriones, fue muy charlado y humedecido por varias copas. Ellos, ayudados por Eduardo, prepararon pollos, arroz, ensalada, huevos, la mar de cosas, pues se propusieron echar la casa por la ventana. Al terminar el almuerzo, cuando los tres se ocupaban en levantar la mesa, Ospina propuso que les pusiéramos la propina en los platos, para que la encontraran cuando regresaran de la cocina. Esto fue un incidente que ocasionó muchas charlas muy regocijadas.

La casita es de dos pisos. En la planta baja está el salón que es a la vez comedor, y la cocina y el baño, que son dos piececitas contiguas. Del salón arranca la escalera que conduce al piso alto, en donde hay cuatro piezas pequeñas, tres para los muchachos y otra para los huéspedes. Allí tenían las fotografías de sus parientes y amigos, y creo que hasta de las novias; pero la pieza de nuestro sobrino brillaba siempre por lo contrario: la cama sin tender y las ropas revueltas con los calzados, y los libros tirados por todas partes. Creo que el retrato de *mademoiselle* Sophie estaría hasta metido debajo del colchón. Esta es la característica de la ilustre familia de los Arangos y Jaramillos de Andrade. Escobar decía que

Próspero había aprendido mucho de cocina, pero que era muy desaplicado en la “dentrodería”;<sup>32</sup> que si no le cambiaban y le tendían la cama, así permanecía *per secula seculorum*.

En el mediodía se tomaron vistas. Los viejos nos fuimos a la playa de mar a ver los bañistas, que eran miles, y que además del baño se ocupaban en hacer gimnasia; la gente joven se quedó en la casa bailando. Una larga alambrada separaba el campo de los bañistas del de los mirones, que eran en gran número. El figurante, plantado sobre una mesa en el centro del campo, dirigía desde allí los batallones de bañistas, hombres y mujeres, viejos y mozos, quienes alineados en cuadros, obedecían como autómatas a sus movimientos y voces, como soldados bien disciplinados. Familias enteras, bajo grandes quitasoles, dormían enterradas en la arena, para luego de despertar, volver al interrumpido baño. Aquí sí que me parecieron los yanquis grandes niños o niños grandes.

Escobar, que nos había llevado, volvió por nosotros en el auto de Ospina Pérez, quien esa misma tarde se lo vendió a los tres veraneantes por \$100.<sup>33</sup> ¡Juzguen qué tan fino sería!

A la oración regresamos, tomando primero el tren y luego el *subway*, que es un ferrocarril subterráneo que atraviesa la ciudad de un extremo a otro; es de doble vía; unos trenes van y otros vienen; así, el hueco o socavón por donde pasa ese monstruo es enorme. Tiene estaciones donde la gente sube y baja, y en algunas esquinas tiene salidas a las calles. Los elevados son también vías de ferrocarril, pero son altas, sostenidas por columnas, por donde están tendidos los rieles; van por todo el centro de la calle y también por las esquinas, y hay escaleras de hierro para bajar o subir a tomarlo. Por las calles por donde pasa el elevado desmerece de precio el arrendamiento de los edificios, por el ruido constante que se oye. La gente pobre prefiere estos barrios para habitarlos y para establecer su comercio. Hay muy buenos almacenes y se compra más barato que en otras partes.

Al siguiente día de nuestro paseo a Lynbrook, amaneció Claudino enfermo, con las mismas novedades de la primera vez. Hubo que llamar de nuevo al Dr. Wills, médico colombiano, que lo había visto la vez pasada. No le pareció bien:

---

<sup>32</sup> Oficios domésticos ajenos a la cocina.

<sup>33</sup> La autora no aclara si se trata de pesos o de dólares. En todo caso, en 1929 la tasa de cambio pesos/dólar era 1.03 (dato Banco de la República).

dijo que había que llamar a un especialista. Tres días estuvieron en consultas y exámenes, los mismos que pasamos nosotros en una terrible expectativa; al fin, unidos al doctor Campuzano, compañero del especialista, resolvieron llevarlo a la Policlínica Hospital, para someterlo a una operación muy delicada. Los días que yo pasé no son para describirlos. Quisiera “volver esta doliente hoja”. No tuve tiempo de anunciarle a la familia este suceso, que más tarde vinieron a saber. No pude conseguir que me dieran alojamiento en el hospital. Únicamente logré que me dejaran pasar allá el día y me proporcionaran el almuerzo. A los cinco días ya estaba operado por la primera vez, pues no podían hacer la operación completa. A los veinte días de la primera le hicieron la segunda, afortunadamente con muy buen resultado ambas.

Se le pusieron para asistirlo dos enfermeras graduadas: una para el día y otra para la noche. Esta era una muchacha mexicana, muy buena. La otra era americana; hablaba el español por ser su padre puertorriqueño; su madre era alemana. Sabrán ustedes que era toda una duquesa. Esto les sorprenderá, como nos sorprendió a nosotros. Su historia fue la de tantas americanas ricas que se casan con nobles arruinados. El tal era un duque de Valdés, que después de gastar la plata la abandonó dejándole dos hijas. Ella, viéndose pobre, resolvió estudiar medicina con dos hermanos médicos que tenía; por último, acabó de enfermera. Así acaban muchas grandezas.

Yo me iba del hotel a las ocho de la mañana a esperar que me dieran entrada al hospital, que no era sino a las nueve. Los primeros días llegaba temblando de susto, pensando que lo iba a encontrar malo; pero Dios es tan misericordioso, que no resultó así, contra lo que se esperaba. A las nueve de la noche iba Próspero, que era mi compañero, a sacarme del hospital y llevarme de nuevo al hotel. Juntos comíamos, o hacíamos que comíamos; pero ninguno tomaba nada; yo me alimenté este tiempo con frutas y leche. Próspero tuvo que operarse de las glándulas en estos mismos días, pues ya había tomado vacaciones para esto. Se salió del San Carlos, hospital donde fue operado, a los dos días, por no dejarme sola. Yo temía que le diera alguna hemorragia o infección, pues no se cuidó nada. Las noches primeras que pasamos fueron tristes: yo no hacía sino llorar, y él no podía hablar sintiendo su dolor. Así era que callábamos y él apenas me hablaba por señas. Un mes largo duró este suplicio. Yo no tenía más consuelo que la oración. Me levantaba a las seis, me iba a la iglesia del Sagrado Corazón, que quedaba cerca del hospital; allí oía misa y comulgaba, y salía confortada y edificada, pues no he visto en ninguna parte donde se oiga la misa con más

recogimiento. Luego volvíamos a tomar el desayuno, que Próspero y yo preparábamos en el mismo apartamento. Él se iba a su trabajo cuando ya estuvo bien, y yo me iba a pasar el día con Claudino.

Cuando ya lo dieron fuera de peligro me iba más tranquila; y antes de llegar al hospital me estaba en el Parque Central sentada en una banca, o paseándome para tomar el sol, por consejo del médico, pues yo también estaba con fiebres. Me entretenía dándoles de comer a las palomas y a los pajaritos que los hay por bandadas y muy mansos: se le suben a uno a la cabeza, a los hombros, toman el grano de la mano; lo mismo las ardillas. Como los niños no las matan ni las espantan, ni saben tirar piedra ni “honda”, pues esto es de gente salvaje, no temen acercarse a ellos. Yo me imaginaba cuánto gozarían ustedes mis chiquitos, con estos confianzudos animalitos. Me parecía que veía a Julito,<sup>34</sup> a Cuco<sup>35</sup> y a Jesusito,<sup>36</sup> armado cada uno de su piedra, y con los bolsillos llenos para tirarles. A Carlitos,<sup>37</sup> Panino<sup>38</sup> y Adolfo<sup>39</sup> no los recordaba, por estar todos tan pequeños para manejar piedras. Otros días iba al Museo de Arte,<sup>40</sup> que queda en el mismo parque, unas veces sola y otras, acompañada de Próspero. Allí hay mucho que ver, pero lo que más me gustaba eran los salones de armas. Estos yanquis se han recogido todo lo curioso y notable que pudieron comprar en el Viejo Mundo: espadas, sables, dagas, puñales y toda clase de armas, las más variadas, las más finas, y con piedras y cinceladuras las más bellas. En el centro de los salones están montados los caballeros, muy erguidos, con el lanzón en la mano y toda la armadura completa sin faltarle nada ni al jinete ni al caballo. Éstos son muy

---

<sup>34</sup> Julio Restrepo Arango, hijo de Constanza Arango Carrasquilla y Julio Luis Restrepo, nieto de Isabel y Claudino.

<sup>35</sup> Félix Mejía Arango, hijo de María Arango Carrasquilla y Félix Mejía Arango (Pepe Mexía), nieto de Isabel y Claudino.

<sup>36</sup> Jesús María Arango Álvarez, hijo de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R., nieto de la pareja.

<sup>37</sup> Carlos Mejía Arango, hijo de María Arango Carrasquilla y Félix Mejía Arango (Pepe Mexía), nieto de Isabel y Claudino.

<sup>38</sup> “Panino”, Claudino Arango Montoya, hijo de Jorge Arango Carrasquilla y Margarita Montoya, nieto de Isabel y Claudino.

<sup>39</sup> Adolfo Arango Montoya, hijo de Jorge Arango Carrasquilla y Margarita Montoya, nieto de Isabel y Claudino.

<sup>40</sup> The Metropolitan Museum of Art.

grandes, sin duda de aserrín, pero con sus pieles muy relucientes, lo mismo que las armaduras y los arneses, que parecen acabados de salir de las fábricas, por lo limpios y pulidos. Mucho que me acordé del pobrecito Don Quijote: cómo se le habría ido la baba viendo estos amadises<sup>41</sup> y belianises<sup>42</sup> tan bien equipados. Si le hubiera tocado en suerte dar con un yanqui rumboso, no hubiera tenido que ponerse la bacía que se puso como celada, ni hubiera montado en Clavileño, pues aquí había tenido para regodearse.

Iba también algunas veces con Tulia Moreno de Piker a los teatros que quedan cerca del hospital. Claudino siempre me instaba para que me fuera a las dos o tres de la tarde a dar un paseo.

El Roxy, El Paramount, El Capitol. En fin, los mejores teatros, eran los preferidos. El hospital está situado entre las calles 50 y 51, en la parte quizá más céntrica y bulliciosa de la ciudad; cerca también queda la iglesia de San Patricio, Catedral católica y el templo más bello de Nueva York. Allí entrábamos a visitar el Santísimo, a la salida del teatro. En este hospital donde estaba Claudino fue donde murió Rodolfo Valentino. Muchas tardes me sentaba delante de la puerta de la pieza donde murió, que estaba entonces vacante, a meditar en lo que son las glorias y grandezas humanas. Allí mismo dizque se sentaba Pola Negri<sup>43</sup> a llorar por su querido Rodolfo. Me contaba el doctor Campuzano, que fue uno de los médicos que lo asistieron, cómo tuvieron que luchar con la curiosidad de la gente, y sobre todo con las admiradoras del famoso “estrella”. Tuvieron que poner cordones de policía en los dos frentes del edificio, tanto en la entrada por la calle 50 como por la 51, y aislar todos los teléfonos. Cuando murió lo llevaron a un hotel para ponerlo en capilla ardiente, y la gente formaba cola hasta de tres cuerdas para entrar a verlo, lo que quiere decir que “Todo el mundo es Popayán”.<sup>44</sup>

---

<sup>41</sup> *Amadís de Gaula* libro de caballería del siglo XVI y al cual hace referencia Cervantes en *El Quijote*.

<sup>42</sup> *Belianís de Grecia* libro de caballerías español, narra la vida del príncipe Belianís de Grecia y sus amores con Florisbella, también aparece reiteradas veces en *El Quijote*.

<sup>43</sup> Bárbara Apollonia Challupiec (1897-1987), actriz polaca, una de las grandes divas del cine mudo.

<sup>44</sup> Se trata de una expresión cuyo texto completo dice: “Todo el mundo es Popayán y él solo carga la fama”.



Los antioqueños residentes entonces en Nueva York se manejaron muy bien con nosotros; visitaban a Claudino en el hospital y me acompañaban de noche en el hotel. Las García, de Bucaramanga, Eva Álvarez y sus niñas, Tulia Moreno y sus hijas, la viuda del poeta Nonato Navarro y su hija, los amigos Alfonso Carvajal, Roberto Escobar, Foción Soto y su señora; José Olano, Alberto Gaviria y por último, la familia de Francisco Luis Moreno; todos ellos nos acompañaron y nos colmaron de atenciones.

Claudino y yo, cuando él ya se levantaba, nos paseábamos por las galerías del hospital, y sentados frente a las grandes ventanas nos divertíamos viendo las gentes que habitaban las buhardillas de los edificios cercanos. Había un acróbata que tendía un alambre para caminar en la cabeza con los pies en alto, sobre una rueda que se amarraba con una correa. Esta operación la ejecutaba todas las tardes con la paciencia más grande. Una muchacha, compañera, ensayaba bailes. En otras azoteas fabricaban dulces o algo para la venta, pues se veían varias mesas con cosas muy pequeñas que ponían al sol; un pobre viejo se pasaba el día espantando las palomas con un trapo amarrado a un palo; pues venían las muy tragonas en bandadas, a comerse lo que en la mesa cuidaba. En otras buhardillas se ocupaban las mujeres en lavar la ropa y extenderla al sol en la azotea, en largas cuerdas, y los hombres sacaban el colchón y las alfombras para sacudirlos y asolearlos. Allí, en esas alturas vive y pulula toda la gente pobre de la urbe, con sus chiquillos, desnudos en el verano, y sus perros, que no les faltan.

Me acompañaban al comercio Tulia Moreno y Sofía Pérez de Soto, para comprar los vestidos; pues la Vieja se engalanaba mucho allá. Vestidos que las hijas se repartieron entre las tres, cuando ella regresó. También íbamos a los almacenes de Ten cents, donde compré varias chucherías que mandé de allá. Isabelita,<sup>45</sup> Adela,<sup>46</sup> Nena,<sup>47</sup> Ana<sup>48</sup> e Ita<sup>49</sup> se hubieran encantado: las unas com-

---

<sup>45</sup> Isabel Arango Álvarez, hija de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R., nieta de Isabel y Claudino.

<sup>46</sup> Adela Arango Álvarez, hija de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R., nieta de Isabel y Claudino.

<sup>47</sup> Elena Isaza Arango, hija de Elena Arango Carrasquilla y Eduardo Isaza M., nieta de Isabel y Claudino.

<sup>48</sup> Ana Arango Álvarez, hija de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R., nieta de Isabel y Claudino.

<sup>49</sup> Margarita María Arango Montoya, hija de Jorge Arango Carrasquilla y Margarita Montoya, nieta de Isabel y Claudino.

prando chismes de tocador a cinco y diez centavos; los hay lindos, lo mismo que collares, pasadores y toda clase de adornos y baratijas curiosas; y las chicas con el surtido de muñecas, de muebles y vajillas para los muñequeros y las cocinitas. En estos mismos almacenes se aprovisionaron los mozos obsequiosos que nos invitaban a su casa, para surtirse de todo lo que necesitaban para el menaje. La vajilla, sobre todo era finísima; toda de cartón, para no tomarse el trabajo de lavarla, pues esto sí no pudieron aprender: todo se les empegotaba y la dejaban con toda la mugre.

Al fin, el 20 de julio, fecha clásica para los colombianos, fue de doble fiesta para nosotros. Ese día salió el Viejo del hospital, y el mismo día pasaron los médicos la cuenta de la operación: “una picadurita de mosca”: tres mil quinientos dólares, que unidos a los mil del hospital formaban una buena suma, que yo pagué con mucho gusto. Nada le dije al Viejo hasta los ocho días después, cuando estuvo pagada, y me dijo él que por qué no pedía esas cuentas. Yo ya había ido al banco donde teníamos el dinero depositado, y lo retiré para cubrirlas. Al cancelar todo, con gastos de hotel, no nos quedaba sino muy poco de los diez mil pesos que Rafael nos había enviado para el viaje. De manera que tuvimos que economizar para conservar lo indispensable hasta llegar a París, donde podíamos hacernos a créditos.

Tomás y los hijos, con quienes estábamos en constante comunicación, nos amonestaban para que no nos arrepintiéramos del viaje a Europa. A mí, francamente, se me había quitado el entusiasmo con lo que nos pasó en Nueva York, y tenía más deseo de verme de nuevo en mi casa.

Algunas tardes iban con Próspero al hotel, Escobar y Olano, para tomar el té y jugar tresillo con nosotros, pues estaban muy interesados en aprenderlo. Nos hacían reír contándonos los trabajos que habían pasado aprendiendo a hacerse la comida en Lynbrook, pues todo se les quemaba o les quedaba crudo; y los percances que les habían pasado con el carro, pues se pusieron a manejarlo sin tener patente. A Olano le costó el estreno que lo llevaran dos veces a la Prevención, de donde salió por intervención del cónsul. Esto por haber atropellado a un vecino, y luego por haberle casi desbaratado el carro a otro. Tuvieron que pagar fuertes multas, aparte de daños y perjuicios. Total, que les costó más el caldo que los huevos.

El Viejo novelero, sin escarmentar con lo que le había pasado, proyectó paseo en aeroplano por sobre la ciudad; pero yo con mis ruegos lo hice desistir. En no sé qué fecha hubo un gran desfile del ejército. Fueron legiones de soldados de

todos los cuerpos con sus respectivos uniformes los que desfilaron hacia River Side. Lo que más me llamó la atención, después de dos artilleros, que llevaban enormes cañones, fue la caballería y la ambulancia. El desfile principió a las nueve de la mañana, cuando pasaron los primeros cuerpos frente al hotel, y a la una no había terminado. Quince días nos estuvimos aún en Nueva York; los empleamos en corresponder las visitas y las atenciones que nos habían hecho. Un domingo nos encontrábamos en casa de las García, que vivían cerca a River Side. Había mucho movimiento por las calles; todas las azoteas de los edificios y las ventanas estaban llenas de gente, pues se había anunciado para las cuatro de la tarde la llegada del Gran Zeppelin. Nosotros nos salimos a la orilla del Hudson, para verlo desde allí, pero quedamos defraudados. Por la noche, cuando ya nos estábamos acostando, percibí un ruido especial, distinto al atronador que se sentía siempre por la calle, y al cual ya nos habíamos acostumbrado. Se lo hice notar al Viejo y nos asomamos a las ventanas de la Avenida, porque comprendimos que era la nave que se acercaba. Efectivamente, el enorme cigarro se balanceaba por encima de los rascacielos, y se perdió allá lejos.

Una cosa que me llamó mucho la atención por curiosa y bonita es el baño que les dan en el verano a los niños pobres, en las mismas calles de la ciudad. La policía extiende un tubo de grueso caucho de una esquina a otra, para formar tupia, escogiendo, por supuesto las calles que tengan suficiente declive. Luego conectan las mangueras, y con el chorro van bañando los niños, que saltan, se acuestan y corren, perseguidos por el agua, y llenos de gozo y entusiasmo. Admiten niños desde dos hasta diez años. Como las gentes pobres viven en las buhardillas de los altos edificios, van surgiendo las criaturas como por ensalmo, hasta formar montonera. Todos bajan con sus vestidos apropiados y sus caritas resplandecientes de alegría. Los policías juegan con ellos y gozan también como chiquillos. Este baño es generalmente entre tres y cuatro de la tarde, las horas de más calor. Nada más higiénico que esta medida que da alivio a estos desheredados, a quienes sus padres quizá no pueden proporcionar el baño, tan necesario en esta estación.

Yo me encantaba mirándolos, y aún en la misma calle me demoraba para regocijarme con este simpático espectáculo.

La Municipalidad de Nueva York se toma mucho interés por la infancia; fuera de los orfanatos y casas de maternidad hay en cada barrio un dispensario para niños, al cuidado de un médico que los examina semanalmente, y en donde les son suministrados gratis a sus padres los remedios y la leche que necesitan.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

Sin duda por todo esto son allá los niños tan sanos y robustos. ¿Cuándo tendremos aquí recursos y organización suficiente para atender a las necesidades de nuestros pobres niños desvalidos? Tal vez así disminuiría la mortalidad tan pavorosa que arrojan las estadísticas.

Otro cuidado que se toma allí la policía es el de conducir de la mano a los niños y a los ancianos, en cada esquina, para defenderlos de ser atropellados por los vehículos. Lo mismo sucede en los parques; las madres dejan a sus nenes tomando un baño de sol en sus carritos, a sabiendas de que la policía los cuida.

¿Qué será todo esto: civilización o caridad?

\*



## V

---

Por último, resolvimos el viaje a París, pues las cartas de Sofía eran apremiantes; decía que ya estaban para clausurarse las exposiciones de Sevilla y Barcelona. Como ella no sabía lo que nos estaba pasando, porque no se lo escribimos, no podía explicarse nuestra demora. Por un cable le anunciamos la salida.

Avisamos a la compañía de navegación, y tan cumplidos como lo habían prometido, nos enviaron pasajes de primera, con camarote de lujo, en el vapor *Francia*. Salimos en los primeros días de agosto. Tulia, Eduardo y Próspero nos acompañaron al barco, hasta dejarnos bien instalados. Este último se quedó muy triste y con envidia de nosotros, porque íbamos a estar con “casi nadie” para él: con la gentil *Sophy*, a quien quería desde que el diablo estaba chiquito. Le prometimos que haríamos el regreso por Estados Unidos, y que nos estaríamos un mes allá. Con esta promesa, que no pudimos cumplir, se resignó.

Esta navegación, que duró seis días, fue muy agradable. El barco es un trasatlántico de grandes comodidades y mucho lujo. En él no se siente casi el movimiento, de manera que no hubo mareo. Por el contrario: me sentí bien, y pude gozar de todos los encantos de navegar, que no conocía. Nuestro camarote era uno de los mejores del barco, situado en el centro del gran monstruo. Parecía que nuestro apartamento de Broadway hubiera sido trasladado allí. Tenía tres ventanas que daban al mar, gran dormitorio con dos catres muy dorados, sillas lujosas, gran escritorio y mesa central donde nos servían las comidas; tenía además su cuarto tocador, cuarto de baño con todos sus accesorios, y zaguán con salida a la galería interior. Como ocupábamos camarote de lujo, no teníamos obligación de ir al comedor: un sirviente especial, que hablaba español,

nos atendía para todo. La comida era rica: el criado nos llevaba la carta y nos indicaba cuáles eran los platos que debíamos escoger.

Nosotros salíamos poco a la cubierta, porque nos pasábamos el día leyendo. Había una gran biblioteca con libros muy buenos en todos los idiomas. Escogimos varios, entre ellos *La Catedral*, de Blasco Ibáñez. A las tres de la tarde subíamos al salón Luis XIV, que es lujosísimo, con los retratos del Rey Sol y de sus favoritas. Allí mismo, en este salón, con santos tan profanos, decían misa todos los días a las siete de la mañana. El cine era de películas francesas muy escogidas y principiaba siempre por revistas de modas de los grandes almacenes de París. Por la noche nos quedábamos hasta las nueve o diez oyendo la orquesta, pues había una gran actriz que iba para Londres y cantaba muy bonito. Los pasajeros de primera, que eran ciento cincuenta, eran todos norteamericanos. Sólo había un señor de Puerto Rico que hablaba español. Este señor nos buscaba, pero nosotros rehuíamos el encontrarlo, porque era muy “sublime”; no hablaba sino en tono de domingo; por lo mismo, era muy cansón. Nuestros nombres, por razón del alfabeto, eran los primeros que figuraban en la lista de pasajeros; por esto, sin duda, éramos motivo de curiosidad para los yanquis; nos miraban y nos estudiaban. Les parecería rara esta pareja de viejos que no se dejaban ver, ni jugaban ni bebían ni bailaban como ellos, pues todos amanecían en juerga. Nos consideraban como indios salvajes.

Llegamos frente a Plymouth, pues el barco no pudo atracar, debido a su gran calado, sino lejos de la ciudad. Allí desembarcó mucha parte de los pasajeros, casi todos de los otros pisos, pues eran siete; a ninguno vimos antes, excepto a la artista, que bajó hablando y accionado mucho, como muy disgustada. Nos dijo el contador del barco, que aunque francés, entendía el español, y que era el que nos informaba de lo que pasaba a bordo, cómo ella se había peleado con el capitán porque le había registrado el equipaje y exigido el pasaporte; y también porque la noche anterior dizque se había bebido ella sola seis botellas de champaña, y había armado el gran escándalo, por lo cual la tuvieron que sacar del salón. Un barco vino a recoger los pasajeros, y varias lanchas a gasolina llegaron con paseantes; unos a encontrar a los viajeros, y otros por curiosidad.

Llegamos al Havre muy temprano. El contador, muy atento, nos ayudó al desembarque y transporte del equipaje. Se llenó los bolsillos de cigarrillos y cigarros de La Habana, que Claudino había comprado en Nueva York, y el resto lo ocultó no sé cómo. Todo nos lo hizo pasar por la aduana sin que lo decomisaran.

El trayecto del Havre a París es muy bonito. Los campos de La Bretaña son muy pintorescos. El Sena se desliza mansamente y las orillas son muy bellas; las casitas de recreo son muy coquetas, con mucho jardín; el tren va por la orilla del río y se puede admirar el paisaje. En la estación del Havre había visto un campo yermo donde habían arrojado mucho hierro viejo de los despojos de las locomotoras y de todo lo inservible en una estación de vía férrea; estaban aquellos literalmente cubiertos de florecillas de todos los colores, la cosa más bella. Esta floración es espontánea en la primavera y en el estío, según me dijeron. Como aquí no vemos eso, me llamó mucho la atención.

Tomamos el almuerzo en el carro restaurante. Nos tocó de compañeros una pareja de recién casados que iba del Havre a París. Dos jóvenes bien parecidos y muy simpáticos. Aunque no hablaban español, siempre les entendíamos algo, y ellos a nosotros del poco “francés” antioqueño que hablábamos.<sup>50</sup>

Llegamos a París<sup>51</sup> a las tres de la tarde más o menos. Nos aguardaban en la estación varios amigos y parientes; Sofía, Pedro Jaramillo y Barbarita Peláez su señora, Rubén Moreno y Bernardo Aristizábal; Francisco Luis Moreno y su familia, que habían salido de Nueva York ocho días antes. A Ester Mejía ya no la encontramos, pues se había embarcado para Colombia la víspera de nuestra llegada. Nos condujeron al Hotel Florida, donde estaban hospedados los Jaramillos y Sofía. Estaban también la familia Bedout del Valle, Mr. Mathews y su señora, y otros varios.

Aunque estábamos prevenidos de que París no era bonito por ese lado, me pareció menos de lo que yo me imaginaba; los edificios los vi muy bajos, con sus chimeneas que les dan tan mal aspecto; también me pareció poco el movimiento, acostumbrada ya al hormiguero de Nueva York y me parecieron estrechos los Bulevares. Sofía me leyó la impresión y me dijo: “Ya sé lo que está pensando. Esta tarde la voy a llevar a dar un paseo, y después me dice lo que le parece”.

Por la tarde salimos, efectivamente, a dar el primer paseo los tres, para lo cual tomamos un taxi. Nos llevó por La Magdalena, que está a dos cuadras del hotel; luego nos mostró La Plaza de la Concordia, el Arco de Triunfo, los jar-

---

<sup>50</sup> Se sabe que Isabel y Tomás tomaron clases de francés en la Biblioteca del Tercer Piso (Santo Domingo) con el médico Martín Moreno de los Ríos, quien había estudiado en París.

<sup>51</sup> Para ese entonces Francia atravesaba por el período que se denominó la Tercera República.

dines de Luxemburgo, el bosque de Bolonia, la Torre Eiffel con sus bellísimos jardines, y dos palacios; el del Trocadero, y el otro del frente, que se destacan en los extremos, tan bellos y majestuosos. Total: que volví al hotel deslumbrada de tanta belleza. Me parecía que no amanecía, para verlos de nuevo, y seguir conociendo todo lo demás.

Sofía, la muy solapada, nada me había preguntado de Próspero, aunque ardía de curiosidad. Esa noche hablamos largo y tendido de él. Se impuso lo de la operación, que había sido el motivo para no haberle escrito últimamente. Esto lo había sabido por los Morenos Aristizábal, pero sin detalles. Yo me había comprometido con Próspero a escribirle de París, contándole todo lo de la llegada y el encuentro con ella; pero me fue imposible, pues estos días fueron de un continuo movimiento, conociendo lo más notable, para salir a viajar, pues la estación propia ya estaba para terminarse. De manera que los compañeros no nos dieron más que veinte días de término para estarnos en París; y como pensábamos demorarnos al regreso todo el invierno, nos pareció plazo suficiente.

Como dije antes, había muchas familias de Medellín en el Hotel Florida. Entre ellas un matrimonio joven que tenía polémicas muy divertidas. Ella decía que habían convenido en que le daba los jueves a él, para que se divirtiera con los amigos; y que él muy pillo se tomaba también los domingos y la mayor parte de las noches; total, que hacía novillos toda la semana. Él decía que era rezando en La Magdalena, donde hacía ejercicios. Los domingos íbamos todos a misa a ese templo, tanto los hospedados en el Florida, como los otros. La oían todos muy devotos, meditando en lo elegantes y bonitas de todas las mujeres, tanto las parisienses como las antioqueñas, que eran muchas. A la salida nos juntábamos en el atrio, y se hacían los planes para el día. Los hombres, por lo general se despedían allí de las señoras, y en propio momento emprendían los “ejercicios”, pues vivían todos muy edificadas, empezando por los viejos, ¡y ojos que te vuelvan a ver! Solamente Claudino y Pedro no entraban a los “ejercicios”, no porque les faltaba deseo, creo yo, sino porque estaban ambos recién operados y los médicos les habían hecho muchas recomendaciones. Por las noches, cuando no íbamos a los teatros, y los hombres no estaban “rezando”, se hacían unas tertulias de lo más animadas; pues casi todos iban a buscarnos al Florida. Nos juntamos hasta veinticinco antioqueños. ¡Figúrense cómo sería la pelotera! Tanto, que los demás del hotel iban desocupando el salón, y nos dejaban solos a los de la colonia y charlábamos hasta tarde. Allí se hablaba de política; de la



nuestra, se entiende; de la crisis, que ya se anunciaba;<sup>52</sup> de teatros y de viajes. Las señoras hablaban de modas, de lo elegante de la Fulana o de la Zutana, y de las compras que habían hecho. Esto se repetía casi todas las noches.

Algunos días salíamos a pasear a pie, para hacer un poco de ejercicio, y para curiosear las vitrinas de La Rue de la Paix y de La Primavera, donde exhiben verdaderas maravillas.

Fuimos a Epinay a visitar a Juan Llano,<sup>53</sup> sobrino de Claudino, hijo único de María Ignacia, tía de ustedes, médico graduado, y que por desgracia había perdido la razón más de veinte años antes en París, y se hallaba recluido en un sanatorio. Rubén Moreno nos acompañó. Mucha impresión nos hizo la visita: lo encontramos envejecido, y en un estado tal de demencia, que no nos reconoció. Todo lo que le hablamos lo contestaba con monosílabos en francés. Sólo habló una palabra inteligible al dirigirse a Sofía: “Señorita”. Los cigarrillos que le llevamos lo alegraron, y desde el momento encendió uno y no dejó de fumar durante la visita. Yo, que tanto lo quería, pues en casa había nacido y se había criado, salí muy llorosa e impresionada. A él le llamaba la atención y me miraba con curiosidad, pero sin recordarme. Nos despedimos pronto, pues ya parecía agitado.

Bajo esta triste impresión nos fuimos con Rubén a su oficina, pues le habíamos dicho que queríamos comprar algunas joyas, para lo cual él había citado a un joyero que había fabricado para mí unos aretes de diamante, despachados por las Morenos hacía seis meses. Yo quería completar el aderezo con un pasador y dos anillos, y Sofía quería una esmeralda para ella. El joyero estaba esperándonos con un surtido muy variado. Yo escogí el pasador y los anillos, y Sofía su esmeralda. El hombre aquel no cesaba de mirarme, hasta que al fin me preguntó si esos eran los diamantes que él había montado para mí. Yo le dije que sí: me hizo quitar un arete, lo estuvo examinando, y dijo en seguida que los diamantes grandes eran falsos; que él podía precisar que hacía más o menos un mes que habían sido desmontados y cambiados. Yo me sorprendí y recordé entonces que en Nueva York no había usado los dichosos aretes y los mantenía

---

<sup>52</sup> Se refiere a la crisis económica conocida como la Gran Depresión, iniciada el 24 de octubre de 1929 a raíz del colapso de la bolsa de valores de Nueva York. A este día se le conoció como el “jueves negro”.

<sup>53</sup> Juan Llano Arango, sobrino de Claudino. Hijo de María Ignacia Arango Jaramillo y Juan Crisóstomo Llano Puerta.

guardados en el baúl. De allí los extrajeron y cambiaron las piedras sin que yo me diera cuenta del engaño. El autor de la fechoría, que desde luego se comprende que fue un empleado del hotel, se tomó todo el tiempo que quiso, pues yo no estaba allí todo el día durante la enfermedad de Claudino. Allí mismo dejé los aretes para montarles de nuevo los diamantes. Mil pesos perdidos por descuido. Este incidente me mortificó mucho, y unido a lo de Juan me hizo pasar un día amargo, lo que me ocasionó un regaño del Viejo.

El primer domingo nos fuimos con Sofía a pasar el día a Versalles. Muy hermoso me pareció el palacio y el pueblo que lo rodea. Todo lo que había leído de la historia de los reyes de Francia se me vino a la mente en confusión; por entre todos sobresalían las figuras de los reyes Luis XIV y Luis XV; recordaba la historia romántica de sus hijas y la vulgar de sus favoritas, exceptuando por supuesto a la Pompadour. Las figuras de Luis XVI y María Antonieta eran una obsesión. Allí recordé el proceso del famoso collar, novelado por Alejandro Dumas, y que figura en las *Causas célebres*. Me parecía ver a María Antonieta reproducida en los espejos del gran salón de recepciones, donde se pierde la noción de la distancia. La cámara de María Antonieta está conservada con todos sus muebles y enseres, que llevan su marca. Hay un bellissimo retrato de ella con sus hijas colocado en una de las paredes de su cámara. No les hago descripción del palacio, porque no sabría hacerles una pintura, siquiera pálida, de la belleza y magnificencia de esta morada; para eso les traje las vistas. Los jardines y bosques son bellos y llenos de estatuas; lo mismo las fuentes, que los domingos hacen funcionar. Todo está perfectamente conservado. El pabellón en donde están grabados los nombres de todos los héroes y soldados de Francia, y donde en grandes cuadros están pintadas las batallas más notables de su historia, es de más moderna construcción; y, aunque bello e imponente, cede en magnificencia a los salones antiguos. En este fue donde se firmó el armisticio de la gran guerra, el 11 de noviembre de 1918.

Almorzamos en un restaurante cerca al palacio, para continuar en el mediodía visitando lo que nos faltaba por ver. Fuimos al Gran Trianón y al Pequeño Trianón, lleno este último de recuerdos de la reina infortunada. Conocimos también el Templo del Amor, donde Sofía tomó vistas; y la famosa Lechería, donde la reina jugaba a ser pastora, rodeada de los galantes pastores y cortesanos. Fantasías éstas que le granjearon el odio del pueblo francés.

La interesante historia de esta reina la completé visitando la Conserjería; allí puede uno meditar en los sufrimientos de esta pobre mujer, sin comparación

con ninguna triste historia, como ella misma decía. Muy patriotas serían los franceses de esa época, pero también de una crueldad única, cuando encerraron a esta pobre víctima en esa estrecha ratonera, que muestran como su prisión.

En el Museo Grevin también la vi reproducida en cera, lo mismo que su hijo, el infeliz delfín. Impresionan esas figuras doloridas; la suya más parece de monja abatida que de reina alguna.

Por último fuimos a ver las carrozas de los reyes. Pintadas, decoradas y esmaltadas con finísimos dibujos; lujosos y muelles asientos, pero incómodas y peligrosas por lo altas. La colección es grande: desde las reinas y reyes hasta las de sus favoritas; éstas, quizá, más lujosas que aquellas.

Terminada esta visita descendimos por una avenida de plátanos hasta volver a tomar la carretera, que pasa por Saint Cloud, lugar muy poético donde hay casas de campo muy bellas.

Nuestras excursiones, acompañados de Sofía, continuaron en los días siguientes; visitas a los palacios, a los bulevares, a los almacenes, a los museos. El del Louvre necesitó de repetidas visitas para darnos siquiera una pequeña idea de lo que es ese bellissimo Palacio y de las maravillas que contiene. Recordé allí la vida accidentada de la gran Catalina de Médicis, que lo estrenó, y la trágica noche de San Bartolomé, crimen del que tan injustamente se acusó a esta reina, y del cual la ha absuelto la posteridad.<sup>54</sup> No me ocuparé en describirles este palacio, por la incapacidad, y porque ya lo conocen por las vistas. Tuve, sin embargo, algunos desengaños. *La Venus de Milo*, tan ponderada, no me pareció lo que yo me imaginaba; el cuello demasiado largo; sabía que la habían desenterrado y estaba manca; no la aguardaba, por eso, lisa ni barnizada, pero me pareció demasiado roñosa y llena de grietas, como si hubiera tenido viruelas. La Victoria de Samotracia me pareció un bloque de mármol sin figura definida; apenas las alas muestran lo que pudo ser; pensé al verla en aquello de que “apenas son sombras del amor y apariencias del deseo”. *La Gioconda* de Leonardo da Vinci, que yo ansiaba tanto admirar por su sonrisa enigmática, y por la historia tan romántica del artista, fue otro desengaño; ¡qué pesar! Me imaginaba ver un cuadro tan grande como el de *La Inmaculada* de la Catedral de aquí, y resultó

---

<sup>54</sup> Se le conoce como la masacre de San Bartolomé (1572), ocurrida en el contexto histórico de las Guerras de religión que azotaron a Europa en el siglo XVI. Enfrentamiento entre católicos y protestantes-hugonotes.

que es chiquito y con vidrio y todo; la pintura borrosa y desconchada. Allí se estima más en el bellissimo cuadro el recuerdo de que fue del gran pintor. Había muchísima gente extasiada. “¡Qué primor!”. Da tristeza pensar que el tiempo acaba al fin con lo que queda de él. De los demás cuadros, imposible hablar: ni la memoria ni la inteligencia alcanzan. Recuerdo uno solamente que me llamó la atención entre todos: *Los desposorios de Santa Catalina*, por el Correggio. Es un cuadro de belleza ideal sólo comparable a los de Rafael.

En cuanto a la gran Catedral de París,<sup>55</sup> situada en La Cité, se ve al momento que les falta altura a las torres; las estatuas de los pórticos son muy bellas, aunque algo mutiladas. El tesoro sí no hay palabras para describirlo, por su valor y belleza. La sola custodia es un sol de diamantes y de otras piedras de las más valiosas.

Del cementerio del Padre Lachaise lo más hermoso, sin duda, es el monumento de los muertos, que se levanta imponente frente a la entrada, con figuras bellas y sugestivas: supone la entrada por la tétrica y fatal puerta; la inscripción, que tiene es una sentencia bíblica, que no recuerdo.<sup>56</sup> Hay muchas tumbas interesantes de personajes notables de Francia, de literatos, de poetas, como la de Alfredo de Musset, y de muchos otros; aquélla está bajo un árbol, que la cubre con sus ramas; tiene además una inscripción con versos suyos, que le sirve de epitafio. La de Abelardo y Eloísa también me la enseñaron; pero yo considero esto pura leyenda, lo mismo que la de la Dama de las Camelias, que muestran en otro cementerio. Quisiera describirles otros monumentos notables, pero sería tarea larga y difícil.

La Torre Eiffel no hay para qué describirla. Lo sensacional consiste en la subida hasta su término, de donde se abarca el panorama de la ciudad, con sus edificios todos, sus bellos palacios, sus bulevares, bosques y jardines; la isla de La Cité y Montmartre, con su templo destacado sobre el cielo; los puentes sobre el Sena y el desarrollo del manso e histórico río; todo esto forma un cuadro fascinador. Con justicia es llamada esta gran urbe la “Ciudad Luz”.

---

<sup>55</sup> Catedral de Notre Dame.

<sup>56</sup> Cementerio Père Lachaise: en un principio perteneció a la comunidad jesuita que estableció en este espacio un lugar de reposo. Recibió este nombre en honor al jesuita François d'Aix de la Chaise, quien fue confesor del Rey Luis XIV. En cuanto al monumento, es obra de Paul-Albert Bartholomé; la inscripción a la que se refiere Isabel, dice: “Sur ceux qui habitaient la pays de l'ombre de la mort une lumière resplandit” (Sobre aquellos que habitan el país en sombra de la muerte, una luz resplandece).

Fuimos a varios teatros. La Grande Ópera me pareció una maravilla, especialmente la escalinata y el “foyer”; lástima que las pinturas del “plafond” estén algo borrosas, así como los dorados. Tuvimos un puesto de butaca cerca a la orquesta, donde se oía y se veía divinamente. La ópera que nos tocó fue *Fausto*. Aparte de las voces tan bellas lo que más me gustó fueron los cuerpos de baile. La corte de Mefistófeles me pareció “divina”. Los que componían la orquesta eran en su mayoría mujeres. El Folies Bergère, tan socorrido de los hombres, me pareció divertido; bonita y artística la representación, pero pecaminosa. Ésta debería ser para mujeres solas, así como hay libros y representaciones para hombres solos; las artistas deben ser unas tales por cuales, pues se exhiben siempre en traje de paraíso. Yo no quise volver por eso; tampoco a la Grande Ópera, porque para ir hay que hacer, por lo menos, dos horas de cola para conseguir las entradas.

En el Teatro Meller no dan sino representaciones en español, y por lo general asuntos todos de España. La artista esa es principal en todas las representaciones, y aunque no es bonita tiene mucha gracia.

El Teatro Pigal, recientemente inaugurado, es muy bonito, aunque en el decorado no tiene la magnificencia de la Ópera. Tiene mucho arte comercial. Se dan representaciones únicamente de la historia de Francia, y son verdaderas reconstrucciones históricas muy bien interpretadas, y con el lujo y aparato del caso. Al Gran Guíñol no quise ir, porque las representaciones eran dramas espeluznantes, en que se desmayan las mujeres y las personas nerviosas.

Estuvimos en varios teatros, donde se daban dramas y comedias en francés, por lo cual cogía yo muy poco del diálogo; pues aunque traduzco algo, no es lo mismo oírlo hablar. Al principio no entiende uno casi nada; a mí me parecía oír un idioma tan extraño como el inglés. Por esto me entusiasmaba poco. En uno de estos teatros nos tocó una representación que me gustó mucho; era un drama silencioso, representado por medio de la mímica, sin que hablaran los artistas, sino las palabras indispensables, aquellas en que la acción no era suficiente para reproducir. El drama era muy intenso, pero no se perdía el más mínimo detalle. Se comprende, desde luego, que los actores tienen que ser muy buenos y escogidos.

Después de veinte días de constante pasear, resolvimos irnos a viajar por otros países acompañados de Pedro y Barbarita y de Sofía, que fueron unos compañeros ideales. Solos no hubiéramos gozado tanto ni hubiéramos estado tan contentos como lo pasamos en su compañía.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

Tomamos el viaje por la Agencia Lubin, para evitarnos molestias. Aquella agencia de viajes es muy conocida y acreditada, sobre todo entre los colombianos. El viaje se contrató en \$900 de nuestra moneda, por cada persona. Sería por el sur de Francia, Italia, Suiza, Austria, Alemania y Bélgica, para regresar de allí a París. La agencia proporcionaba los tiquetes de primera clase en todos los ferrocarriles; gastos de hoteles, en los mejores de todas las ciudades; automóviles para los paseos, y por último, un guía o cicerone que hablara español, listo en cada ciudad que se visitase. Sólo las bebidas, propinas, y demás extras no las pagaba la agencia. Sofía fue nombrada tesorera, y le cargaba a cada uno lo que gastaba particularmente. Muy hábil resultó para esto, aunque algo “gamonala”, como siempre ha sido. “¡Ah, vieja mala ley!” me parece que la oigo decir; pero así era la verdad. Desde que la conocí le tengo mucha lástima a Prosperín.

Nos compenetramos tanto con nuestros compañeros, que formábamos una sola familia. Nuestros gustos eran unos mismos, y cada uno estaba por complacer y atender a los demás. Tanto Pedro como Barbarita son muy cachacos, de carácter suave y complaciente, como gente muy culta que son.

\*



## VI

---

El 30 de agosto a las siete de la mañana estuvo listo el auto de la Agencia para conducirnos a la estación D'Orsay. Íbamos con dirección a Lourdes. Durante el trayecto pudimos ver a vuelo de pájaro varias ciudades. Tours, Burdeos, Pau, y otras cuyo nombre no recuerdo. En Burdeos recordé que allí había nacido don Pablo de Bedout, casado que fue con la tía Mariana Moreno, nieta de Taita Moreno,<sup>57</sup> personaje que figura en *La marquesa de Yolombó*,<sup>58</sup> y padres ellos de la familia Bedout, nuestros amigos, que habíamos dejado en París. Lo poco que pude ver de la ciudad me gustó. Había varias embarcaciones que navegaban por el Gerona; la ciudad parece de mucho movimiento comercial.

Este primer viaje fue cansón: desde las siete de la mañana hasta las once de la noche es demasiado, y yo me fatigué bastante, aunque los asientos del tren son blandos y puede uno tenderse en ellos. El almuerzo y la comida los tomamos en el coche-restaurante, lo que fue muy molesto por cierto, pues hay que atravesar más de veinte carros, dando tumbos para llegar a aquél; luego los platos y vasos, que bailan una danza que dura hasta que los mozos de servicio los retiran. Sin duda por ser el primer viaje que hacía en esas condiciones, me pareció aburridor.

Yo temía la llegada a la estación, y que nos encontráramos solos y desorientados, de noche, en una ciudad extraña; aunque en la cartera de viaje decía que

---

<sup>57</sup> Martín Moreno Caballero (1787-?), bisabuelo materno de Isabel y Tomás Carrasquilla Naranjo.

<sup>58</sup> Novela de Tomás Carrasquilla publicada en 1928 (Librería de A. J. Cano).

un empleado del hotel nos aguardaría. Efectivamente: al bajar del tren estaba esperándonos en la puerta de la estación, con el carro para conducirnos y llevar los equipajes. A los empleados de hoteles les está prohibido entrar al recinto de la estación; esperan alineados en la entrada y van voceando los nombres de los respectivos hoteles. Las doce maletas que llevábamos como equipaje, pues no permiten baúles, fueron sacadas por las ventanillas por nosotras las mujeres, pues los dos galanes, como estaban recién operados, no podían hacer ningún esfuerzo. Esta operación nos costó trabajo al principio, pero al fin se nos volvió fácil. Sofía se subía a los asientos y de allí los montaba sobre la red como si fueran plumas, y lo mismo para bajarlas; Barbarita y yo le ayudábamos desde abajo; de las ventanillas las tomaban los empleados de la estación en carritos de mano, y las entregaban en la puerta a los mozos del hotel. El nuestro se llamaba el Grande Hotel de la Grotte. Cuando llegamos salió el conserje muy atento a recibirnos, hablándonos en español, pues estos empleados son, por lo general, políglotas. Nos condujo a las habitaciones que nos tenía preparadas, por anuncio que había recibido. Una doble para el matrimonio Arango; otra igual para los Jaramillos, y una más pequeña para la señorita. Todas muy confortables, bien amobladas, con sus cuartos de baño, etc. En todos los hoteles tienen banquitos a propósito para colocar cada maleta de manera que quede fácil y cómodo el manejarla. Caímos como troncos y no despertamos hasta las ocho de la mañana siguiente.

Al levantarnos e ir al comedor a tomar el desayuno, me encontré a Pedro, que había madrugado, y ya conocía el hotel. Me llevó a un balcón que da sobre el jardín y que tiene una vista muy bonita, pues está situado en la parte alta de la ciudad. Me dijo: “Venga aquí a la vuelta para que vea una cosa que le va a encantar mucho”. Verdaderamente, detrás del edificio se levanta un enorme peñasco, y allá arriba, encaramado, un castillejo, con sus torres y almenas, de lo más pintoresco, como amenazando despeñarse sobre el hotel.

Inmediatamente después del desayuno, emprendimos la subida, para verlo; la entrada es detrás del edificio, por una calleja empinada, que a poco se vuelve un sendero estrecho. Fatigados por la subida llegamos hasta la portada de piedra, que está casi en ruinas. Tuvimos que sentarnos un momento a descansar y esperar hasta que el que lo cuidaba vino a abrirnos. Barbarita, que se había madrugado a comulgar a la Basílica, llegó sofocada: “Imposible que ustedes tengan conciencia de venirse a conocer el tal castillo sin ir primero a la iglesia; ¡no se imaginan qué maravilla! Para más es don Claudino, que ya bajó a conocerla...”. “No le



crea, Barbarita, al Viejo, en esas santidades; no fue sino porque le dio pereza la subida...”.

Abierta la puerta fuimos trepando por un callejón, hasta encontrar una segunda puerta menos derruida, que da entrada a los patios y jardines del castillo. Éste se alza dominando la ciudad, con su torre del homenaje, sus otras dos almenadas, y sus habitaciones, que eran entonces museo de curiosidades; pero que no nos detuvimos a examinar porque estábamos de afán. Al frente del castillo se extiende el jardín hasta el mismo borde de la roca, que parece cortada a pico, y rodeada de un fuerte barandaje de piedra. Hay árboles centenarios; varias casitas como palomares, para los pájaros, que han hecho allí sus nidos; tiene también sus bancas, como los parques. La vista es bellísima; se perfilan en el horizonte los picos de los Pirineos; el Gave corre a la orilla de la roca donde está la gruta de la Virgen, besándola al pasar; la Basílica se levanta blanca; la plazoleta arbolada y las avenidas floridas se dilatan frente a ella, separándola de la población. El escenario no puede ser más poético, como preparado adrede para las santas apariciones. Desde el barandaje del jardín del castillo vimos la procesión de los peregrinos, que se enfilaban hacia la Basílica. El pueblo todo se congrega y se une a los peregrinos para asistir a ella. Eran en esa vez muchísimos, llegados de todas partes del mundo; llevaban sus libros y cantaban con afinación y fervor; allí se une la voz opaca de los viejos a la viril de los jóvenes y a la incipiente de los niños, pero sin desentonar. Esto es hermoso y produce una rara sensación de placidez.

No descendimos de la altura sin conocer antes lo que restaba del castillo. La torre del homenaje es la más alta; debajo quedan los calabozos, muy tétricos, por cierto; tienen grandes argollas con cadenas empotradas en los muros, que muestran la crueldad de la época; pues el castillo, según nos dijeron, data del siglo XIII. A la torre no pudimos subir, porque la escalera está derruida; las habitaciones, hoy desmanteladas, y algunas ocupadas por el museo, me parecieron tristes e incómodas. Las almenas de las torres de atrás están muy destruidas, pero sí pudimos trepar a ellas por sobre los escombros donde crece la maleza. Cerca a las cocinas, en un patio interior, hay una gran cisterna, adosada a ellas; estaba llena de agua. El cocinero, sentado, removía las ascuas del fogón: una figura de cera, perfecta, que engaña a primera vista. Por último la capilla, separada del edificio, detrás de la torre del homenaje y apartada de ésta por un patiecito. Está relativamente conservada. El Altar, deteriorado, pero tenía sus candelabros y demás; los retablos muy borrosos, pero aún se distinguen las imágenes; su púlpito,

de madera, carcomido; y un Cristo, casi de tamaño natural, muy desconchado, y sumamente feo y hasta miedoso. A la salida nos sacaron a la calle por otra parte muy curiosa; hay varias bóvedas, cubiertas unas, y levantadas en forma de ataúd, y otras que muestran su fondo negro de seis o más siglos. Este castillo era una antigua fortaleza. Yo viví un momento con sus habitantes de época atrás.

Nos fuimos de allí directamente a la Basílica, adonde había llegado ya la procesión. No entramos sino al terminar aquella, después del sermón y de la bendición con el Santísimo, que dio un sacerdote desde el atrio. Había un gentío inmenso. Nos situamos debajo de unos árboles, desde donde pudimos oír y ver todo.

De repente miro, y no veo entre aquel gentío a ninguno de los compañeros. En vano miraba hacia todas partes, y ni rastro de ellos. Resolví no moverme de allí, hasta ver si alguno comparecía; y, en efecto, Pedro vino en mi busca y me condujo donde estaban los demás. Luego de conocer la iglesia, que no describo, y que es bella y está “empapelada” íntegramente de exvotos, desde el techo hasta el pavimento, fuimos a la fuente. Pedro llenaba vasijas y repartía.

La gruta donde está la Virgen, que es fuera de la Basílica, es maravillosa. Está cubierta casi en su totalidad de muletas, ruedas, pedazos de bicicletas, restos y despojos de embarcaciones y de toda clase de vehículos, que le han sido ofrecidos como testimonio de sus favores y milagros. La ceremonia que hacen para llevar a los enfermos es de lo más emocionante. Figúrense que los colocan en camillas frente a la gruta, y allí dicen la misa y les reparten el agua, que toman todos después de comulgar, llenos de fervor y esperanza, los ojos dilatados y lacrimosos. Uno reza con ellos y ansía presenciar un milagro. La gente de la ciudad es muy creyente, como que son testigos de los repetidos prodigios.

Yo deseaba comulgar al día siguiente para tomar el agua y cumplir una promesa que le había hecho a la Virgen cuando la enfermedad de Claudino. Aunque me había confesado en París la víspera de la salida, tenía mis escrúpulos y vacilaba. Dio la casualidad que en el hotel estaban hospedados varios sacerdotes que habían ido a la peregrinación. Yo los había oído hablando español. Me puse de acuerdo con una de las hijas del conserje, que asistía un almacén de exvotos y reliquias. Atento el sacerdote, me mandó llamar al salón a oírme. Era un español de Aragón. Yo le conté mis escrúpulos y él me dijo que no tuviera cuidado, que comulgara las veces que quisiera y en todas partes donde llegara, sin necesidad de reconciliarme. Esto me dejó muy tranquila. Ese día fuimos de nuevo a tomar el agua y a llenar en la fuente las anforitas, para traerlas a los

parientes y amigos. Yo bebí repetidas veces, y cada trago que tomaba lo hacía en nombre de cada uno que iba recordando. Al Viejo también le hice beber, y él muy burlón decía que le había hecho daño por haberla tomado acalorado.

Al siguiente día después de la comunión nos fuimos a hacer las estaciones con algunos de los peregrinos. Éstas se rezan principalmente cerca de la Basílica, donde está la primera, y continúan ascendiendo hasta la cumbre de la montaña, donde está el Calvario; de allí se desciende siguiendo las demás, hasta la del enterramiento de Cristo, que es la más bella. La cueva, natural de la roca, parece labrada a propósito. Las figuras están en una actitud muy patética; son las Marías, la Magdalena y San Juan. Los personajes son de bronce y de tamaño natural, hechos para estar a la intemperie. Cada peregrino lleva su bordón, pues es muy pendiente y resbaladiza la subida. Apoyada en el brazo de Sofía subí hasta la cumbre. El sacerdote reza y la gente contesta devotamente. Es esta peregrinación bonita y emocionante; para los que tenemos fe, por supuesto. Regresamos al hotel cansados pero satisfechos. Los dos señores no fueron a esta excursión; decían que por el fuerte ejercicio. Pasado el almuerzo empacamos las maletas, que debían estar listas, y que apretábamos para que nos cupieran las cántaras con el agua y las reliquias que habíamos comprado.

Salimos de nuevo, ya con el guía, a quien no habíamos necesitado. Nos llevó a ver lo que llaman allá Las Apariciones. Éstas son la representación de las apariciones de la Virgen a Bernardita, en figuras de cera. Me pareció esto cursi e irreverente. Yo, si fuera quien mandara, prohibiría esa clase de representaciones, hechas por puro negocio, para explotar a los tontos, y que le quita al asunto toda devoción y poesía. No vi las piscinas donde se bañan los enfermos, ni quise asomarme a ellas.

El guía nos dio un corto paseo en auto por los alrededores. Desde un cerro se ve el costado de la Basílica que da al río y se ve íntegra la roca con la gruta donde están la Virgen y Bernardita. De ella sólo se determina un punto blanco. Se ve, también, el funicular que sube hasta el pico más alto de los Pirineos, y que debe tener una vista magnífica. Al regresar del paseo entramos a darle la despedida a nuestra Reina, y a beber por última vez el agua milagrosa. Cuando llegamos, ya el empleado de la agencia nos esperaba con el carro para partir hacia la frontera. Estábamos entusiasmados al pensar que íbamos a oír la lengua patria. Pedro decía: “Prepárese, misia Isabelita, para reventar verbo”.



## VII

---

A las cinco de la tarde estuvimos en Irún. El intérprete estaba allí listo para hacer registrar el equipaje en la aduana y hacerlo llevar hasta el tren-tranvía en que debíamos seguir a San Sebastián.

Mientras registraban los equipajes me entretuve oyendo a los empleados y a la mayor parte de los viajeros pronunciar el español, que ya teníamos nostalgia de oír. Entre los que bajaron del tren había una muchacha morena, bien parecida. Debía estar en un carro de segunda, porque no la había visto antes. No llevaba sombrero; vestía un traje amplio, de volantes; llevaba puesto un chal o mantón, con mucha gracia; iba peinada de moña con raya por la mitad y peinetas. Un joven y otra muchacha, sin duda sus hermanos, vinieron a encontrarla. El saludo fue muy efusivo; yo no les perdí nada del diálogo. Ella les contaba con mucha mímica y pronunciación andaluza, cómo un franchute muy simple le venía haciendo la corte. No pude oír el resto, porque se apartaron a tomar alguna cosa en una venta que había cerca.

Llegamos a San Sebastián a las seis de la tarde. Allí también encontramos un empleado para conducirnos al Hotel Regina, donde nos tenían reservadas las habitaciones. Fue quizá el hotel menos lujoso que nos tocó, pero sí muy confortable y bien atendido. Está cerca de un parque, en la parte más central de la ciudad.

Luego de descansar, de vestirnos y comer, salimos a las cinco a dar un paseo a pie por el parque y las calles adyacentes. Nos gustó lo que vimos, aunque no fue mucho. Averiguamos con el conserje qué era lo más notable para conocer. Nos impusimos de cuáles eran los mejores teatros, y fue mucha nuestra ale-

gría cuando supimos que la mejor compañía de Madrid veraneaba allí y daba representaciones en el teatro Victoria Eugenia. Supimos con desagrado que la familia real, debido al luto reciente por la reina madre,<sup>59</sup> no veraneaba en este año en el palacio de La Concha, sino que se había retirado a Santander, para estar más alejada de sociedad.

Estos tres días que estuvimos en San Sebastián fueron lo más intensos que vivimos, pues no descansamos un momento. Al día siguiente fuimos a recorrer la ciudad, que es bonita, especialmente el barrio Gros. La iglesia de Santa María es muy antigua y tiene muchos santos; en el frontis está el patrón San Sebastián. Fue de lo poco que quedó después de un incendio que había destruido la ciudad. En este templo era donde la familia real oía la misa.

El circo de toros es enorme. Conseguimos permiso para conocerlo, y nos entraron por las dependencias, que son muy curiosas. Allí vivía la familia que lo cuidaba, y que debido a la propina nos mostró todo minuciosamente. Primero las caballerizas, donde tenían las pobres víctimas que debían montar los picadores en la próxima corrida, que sería el domingo, y que no nos tocó; vimos los grandes corrales donde encierran los toros; la capilla donde rezan los toreros antes de salir a la lidia, y por último, la enfermería; ésta está llena de estantes y mesas, camillas, toda clase de aparatos, baldes y vasijas; en fin, todo lo que necesita un médico para auxiliar a un herido.

Nos fuimos en seguida al gran paseo de La Concha, tan hermoso. En las vistas pueden admirarlo. Esta gran herradura está guarnecida de palacetes y lujosas residencias. El palacio real de Miramar se monta sobre la calle formando un puente. Encima tiene una terraza muy original. En los extremos de la herradura hay dos castillos que se levantan sobre los rompientes. Las Villas, encaramadas sobre las rocas, son las más bellas. Verdaderamente el rey *sportman* ha escogido un lugar de recreo, el más bello de su reino, para su descanso. Los balnearios son, allí mismo, muy concurridos. Hay varias casetas para los bañistas; la de la familia real, cerrada entonces, es más grande que todas. Venden en ese lugar frutas, dulces, bebidas, y hasta fabrican helados. Todos los que se ocupan en este comercio invaden el balneario para hacer su negocio.

Por la noche nos fuimos al teatro. Daba la compañía la comedia del gran Benavente *Lola Doncel*, que se estrenaba. El teatro estaba colmado. Logramos

---

<sup>59</sup> Se refiere a la Reina María Cristina de Habsburgo-Lorena, fallecida en febrero de 1929.

conseguir buenas localidades, y estábamos ansiosos. El primer acto fue bueno: es un drama intenso que interesa desde el principio. Los actores, magníficos; especialmente la actriz principal era una cómica consumada. Al final del primer acto los aplausos eran ensordecedores; cuál no sería nuestra sorpresa cuando aparecen las artistas principales trayendo del brazo a don Jacinto. Entonces sí parecía que se venía abajo el teatro. El viejecito, muy sonreído y satisfecho, hacía cortesías a todos lados; lo mismo las dos actrices, que lo tenían aferrado. Yo sentí una emoción pocas veces experimentada; me puse arrozada, como decimos vulgarmente. Lino y los otros compañeros también estaban emocionados. Al final de cada acto lo sacaban lo mismo, y al terminarse la representación fue una verdadera ovación: le presentaron una corona de laurel. No gocé en la Grande Ópera de París como en esa noche. El teatro español ha sido una de mis chifladuras. Nos acostamos tarde comentando la función y todo lo que nos había encantado. Sofía fue mucho el monte que me puso, imaginando cómo le contaría yo a Tomás este suceso, y la “tiza”<sup>60</sup> que le iba a poner. Y no sabe, la muy burlona, que se lo he contado apenas veinte veces.

Al día siguiente continuaron los paseos en auto, y repetición del de La Concha, que no nos cansábamos de admirar, y también para curiosear a los bañistas. Fuimos a conocer no recuerdo qué fábrica; quizá fuera de jabones. Pasamos por las pescaderías y sus depósitos, ¡pero qué olor tan poco grato! En el medio día estuvimos en cine, y por la noche, otra vez al teatro; no al mismo de la anterior, porque era repetición. Daban en otro *Tambor y chirimía*, de los Álvarez Quintero. También nos gustó mucho. Chirimía lo hizo divinamente. Barbarita estaba muy chocada con ella, por lo impertinente con su tambor.

Llegó esa tarde al hotel una pareja muy rumbosa, con gran equipaje. Llevaban un chiquitín con su niñera; el señor, muy bien puesto, con mucho dije y tilindajo;<sup>61</sup> ella, muy bonita, y llena de joyas: diamantes en las orejas, sendas pulseras muy relampagueantes, los dedos literalmente llenos de sortijas de todos los colores del arco iris, hasta el punto de que no se sabía cómo movía los dedos. Eran, pues, unos “rasta”. Lino decía que estaba tan bonita la muchacha, que merecía muy bien las joyas. ¡Viejo pillito!

---

<sup>60</sup> Poner tiza: exagerar, ponderar.

<sup>61</sup> Colgajos, cosas colgantes.

\*

Isabel Carrasquilla

En San Sebastián fue lo contrario de Lourdes: allí rezamos mucho y aquí parrandeamos más.

En la mañana del 4 de septiembre, a las nueve y media, nos despedimos con pesar de San Sebastián, estación Norte. Tomamos el almuerzo y la comida en el coche-restaurante, con las consiguientes incomodidades, procedentes de la rapidez del tren.

\*



## VIII

---

La llegada a Madrid<sup>62</sup> fue a las ocho de la noche. Nos fuimos al hotel Alfonso XIII, en la Avenida Pi y Margall. Los comedores estaban en la planta baja, con ventanas a la calle, y el gran patio cubierto hacía las veces de salón. Nuestras habitaciones eran altas, con ventanas a la calle.

Lo primero que hicimos fue expedir un radiograma anunciándoles nuestra llegada, pues el último había sido de París. Creíamos que se iban a sorprender al saber qué tan pronto nos habíamos ido de aquella ciudad; pero como estaba firmado “Aragón”, creyeron mis hijos que era de Sofía para Leopoldo; no supieron que andábamos viajando sino cuando recibieron los que se les iban poniendo de otras ciudades, y por las cartas que les llegaron de París, dándoles la despedida.

Nuestro gusto fue grande al hablar con el conserje y los empleados del hotel, lo mismo que con las camareras y los almacenistas: resulta que son tan antioqueños en su pronunciación como nosotros, o nosotros tan madrileños como ellos. Nada de tono cantado como los andaluces, ni de otras provincias;

---

<sup>62</sup> En España gobernaba para aquel entonces el Capitán General Miguel Primo de Rivera, quien el 13 de septiembre de 1923 dio un golpe de estado al régimen constitucional, y estableció un régimen dictatorial que duró hasta 1930, año en que decidió renunciar. Primo de Rivera respetó la posición del Rey Alfonso XIII, quien a su vez permitió y consintió el establecimiento de una dictadura por el primero. En 1931 el partido republicano ganó las elecciones. El Rey abdica en este año y se funda así la Segunda República, la cual llega a su fin con el comienzo de la guerra civil en 1936, cuando se produce el alzamiento de una fracción del ejército encabezada por Francisco Franco (Terrero y Reglá, 2004: 363-367).



hacen resaltar con suavidad la *c* y la *z*; es la sola diferencia. La pronunciación y hasta los giros son los nuestros. Tanto es así, que ellos mismos nos lo hicieron notar, al preguntarnos si éramos argentinos, porque les había llamado la atención nuestro modo de hablar. En Europa creen que todo el que viaja de Suramérica es de aquél país. Esto prueba que los “paisas” no hablamos tan “montañero” como por aquí se pretende. Al menos no desfiguramos las palabras, como los de la altiplanicie, ni las cantamos; y tampoco les mochamos letras como los costeños.

En la mañana siguiente estuvimos muy ordenados arreglando las maletas y entregando la ropa ya usada, para que nos la lavaran. Luego principió el ajetreo, al cual ya estábamos tan acostumbrados. En el hotel tenían un buen carro americano; porque es de saberse que en Madrid, como en otras ciudades, son malos e incómodos los vehículos de alquiler. Dijimos al chofer que nos llevara primero a la Puerta del Sol. Me causó sorpresa no ver puerta ninguna; yo imaginaba un gran arco que se levantaba en la calle en la plaza; algo así como el Arco de Triunfo. Verdaderamente la plaza es la puerta de muchas calles que convergen allí. Hay bellos edificios; la torre con la bola que cae al ser mediodía; el Ministerio de la Gobernación y también la entrada de la estación subterránea del Metropolitano. Recorrimos las calles principales: la de Alcalá, la de Preciados, San Jerónimo, que es la más comercial. En seguida fuimos a la Plaza de Castelar, en cuyo centro está la Cibeles, bellísima fuente que representa el carro de la diosa tirado por leones. Se levanta en esta plaza el hermoso palacio del Banco de España, todo de mármol, que tiene cuatro fachadas. De allí fuimos al Paseo de Recoletos, donde está el monumento a don Juan Valera; en los escalones está sentada Pepita Jiménez. Es una figura de mármol muy sugestiva. También estuvimos en La Castellana, el paseo preferido de los madrileños, con jardines muy cuidados. En el del Prado está el museo del mismo nombre. En estos paseos están los monumentos de Castelar, de don Benito Pérez Galdós y otros. En la Plaza de la Lealtad se encuentra el obelisco del 2 de mayo, donde están enterradas las víctimas de la batalla tan gráficamente descrita por Galdós en los célebres *Episodios nacionales*.<sup>63</sup> Tiene muchas inscripciones que la Nación,

---

<sup>63</sup> El 2 de mayo de 1808 se produjo el levantamiento de los españoles contra los franceses, quienes en cabeza de Napoleón invadieron España. Este acontecimiento también fue representado por Francisco de Goya en uno de los muchos cuadros que realizó por motivo de la lucha contra la ocupación francesa. El cuadro se llama *El dos de mayo de 1808, o la lucha con los mamelucos* (1814).

agradecida, dedica a sus héroes. En estos sitios hay muchos palacios. Es quizá la parte más bella de Madrid.

En la simpática Villa se experimenta la sensación de estar en su casa: el idioma es, sin duda, lo que da esta impresión, y luego el cariño que le tenemos a España los latinoamericanos; pues aunque emancipados, no olvidamos que fue nuestra madre, y que estamos ligados a ella por unos mismos gustos y una misma religión. Debe ser muy agradable la vida en Madrid.

Al segundo día madrugamos a misa, pues sabíamos que las iglesias las cerraban desde las nueve. Barbarita se descubrió una a la vuelta del hotel, y allí íbamos todos los días. Iglesias éstas tan semejantes a las de aquí, que me parecía que era en Medellín donde estaba. Recuerdo también la de San Francisco el Grande, la mayor y más bella de todas; la de Atocha, y la que queda en la plaza desde donde dispararon la bomba para asesinar al rey Alfonso.<sup>64</sup>

Recorrimos toda la ciudad, sin olvidar los barrios bajos. Las Carolinas, Las Américas y El Rastro, que es muy curioso. Éste es el lugar de las ventas populares, de lo más típico y pintoresco. Los objetos son expuestos en camillas, mesas, estantes, y hasta en el suelo, todo hermanado: las ventas de libros usados, con las de ropas viejas y remendadas; las de calzado y medias, con las de sombreros y toda clase de utensilios y baratijas. Parecido esto a los tendidos de los cachivacheros en los mercados de los pueblos, aquí en Antioquia. La calle es pendiente, y dejan en el centro un angosto camino para el tránsito. Nosotros no nos bajamos del auto. Éste iba ensanchando la brecha para poder pasar, de manera que las gentes se apartaban y se empujaban unas a otras; pero sin manifestar enojo, sino curiosidad: “¡Cuidado que ahí van los misteres!” Oíamos que decían. Como el auto andaba muy despacio y se paraba a cada momento, pudimos curiosear todo y oírles los diálogos tan graciosos. ¡Aquí de Tomasito!

Bajamos al Manzanares. Qué curiosidad de río: un hilo delgado de agua, como un caño cualquiera, encajonado entre altas vallas y con puentes bajo los

---

<sup>64</sup> Se refiere al rey Alfonso XIII quien el día de su boda con la princesa Victoria Eugenia, y en el momento en que regresaba a palacio fue víctima de un atentado de bomba perpetrado por el anarquista Mateo Morral. “El 31 de mayo de 1906 se celebró la boda de Alfonso XIII con la princesa Ena de Battemberg, nieta de la reina Victoria de Inglaterra, que abjuró del anglicanismo y se convirtió al catolicismo para casarse, adoptando los nombres de Victoria Eugenia. Las nupcias se celebraron en San Jerónimo y al regresar los reyes a palacio por la calle Mayor, el anarquista Morral les arrojó una bomba que ocasionó la muerte de 23 personas y unos 100 heridos, pero los reyes salieron ilesos” (Terrero y Reglá, 2004: 347).

cuales podría pasar cuatro veces el Aburrá.<sup>65</sup> Bien dicho lo del inglés: “¡Echen agua o quiten puente”. Dicen que esto es debido a las grandes crecientes, que serán parecidas a las de La Loca. El Guadarrama no es tan pobre y fertiliza bien los campos.

La Plaza de la Cebada, conocida por su tétrica historia,<sup>66</sup> también la visitamos. No encontramos levantada la horca, pero sí una plaza de mercado cubierta. La Ermita de San Isidro también fuimos a buscarla; el guía nos mostró a lo lejos la iglesia, que estaba cerrada, pues no la abrían sino en ciertos días; lo mismo nos ocurrió con la de San Antonio de la Florida, que deseábamos conocer, por las pinturas de Goya.

Paseamos por los Bosques del Pardo, pero no conocimos el palacio; igual cosa nos sucedió con el Palacio Real, que no pudimos ver; estaba cerrado por ausencia de los reyes. La fachada no llama la atención. Nos mostraron las dependencias y caballerizas. Al rey caballero le han regalado monturas de todas partes del mundo. Puede surtir una exposición. Las carrocerías son también una colección de vehículos de todas las épocas, desde sus tatarabuelos hasta la presente. Los de ahora son de moderna factura, siendo preferidos los carros americanos. ¡Qué honor para los yanquis!

Dejamos para último, por ser lo mejor, el Paseo del Prado y el Museo del mismo nombre. Bello edificio, y más aún lo que guarda. No les hablaré sino muy someramente de ello; sólo de lo que me gustó más, que fueron los salones de pintura. Los cuadros de Velásquez, tan conocidos, son una maravilla. El cuadro de *Las Meninas* está separado de los otros en una rotonda especial; es muy grande;

---

<sup>65</sup> Río Medellín. Toda el área metropolitana es el río Aburrá hasta Puente Gabino, aguas abajo de la desembocadura natural de Río Grande. A partir de este puente comienza el río Porce.

<sup>66</sup> La Plaza de la Cebada, antiguo lugar de mercado y de ferias, fue destinada, durante gran parte del siglo XIX, como lugar para la celebración de ejecuciones. Así lo narra Ramón Mesonero Romanos en su libro *El antiguo Madrid. Paseos histórico-aneecdóticos por las calles y casas de esta villa*: “[...] a fines del siglo último adquirió esta plazuela más funesta celebridad por haberse trasladado a la misma las ejecuciones de las sentencias de muerte en horca o garrote; a cuyo efecto se levantaba la vispera en el centro de ella el funesto patíbulo, y las campanas de las próximas iglesias de San Millán y Nuestra Señora de Gracia eran las encargadas de transmitir con su lúgubre clamor a toda la población de Madrid el instante supremo de los reos desdichados. Muchos grandes criminales expiaron en aquel sitio una serie de delitos comunes, y cuando, en este siglo, principalmente, se inventó la nueva clasificación de delitos políticos, muchas víctimas del encono de los partidos o de la venganza del poder regaron con su sangre aquel funesto recinto” (Mesonero, 1881).

las figuras parecen de relieve, las esponjadas princesitas, su bufón, el pintor y el perro, son de carne y hueso. Nos estuvimos contemplándolas largo rato. Yo quería que se me grabara bien, pues no lo vería más, sino en reproducciones, que apenas dan idea de lo que es este lienzo incomparable. El *Vaso de agua*, *Pablillos el Bufón*, los retratos de los reyes, todos son muy perfectos. Lástima que este artista hubiera sido pintor de corte lo que sin duda le impidió ocuparse en otros cuadros de más interés, y no emplear su paleta en retratar esos reyes tan feos, de labios belfos, algunos con cara de bobos. Los cuadros de El Greco son también muy bellos, de un estilo muy distinto. De los de Murillo, ¿qué podré decir? *La Concepción*, de la cual tenemos aquí una buena copia, es bellísima; lo mismo los cristos, el *San Jerónimo*, y varios otros que es imposible enumerar. El salón de Goya es muy interesante. Sus cuadros me encantaron, especialmente *Los borrachos*. *La maja desnuda* no sé por qué me gustó menos. En la sala de Rafael están quizá los mejores cuadros del inspirado artista, los cuales examiné con más cuidado, por ser el pintor que más admiro: *La Sacra Familia*, *La Virgen del pez*, el cuadro de *Jesús con la cruz a cuestas*, llamado el *Pasmo de Sicilia*; la *Virgen de la rosa*, la de la silla, la *Virgen con el niño*, San Juan y San José, son ideales. También hay uno de Miguel Ángel, de asunto religioso, lo mismo que casi todos los de Tiziano. No puedo enumerar los de otros grandes pintores que existen allí.

Los mejores teatros estaban cerrados. No conocimos ni el Real ni el Apolo ni el Romeo. Fuimos a algunos de orden muy secundario donde daban mediocres representaciones. El Teatro Eslava, tan mentado hasta en canciones populares, es feo. Allí vimos representaciones por el estilo de *Don Floripondio*.<sup>67</sup> Estando una noche allí, nos encontramos a un señor Restrepo, antioqueño, cónsul de Sevilla en ese entonces, que estaba con su señora y su hija de paseo en Madrid. Nos hizo un extenso reportaje; habló mucho de la patria y del deseo que tenía de volver a ella; lo mismo su señora, que es bogotana. El domingo siguiente nos tocó una corrida de toros en el circo principal, a la que asistimos con entusiasmo, especialmente Pedro. Fue lo que llaman una novillada, pues los toreros de cartel estaban veraneando en las playas. El gran circo estaba colmado. Yo esperaba que las mujeres asistieran a la corrida, con la clásica mantilla y con claveles, pero estaban vestidas como de calle. Lidieron seis toros muy bravos. Las suertes de capote y banderilla muy bien; pero cuando salieron los gordos y tiesos picadores se acabó el gusto, pues ya no pensé sino en el peligro de ellos

---

<sup>67</sup> Obra de Luis de Vargas (1891-1949).

y en los pobres y flacos caballitos, que con su ojo tapado se acercaban temblorosos a la fiera, y por instinto adivinaban el peligro; y nada bien que les fue, uno de ellos cayó allí mismo degollado, y otros dos quedaron parados, pero con los intestinos afuera. Me tapaba los ojos para no ver este espectáculo. No sé cómo pueden gozar con esta crueldad. En la muerte lo hicieron muy bien, despacharon el “bicho” a la primera estocada, en medio de los aplausos del público. A un torero que no fue feliz en esta suerte, y que le dio varios pinchazos para rematarlo, lo insultaban y le decían “gallina”, “Josefa”, y la mar de dichos, muy graciosos algunos. Pretendían que estos pobres hombres se les metieran entre los cuernos para que los mataran. Las gentes se entusiasman, aplauden, dicen cosas, y hasta insultan a los toreros y les arrojan cáscaras, pero no gritan como energúmenos hasta enronquecer, ni pierden los zapatos, como algunos que yo me sé, cuando asisten aquí a las corridas. Había cerca de nosotros dos muchachas muy bonitas, que estaban muy entusiasmadas. De pronto un joven bien parecido también, que comprendimos era su hermano, y que estaba sentado varias gradas abajo, se levantó y fue rompiendo por entre los espectadores hasta llegar a ellas. Airado les pregunta: “¿Con quién vinieron? ¿Se vinieron sin el permiso de mamá?”. Ellas contestaron que no, que habían ido con permiso. Él replicó: “¿Pero no se miraron al espejo cuando se pintaron de mamarrachos y con esa jeta tan colorada? ¡Vuélvanse a lavarse esa cara!”. Ellas no se enojaron por eso; se rieron celebrándole, lo mismo que los que estábamos oyendo y presenciando la escena. Entonces, sonreído, se volvió a su puesto tranquilo.

Tenía razón el muchacho para sorprenderse. Las españolas tienen el buen gusto de no pintarse, y si lo hacen es con mucha discreción.

Una mañana a las nueve estuvo el guía en el hotel, para la excursión al Escorial, donde nos tenían preparado el almuerzo.

Cuando llegamos al palacio estaban en el gran patio, frente a una de las fachadas, una partida de jóvenes jugando balón. Debían ser estudiantes, pues por Escorial se comprende, no sólo el Palacio sino el pueblo que lo rodea. No lo describo por no meterme en arquitebras, como dizque le sucedió al muchacho de marras.

Cuentan que cuando Felipe II<sup>68</sup> dirigía los trabajos, un muchacho soperero, como tantos, gritaba sin percibirse de la real presencia: “¡Ese arquitebre está

---

<sup>68</sup> Rey de España en el periodo 1556-1598.

torcido! ¡Está torcido ese arquitrabe!”. Al oírlo el rey, le pregunta: “¿Qué entiende usted por arquitrabe?”. Sorprendido, contesta: “Arquitrabe... Señor... arquitrabe... es meterse uno en lo que no entiende”. Así por no meterme en arquitrabes, diré sólo que el palacio tiene la forma de una parrilla, por capricho de Felipe II, en memoria, sin duda, de la de San Lorenzo. El enorme edificio es tétrico, como el carácter de su dueño. Las habitaciones y salones son muy suntuosas, menos la cámara del rey, que más parece una celda de monje, por lo austera; ésta tiene comunicación por una galería con el coro de la capilla. Es muy bella. Tiene cuadros de gran mérito, y si mal no recuerdo, fue allí donde vi muchas banderas, algunas de ellas desteñidas y rotas, cogidas en la Batalla de Lepanto.

En el coro señalan la silla y el reclinatorio que ocupaba durante la misa el rey don Felipe. Yo tuve la irreverencia de sentarme en la silla, y nada cómoda que me pareció, por dura. En una galería hay un Cristo, no recuerdo de quién; quizá sea de Cellini, no me pareció tan bello como sus vasos cincelados.

Empleamos el día en visitar el palacio con sus dependencias, y bajamos hasta la cripta donde están enterrados los reyes. Es una rotonda, y los sarcófagos son en forma de cofres, muy labrados y tallados; están colocados en nichos, unos encima de otros; a un lado los reyes y al otro las reinas, todos con sus nombres.

Don Alfonso ya tiene allí preparada su caja. Se pasa por una galería a las criptas donde están enterrados los príncipes. Son monumentos sencillos de mármol blanco. La tumba de don Juan de Austria se destaca entre todas; es un monumento muy bello con su figura yacente, de enérgico rostro y barba puntiaguda; vestido como guerrero, parece llegado de Lepanto a presentarle a su regio hermano los trofeos de su victoria.

Recordé mucho la historia del príncipe don Carlos, hijo infortunado y rival de su padre. Pensaba cuáles serían sus habitaciones y la prisión donde lo tuvo recluido. Me parecía que la sombra fatídica de Felipe II vagaba por esos salones y galerías, y creía verlo aparecer de repente.

No quisimos regresar a Madrid, por aguardar la llegada de Don Alfonso, que acostumbraba en esa fecha visitar la tumba de su madre, que aún estaba en el Pudridero. Pero esperamos en vano hasta que resolvimos ir a La Casita del Príncipe, antes que se hiciera de noche. Es un palacete gracioso y sencillo, pero que contiene riquezas y preciosidades. En un saloncito con puertas incrustadas de carey y con clavos de cabeza ancha, de platino y piedras preciosas, están las mesas llenas de curiosidades artísticas de gran mérito. Una de ellas es un paja-

rito de marfil, al que se le ve hasta la última hebrita de las plumas, y en el que el artista empleó 13 años.

La siguiente excursión fue para conocer el Real Sitio de Aranjuez. Es una mansión regia, por su belleza y magnificencia. Los jardines y sus fuentes son bellísimos, lo mismo que el palacio. Se comprende que fue lugar preferido por los reyes, por el derroche de belleza y de lujo que ostenta. Los salones tienen las paredes cubiertas con sedas floreadas, las más bellas y finas, iguales a los cortinajes y los pabellones de los lechos, éstos colocados sobre la plataforma con uno y dos escalones. El salón del trono es suntuoso. El trono, levantado sobre su plataforma: dos sillones dorados, tallados y cincelados con primor. También tuve el atrevimiento de sentarme; primero en uno para hacer de rey, y luego en el otro para hacer de reina. Esto, por supuesto, quedándome atrás del empleado, que celosamente nos conducía. Entre las innumerables preciosidades recuerdo una mesa verde de una piedra cuyo nombre no sé, y regalada por un emperador a una reina española. Es una verdadera joya, por su valor y el primor de la talla, en un solo bloque. Admiré dos grandes preciosísimos jarrones de ágata azul, también regalados a otra reina. El oratorio tiene un cuadro de *La Concepción* y un precioso cristo de marfil. No lejos del palacio muestran la casa que fue de don Manuel Godoy, privado del Rey Carlos IV. Recordé mucho los *Episodios nacionales*, de Galdós, en que habla de Aranjuez.

Fuimos de allí a conocer La Casita del Labrador, otro palacio en miniatura, parecido a La Casita del Príncipe, tan rica en mármoles, cuadros y preciosidades, como aquel. En el salón principal hay una silla y una mesa de malaquita, que eran de doña Isabel II. Tiene este palacete en la parte baja una pieza en donde está pintada La Casita del Labrador, que existió allí, y que dio origen a su nombre.

Una excursión más interesante aun fue la que hicimos a Toledo. Salimos a las nueve de Madrid, en una bella mañana. Tomamos el carro americano del hotel, manejado por su chofer, que era muy diestro, y acompañados por el guía, que iba en el asiento delantero. La carretera es casi en su totalidad una recta de varias leguas. A Pedro y a Sofía les entró el vértigo de la velocidad: dieron orden de poner el carro a ciento veinte kilómetros, con la protesta de Barbarita y la mía. El Viejo, novelero como de costumbre, otorgaba con su silencio. No era que corríamos; era que volábamos; nada se veía del paisaje, pues éste pasaba en una raya ofusadora; el viento nos arrancaba los sombreros y todo volaba en la vertiginosa carrera.

Pronto estuvimos delante de las murallas de la vieja ciudad. Se empina en un cerro coronado por la piedra del Rey Moro, y un antiquísimo castillo. El Tajo se desprende de la montaña y ciñe la ciudad, para extenderse luego por la llanura, donde se adivina rica vegetación. Sus murallas son bellísimas, así como sus puertas. No es grande Toledo, como yo me lo imaginaba; está recogido en la pendiente, y en lo más alto está el antiguo Alcázar, hoy cuartel del ejército. Las calles son estrechas, empedradas y pendientes y se pueden tocar las paredes al extender los brazos. Sólo hay una amplia, por donde puede andar el carro, que sube hasta cerca del Alcázar. La vista desde allí es bellísima: el Tajo, profundo: a la derecha se ve el puente de Alcántara, hechura de los moros; al otro lado del viejo castillo de San Servando, de donde salieron los cruzados para Jerusalén. El Alcázar tiene un pórtico de columna donde los soldados hacían la guardia; en la mitad del gran patio está la estatua de Carlos V; al frente hay una terraza con su barandaje de piedra, donde estuvimos recostados mucho rato viendo el paisaje. Bajamos luego al hotel, para almorzar; está situado casi al centro de la ciudad. Es un antiguo palacio de los duques de Medinaceli, si mal no recuerdo. El claustro es de arcadas sostenidas en columnas. El comedor, que ocupa todo un costado, es muy bonito, con armarios de roble y dividido en tres compartimientos por tabiques o biombos de la misma madera. Las paredes están cubiertas de cuadros antiguos de lo más curiosos. Había también jarrones, ánforas, platos y bandejas bellamente decorados, que tenían expuestos para la venta. Supónganse cómo sería el deseo que me dio de comprar. Sofía apenas me miraba y se sonreía como diciéndome: “¡No se enoje que no hay donde llevar más chécheres!”. Fuimos luego a ver la Posada de la Sangre, donde estuvo hospedado Cervantes, y donde escribió *La ilustre fregona*. Es un antiguo caserón, parecido a los que existen aún en algunas ciudades de Colombia, del tiempo de la Colonia. Hay en la calle un busto pequeño del gran escritor. Luego fuimos a la Casa del Greco. Por las vistas la pude conocer. No es muy grande; está bien conservada. Es un museo de antigüedades: muebles de todas clases; sillones de vaqueta y claveteados; arcones tallados, de distintas formas y tamaños, grandes jarrones, platos y cuadros. Todo esto lo recogió por España el Marqués de la Vega Inclán, para regalarlo, con la casa, a la Municipalidad; también decoró y regaló la antigua Sinagoga, que es muy curiosa.

Bajamos a la iglesia de San Juan de los Reyes. Está en ruinas y desmantelada; han sacado las imágenes y los cuadros y lo mejor de su contenido para llevarlo al



museo, pues el techo amenazaba desplomarse. Contiguo a la iglesia y comunicado por una puerta lateral está el claustro. Las columnas y capiteles, los marcos de las puertas, los barandajes, todo está tallado. Estos artífices sí tenían tiempo e imaginación. Allí está representada toda la flora y la fauna; desde los árboles y bejucos hasta la pequeña florecilla, y las frutas de todas las zonas, así como los animales del arca de Noé: un año se gastaría para ver estas curiosidades, donde no hay una sola repetición. Nos sacaron a la calle por la sacristía, cuyas paredes blanqueadas estaban raspando para descubrir las primitivas.

Entramos a ver una exposición o venta de objetos de cerámica muy bonitos, donde compré algunas cosas a escondidas de Sofía. Al frente estuvimos en una fábrica de armas y de otros objetos. Vimos trabajar a los obreros. Todos llevan lentes, pues la vista la pierden muy pronto, por estar todo el día clavados en aquel trabajo tan minucioso y difícil. Para grabar, por ejemplo, unas tijeritas pequeñas o un dedal, necesitan primero grabar el dibujo con un punzón muy agudo que calientan antes, y luego en esa estrecha ranura introducen y colocan con el punzón un sutil hilo de oro. Allí compré un puñal para un regalo, y otros objetos pequeños; lo mismo hicieron las compañeras. Esto parece caro, pero al verlo fabricar ve uno que no lo es. No fuimos a las grandes fábricas donde forjan las armas que tanta fama tienen, porque quedan muy lejos, allá en las vegas del Tajo.

¡La Catedral! Ella sola daría tema para un largo capítulo si yo pretendiera describirla. Entramos ofuscados por la claridad de afuera; hasta pasado un rato en la penumbra no pudimos percibir los objetos. Guiada por el libro de Blasco Ibáñez fui buscando: primero el coro, atravesado en el centro de la nave; luego los altares; por último, el San Cristóbal, pintado en el muro. Obsesionada con este libro me entré al claustro, para buscar el kiosko del patio y los edificios altos, habitaciones de los Lunas, tan exactamente descritos por el novelista. Creía ver la figura del tísico, en las pláticas con el curita chiflado por la música. Nada religioso me sugirió este magnífico templo, debido a esta obsesión. Me encantaron, sí, la soledad, el silencio y la oscuridad que allí había. Curioseamos largo rato las bellas talladuras de los altares, del coro y de los monumentos sepulcrales; luego fuimos a ver la escalera para subir a las torres. Sofía quería subirla, pero estaba cerrada. Estuvimos un rato sentados en la solitaria calle, contemplando la Catedral, sin cansarnos. Sofía, al fin, se convenció de lo imposible de la ascensión y se conformó.

Al regreso a Madrid nos rebelamos Barbarita y yo, y nos impusimos, para no dejarlos volar, como en la mañana. Pusieron el carro a un paso moderado, y así nos dimos cuenta de la bella carretera. En la mitad de la gran recta se desvió el carro por otro camino, para llegar hasta una alta meseta donde se levanta una estatua del Sagrado Corazón. Está en la misma actitud de la estatua del Salvador, que domina aquí la ciudad. Este monumento señala el centro de España.

Al siguiente día salimos al comercio a comprar ropa de seda y mantelería, que la hay muy fina en Madrid, y conseguimos también otras maletas; luego nos fuimos en carro a pasear; conocimos el monumento de Alfonso XII, el de la Reina Isabel la Católica, que me gustó mucho, y el de Colón.

Nos llevó el guía a la casa de habitación de la Infanta Isabel, tía del rey, que estaba de veraneo con ellos en Santander; por estar ausente daban permiso para visitarla. Es un palacio pequeño, pero muy bello. La escalera que conduce al segundo piso, donde están las habitaciones, tiene cuadros de mucho mérito artístico; el saloncito de recibo es lindo, lo mismo el dormitorio. El lecho, muy dorado, se levanta sobre una plataforma alfombrada como el piso; el pabellón que lo cubre, las paredes y las colgaduras, son de la misma finísima tela que la colcha y el rollo de la cama. Hay retratos de sus antepasados en lujosos marcos. El de doña Isabel II es muy grande; lo mismo el de la dueña de la casa, que está retratada de mantilla blanca, cogida con claveles en la cabeza y en el pecho; no joven sino vieja, como de sesenta años; dizque era muy entusiasta por los toros e iba a Sevilla a las corridas. Estaba “La Señora”, como le decían los criados, invitada con sus sobrinos para ir a Sevilla a la inauguración del pabellón de Colombia. Invitación que había aceptado. Tenía infinidad de miniaturas de mucho valor, por mesas, repisas y paredes. Un verdadero museo. Sofía decía: “¡Qué ofuscación para esta señora vivir en medio de este chechererío!” Entre todos estos chécheres había uno curiosísimo: era una pulga vestida con falda roja, camisa con gola y sombrero; por debajo de la saya se le salían las patas, que no estaban calzadas. Esta curiosidad estaba metida en una ampolletica de vidrio, y daban un lente para examinarla. Parece mentira: pero era perfecta la “señora doña Pulga”. Los sirvientes de la casa nos mostraron todo, atentísimos, muy galanes con sus libreas de largo chaquetón y botones plateados; pero nos seguían, pegados a nosotros, como sombras. Sin duda para que no fuéramos a “topar” algunas de esas preciosas curiosidades, tan propias para chorrearlas a los bolsillos. Esta maja de la mantilla y los claveles fue la que murió recientemente en Fontainebleau, cuando acompañaba a su sobrino en el destierro.

\*

Isabel Carrasquilla

En la mañana del 10 de septiembre tomamos el tren en Atocha, con dirección a Sevilla. Fue largo este trayecto. Nos sirvieron las comidas allí mismo. Como ya estábamos diestros en el viajar, nos adueñamos de un compartimiento del tren; ocupamos cinco asientos, y amontonamos en los tres restantes las maletas de mano, los abrigos, los sombreros, los libros: en fin, todo lo que podíamos, para evitar que otros viajeros encontraran puesto. Cuando alguno de los cinco quería dormir, los demás le hacían sitio, y así nos turnábamos.

\*



## *IX*

---

Llegamos a Sevilla a las nueve de la noche. En el Hotel Inglaterra nos tenían las piezas reservadas. Unas tenían ventanas a una calle y otras, balcones a un parque. Nos dimos a la tarea de costumbre. Durante tres días no cesamos de recorrer en todas direcciones las calles de la ciudad, unas veces a pie y otras en carro. Son estrechas y los edificios casi todos bajos y de estilo común. La calle de las Sierpes, tan mentada en todos los libros y novelas, es angosta.

No tiene aceras, es el centro del comercio. Los patios de las casas se parecen a los de aquí, pero aquellos con arcadas y columnas en vez de postes, lo que les da un aspecto muy bonito; casi todos tienen fuente en el centro y están embaldosados de azulejos hasta bastante altura de la pared; en el verano los cubren con toldos para habilitarlos como salón, se ven tiestos con matas, lo mismo que aquí, y mantienen las rejas abiertas, por las que pudimos curiosear cuanto quisimos. Las casas tienen también zaguán, como las nuestras.

La Catedral es imponentemente bella por su magnificencia. En una de las naves nos mostraron el monumento que guarda los restos de Colón. Representa unas andas cargadas a hombros por unas figuras como de guerreros o de indios; encima de ellos está colocado el cofre que encierra las cenizas. Nos pareció poco artístico. Me sorprendí al encontrar allí los restos, pues yo entendía que era en el convento de las Salesas Reales donde estaban enterrados.

La torre llamada de la Giralda, construida por los moros, es muy alta; es muy fatigosa la ascensión hasta el campanario. La vista es magnífica; la pupila se dilata por abarcar el extenso panorama de la ciudad, partida por el Guadalquivir, paisaje que parece visto desde avión. La torre está rematada por la estatua de La

Fe. El Alcázar morisco, fronterizo a La Giralda, es muy hermoso. El Patio de los Naranjos, que está adelante, es triste; los árboles son raquíuticos y famosos, sin duda por lo viejos. Esto hace que resulte sugestivo e interesante. La fachada revela su antigüedad. Los salones y las cámaras me encantaron. Están recubiertas de azulejos o baldosines finamente esmaltados, con bellos dibujos y colores. Lástima que no estén amoblados, como todos los de los palacios antiguos. Las habitaciones de doña María de Padilla, la Brava, están contiguas al Alcázar, con su patio aparte, pero son tristes. No parecen habitaciones de una favorita, sino de una reclusa; lo mismo los baños, que son subterráneos, con arcadas sostenidas por columnas; son estanques de aguas quietas y frías, como que nunca les da el sol. Los jardines no son cómo los de Aranjuez ni los de otras palacios. El pabellón Carlos V sí es muy alegre. Estaba cubierto de enredaderas.

En este palacio van los guías mostrando los lugares donde se sucedieron los hechos más culminantes de su historia. “Allí en aquel salón hubo tales y cuales sesiones memorables. Aquí estaban anteriormente las manchas de sangre de un asesinato”. En fin: cosas tétricas en su mayor parte.

El dormitorio de los reyes moros es muy curioso. No sé por qué me imagino que no dormían en lechos sino en el suelo, sobre alfombras o pieles. Me parecía que los veía levantarse de allí con sus vestidos vistosos y sus turbantes recamados de piedras. Fantasía. Fuimos a conocer la Torre del Oro y el puerto sobre el Guadalquivir, río que da acceso a los barcos de mar hasta Sevilla. Recordé que de este puerto habían salido, después del descubrimiento de Colón, las primeras expediciones hacia el Nuevo Mundo, compuestas de nobles aventureros españoles de todas las clases sociales, y la célebre expedición de Magallanes, que dio por primera vez la vuelta al mundo.

Como dije, las calles de la parte antigua de la ciudad son estrechas. Se comprende cómo serán el apretujamiento y el calor en las noches de Jueves y Viernes Santos, en que se congrega toda Sevilla para asistir a las procesiones de tantos pasos, tantas cofradías, tantos penitentes y tantos cirios, y en las cuales se oye la saeta, que sale de cada esquina, cantada por voces de mujer o de hombre, cantores populares que hacen llorar a los concurrentes, por lo dulce y sentido de sus trovas.

Lamentamos no nos hubiera tocado la Semana Santa para conocer esto tan típico; lo mismo que las corridas de toros, pero no era la temporada.

No pudimos conocer, tampoco, para curiosarlo, el Archivo de Indias, tan interesante para nosotros los latinoamericanos. Lo encontramos cerrado.

Hay en los barrios más viejos de la ciudad rincones muy típicos; y en las paredes de algunas calles, cuadros e imágenes de santos, defendidos de la intemperie por su tejadillo de azulejos, y alumbrados por su farol de hierro encristalado. Esto me encantó. Muestra la fe profunda y sencilla de nuestros antepasados los españoles.

Fuimos a La Casa de Pilatos. Es una construcción hecha por modelo de la verdadera Jerusalén. Allí la escala por donde Jesús subió al balcón o azotea donde fue presentado al pueblo, la sala donde pasó la cruel noche de su coronación, la columna donde lo amarraron para azotarlo. Esto debía ser más bien un templo que casa de exhibición. En el gran patio con arcadas y gruesas columnas están colocadas estatuas sacadas del Circo de Itálica. De regreso entramos a una casa que enseñan a los turistas, perteneciente a unas señoritas sevillanas, que dizque era de unos marqueses, sus antepasados. Nada tiene de curioso ni de sugestivo, fuera de su antigüedad, el desmantelado caserón.

Visitamos las capillas donde se veneran las imágenes de Jesús del Gran Poder y de La Macarena. Aquél está con su cruz de cabezones de oro y sus potencias de pedrería, ricamente vestido con túnica roja y recamada de oro y perlas; delante de su camarín, donde se puede subir, arden muchos cirios día y noche. No está tan concurrido de fieles el altar del Santísimo; pues más adorada por los sevillanos es aquella imagen, que el mismo Dios Sacramentado. Igual cosa sucede con La Macarena; tiene ésta su corte de honor entre las jóvenes de la aristocracia de Sevilla, que forman una cofradía; ellas mismas arreglan y visten la venerada imagen, que es el vivo retrato de sus devotas; rostro ovalado y moreno, ojos negros y rasgados, largas y crespas pestañas. Esta imagen la mantienen lujosamente ataviada.

Las sevillanas son bajas de estatura, un poco robustas, morenas como aquélla, de cabello y ojos negros. Constanza<sup>69</sup> es el tipo de la sevillana. Visten siempre de negro las viejas, y de color las jóvenes; pero llevan todas la clásica mantilla negra, con su peinetón, que se prenden con mucha gracia. Las que se ven de sombrero y vestidas de otro modo, son por lo general extranjerías, que disuenan en ese medio tan típico y regional.

---

<sup>69</sup> Constanza Arango Carrasquilla, hija de Isabel y Claudino.

El barrio y puente de Triana también los conocimos, aunque no fuera sino por acordarnos de *La hermana San Sulpicio*,<sup>70</sup> de *Currito de la Cruz*,<sup>71</sup> de *El embrujo de Sevilla*,<sup>72</sup> que habíamos leído de *La tierra de María Santísima*.<sup>73</sup>

Quisimos conocer la casa donde vivió Fernán Caballero, que era contigua al Alcázar, pero el guía no supo enseñárnosla.

He hablado únicamente de la parte antigua de la ciudad, que no es la más bonita, pero sí la más interesante. La nueva tiene barrios semejantes a los modernos de Madrid.

El campo de la exposición es bellissimo, a orillas del Guadalquivir.<sup>74</sup> El terreno para levantar estos edificios lo regaló la princesa María Luisa. Eran los jardines de su palacio. Algún parque lleva su nombre, y allá, en un calvero del bosque, está su estatua. Aquél se espesa en ciertos sitios y en los claros es donde están los pabellones. El “derroche de luz y de colores”, de que nos habló un señor en el tren, no es hipérbolo. Aquello parece un paisaje tropical. Del lado de la ciudad hay una verja muy grande. Por allí es la entrada a los jardines. Lo primero que se encuentra son los edificios de la Plaza de España. Son grandísimos, con avenidas, pórticos, columnas y jardines; los pabellones de las distintas naciones están distanciados unos de otros. Son más o menos grandes y suntuosos, según la riqueza del país que representan. En su mayoría son hermosos, excepto el de Venezuela. En la llamada Plaza de América está el Palacio de Bellas Artes, que ocupa todo un frente. Es bellissimo. Está rodeado de jardines con fuentes

---

<sup>70</sup> Novela escrita en 1889 por Armando Palacio Valdés (1853-1938).

<sup>71</sup> Novela escrita en 1925 por Alejandro Pérez Lugín (1870-1926).

<sup>72</sup> Poema en prosa clásico (1922) sobre la ciudad de Andalucía, escrito por el narrador y ensayista uruguayo Carlos Reyles (1868-1938).

<sup>73</sup> Probablemente se refiere al sobrenombre de la ciudad de Sevilla. También es el título de un libro de Benito Mas y Prat (1846-1892).

<sup>74</sup> Según el historiador francés Frédéric Martínez, las exposiciones universales tuvieron un gran apogeo en el orbe Occidental desde la segunda mitad del siglo XIX hasta el periodo de la primera Guerra Mundial. El objetivo de éstas era “exhibir los adelantos materiales del mundo entero en un solo lugar”. Para los países las exposiciones se constituían en la oportunidad perfecta para dar a conocer al mundo su grado de civilización y su progreso material. “Frente a la ignorancia y los prejuicios que tienden a negar a los colombianos tanto su nacionalidad como su grado de civilización, la participación en las exposiciones universales, les parece a algunos una buena oportunidad inesperada para hacer alarde, ante ojos europeos y norteamericanos, de su grado de modernidad y civilización; [...] para permitir que la patria ‘ocupe su puesto en la escena de las naciones’” (Martínez, 1999).

y postes con farolas rematadas en águilas. Igualmente bellos son el pabellón de Artes Antiguas y el Pabellón Real. No sé para qué tendrán destinadas estas construcciones, pasada la exposición. Los pabellones de las otras naciones eran residencia de los cónsules respectivos. El pabellón de Colombia me gustó mucho. Fue de los que más llamaron la atención por su rara arquitectura, pues tuvieron la idea feliz de hacer una imitación de la de los Mayas, que, con sus figuras simbólicas, resultó muy sugestivo. El kiosko separado para servir el café les quedó muy gracioso. Desde lejos trascendía el olor de la deliciosa infusión. El pabellón de la ciudad de Nueva York es una perfecta reproducción de una casa genuinamente española, con sus rejas de hierro caladas, su patio de azulejos con fuente, y los baños, cocina y demás, con toda la higiene y confort que ellos gastan en su país. Hasta en esto fueron prácticos, pues tuvieron más en cuenta las comodidades que la estética.

En el centro de los jardines están el Estanque de los Lirios, la Fuente de las Ranas y la Glorieta de Don Quijote: es una rotonda con asientos en derredor y con mosaicos historiados, de la vida y aventuras del famoso Hidalgo y su Escudero. Es un lugar de descanso muy simpático y muy apetecido por los paseantes.

El monumento a Bécquer, erigido por los Álvarez Quintero a orillas del Guadalquivir, según el deseo del poeta, es muy hermoso; el busto se levanta cobijado bajo el árbol, y a un lado hay dos figuras de mujer que representan El Amor que nace y El Amor que muere, muy bellas y sugestivas. Amor, representado en bronce, las mira por detrás. Es ésta, sin duda, de las cosas artísticas de mayor atractivo que tiene este lugar.

Las fuentes de agua son bellas y de formas variadas; ya son pilas altísimas de varios pisos, ya cascadas o surtidores de chorros rectos o sesgados, que iluminan cada dos noches. Esto sí es una cosa fascinadora. Cambian de colores las aguas a cada segundo; verdes, rojas, azules, lilas; en fin, el arco iris. Es un embrujamiento, como cosa de *Las mil y una noches*. En estas tardes de las iluminaciones había mucha concurrencia; no así en las demás, en que casi siempre estaban solitarios los paseos.

De lo expuesto en los pabellones no les hablaré sino de aquellos que más me llamó la atención. Ya pueden suponer que allí estaba representado lo mejor y más artístico de todos los países. Había bellísimos cuadros y tapices, varios gobelinos de Versalles, para los cuales Rafael de Urbino había dado el dibujo; antigüedades



de España, muy artísticas, como los vestidos de las reinas españolas, que estaban expuestos en vitrinas; vestidos perfectamente conservados, gracias a la finura de las telas. Tisúes de oro y de plata, rasos y encajes finísimos, todo esto bordado, recamado de oro, de perlas y de piedras preciosas. Los maniqués, esponjados unos, con su crinolina y tontillos, según la moda de la época, o vestidos con túnicas como hábitos monjiles, pero todo de materiales riquísimos. Más parecía esto una sacristía del templo de Salomón, que sin duda las tenía, que guardarropas de palacios. Las casullas, paños de altar, y toda clase de ornamentos de Iglesia, también suntuosísimos, apenas eran iguales en magnificencia a los viejos maniqués. Los santos más antiguos figuraban allí: feísimos unos y bellos otros. Había un Cristo, que no recuerdo de dónde procedía, pero era de los primeros siglos del cristianismo, según decía el letrado; tan desteñido y carcomido, sin el más leve asomo de pintura, que puede decirse que era un esqueleto de Cristo, curiosísimo, por lo mismo; los santos bizantinos eran los más, con sus colores vivos y sus finos dorados.

En los pabellones latinoamericanos había cosas muy buenas: mucha riqueza en el del Brasil, sobre todo en minerales. Había muestras de topacio en bruto, y otros exponentes de gran valor. El pabellón de México llamaba la atención por sus mantas, telas bordadas a mano, de raros dibujos, y los sombreros que usan allá los charros, que son muy bonitos, bordados, dibujados y llenos de caireles, de forma plana y alta copa. Yo quise comprar uno para traerles, por lo curioso, pero me desanimé por el tamaño, pues no tenía modo de empacarlo. El pabellón de Colombia tenía muy buenas cosas para exhibir: cigarros y cigarrillos de nuestras grandes fábricas de la Compañía Colombiana de Tabaco, y de otras de Bucaramanga, muy buenos y bien presentados; nuestros sombreros blancos aguadeños, finamente tejidos y raros allá; las alpargatas usadas por nuestro pueblo, que vi con tanta simpatía; las mantas y paños de las fábricas bogotanas, la colección de mariposas de todos los colores, con las cuales habían hecho decorar platos y ceniceros, muy finos y bonitos; el salón destinado a los objetos de los indios, con sus ídolos de oro y barro, sus vasijas, etc., muy bien presentado, pues eran cuevas o nichos, imitando las suyas, y muy a propósito para el caso; por último, el salón donde iban a exhibir los objetos de platino y de oro, y las esmeraldas, orgullo de nuestra tierra, muy valiosas, en bruto, en formación y en joyas muy bellas. Para esto tenían arreglado un salón que semejaba una caja fuerte, con sus cerraduras y sus compartimientos. *La estatua del silencio*, del malogrado escultor

Tobón Mejía,<sup>75</sup> estaba bien colocada, en el corredor del frente de la entrada, muy sugestiva y simbólica; pues con su dedo sobre los labios parecía decir a los curiosos que guardasen silencio y no criticasen nuestro pabellón. El patio es reproducción de los de Sevilla, con sus azulejos y su fuente.

La América Latina estaba muy bien representada, exceptuando a Venezuela, como ya dije. Era el pabellón “patojo” de la exposición; cosa rara, siendo éste uno de los países más ricos de Suramérica; sin duda no le dieron gran importancia al asunto, y a última hora arreglaron cualquier cosa; por esto salió algo desairado Juan Vicente. ¡Qué triste se pondría si me oyera!

Nuestro cónsul en Sevilla, con quien nos encontramos en el Pabellón de Colombia, y los señores bogotanos que lo arreglaron, nos instaron para que asistiéramos a la inauguración, porque deseaban que hubiera bastantes colombianos, y tenían un programa muy atrayente; pero nos fue imposible complacerlos; teníamos que demorarnos catorce días y el viaje se nos trastornaba.

A instancias nuestras nos llevó el guía a las ruinas de Itálica. Teníamos curiosidad de conocer el lugar desolado que fue colonia de los conquistadores romanos. Son lejos de Sevilla. Estas históricas ruinas, antes perdidas y olvidadas, soterradas por el polvo de los siglos, se preocupan hoy por descubrirlas. Cuadrillas de trabajadores removían la tierra, y muchas cosas bellas y curiosas han salido a luz.

Lo primero que se alcanza a ver son los restos del Gran Circo. Nada más imponente y sugestivo; y, como ya estaba limpio de escombros, pudimos penetrar al interior. Es muy amplio y debió ser hermoso. Tiene partes altas que aún se sostienen. Lo formaban series de graderías, que subían casi hasta donde debía tener el velario, separadas por tabiques, y cada una con entrada especial. En el primer plano del redondel se ven cuatro hornacinas donde había sendas estatuas de tamaño mayor que el natural, que fueron trasladadas a Sevilla. En dos de las hornacinas estaban colocados los gigantescos bustos del emperador Adriano y de otro de los Césares; en las restantes, estatuas de dioses.

En el recinto del Circo han descubierto un subterráneo en forma de cuadrilátero, dividido en compartimientos y sostenido por columnas. Allí encerraban las fieras. Tenía dos galerías de entrada y salida, que hoy se ven. De las dependencias

---

<sup>75</sup> Marco Tobón Mejía. Santa Rosa 1876 - París 1933. Escultor y medallista antioqueño. La escultura mencionada se encuentra actualmente en el Museo Nacional.

del edificio hay partes bien conservadas, como el expoliario, donde depositaban los cadáveres de los que morían en la arena, y los patios de las entradas. En el piso de las galerías subterráneas, recientemente destapadas se ven de trecho en trecho planchas de mármol que tienen grabadas huellas de pies descalzos; tenían por objeto indicar a los gladiadores la entrada o la salida de este laberinto.

Haciendo excavaciones lejos del Circo, en la parte más plana de la colina, y destruyendo los olivares que allí había, han descubierto unos grandes patios o salones, que parecen de palacios por su magnificencia y sus bellas columnas de mármol, pavimentadas con mosaicos blancos pequeñitos y dibujados primorosamente con negros, de los cuales conseguimos algunos muestras con los trabajadores.

Las ruinas del Circo era lo único que señalaba el sitio donde existió Itálica, antes de los recientes descubrimientos. Era tan sólido, que ha podido resistir los embates del tiempo. Los antiguos romanos, con su afición a los juegos circenses, quizá pusieron mayor interés en aquella construcción que en los demás edificios, porque de éstos no existen sino vestigios.

Me encanté volviendo a leer los versos tan famosos del poeta, que están grabados sobre las planchas de mármol en el salón-museo donde van colocando lo que van desenterrando. Recordé los tiempos de mi lejana mocedad, cuando en el colegio nos hacían recitar aquella composición, y el énfasis al decirla:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa [...]

Y aquello otro:

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra  
Que ve del sol la cuna, y la que baña  
El mar, también vencido, gaditano.<sup>76</sup>

---

<sup>76</sup> La elegía se titula *A las ruinas de Itálica*, su autor es Rodrigo Caro que nació en Utrera (1573) y falleció en Sevilla (1647).

Esto, que nos parecía tan lindo, y que todas recitábamos en coro, estaba en el texto de lectura, que todavía conservo. Pero no hagamos añoranzas.

Un joven sevillano, compañero de tren, oyéndonos hablar con entusiasmo de ir a conocer las famosas ruinas, nos había prevenido del desengaño que se nos esperaba, porque, según él, nada interesante íbamos a encontrar. No fue así. Se comprende que el señor ignoraba los nuevos trabajos y descubrimientos.

Impresionan profundamente el olvido y el abandono que reina hoy en ese lugar, que fue ciudad populosa y nombre donde “rodearon de marfil y oro las cunas” de ilustres varones. Yo también, como el poeta, lamenté que al final de tanta grandeza y tanta gloria sólo quedase un montón oscuro de “cenizas desdichadas”.

Al regreso de Sevilla nos detuvimos en un pueblo que hay cerca para visitar una fábrica de “azulejos”, que dicen allá donde compramos el cuadro del *Jesús del Gran Poder*, que colocamos aquí en el patio de nuestra casa de Aranjuez. Nos mostraron los santos grabados en baldosines, pero todos nos parecieron pequeños; vimos maravillas en toda clase de objetos; cuadros, paisajes en relieve, vasos de formas variadas, platos, etc. Tuvimos que dejar las dimensiones para la fabricación pues necesitaban dibujo especial, por su gran tamaño; además, pagar por adelantado, con empaque, derechos de aduana y demás; todo lo cual valía \$200 más o menos de nuestra moneda. Dejamos las indicaciones para despacharlo directamente. No dudamos de la honorabilidad del fabricante, por el libro de registro que nos mostró, y el depósito de cajas que tenía embaladas y facturadas para varias partes de América y de Europa misma. Efectivamente, todo nos llegó a su tiempo y sin ningún deterioro.

Como ya iba muy larga nuestra visita, nos despedimos para tomar el tren Sevilla-Granada, el 14 de septiembre.



## X

---

Hicimos este viaje en un *Pullman* reservado, muy cómodo y elegante, pero donde hacía mucho calor; no podía uno acostarse, por tener los asientos separados, por lo cual yo prefería los otros compartimientos.

Pasamos por Córdoba, pero apenas rozándola, lo que sentimos mucho, por no poder conocer la Mezquita. Vimos a lo lejos el castillo de Medina del Campo, donde tuvieron recluida a doña Juana la Loca.

En las inmediaciones de Granada la vegetación es exuberante; nos parecía que viajábamos por el cañón del Aburrá. Los mismos cultivos, los mismos cercos de penca de cabuya, no vistos en otra parte, lo mismo que el maíz; pero no empenachado como el nuestro, pues le cortan la espiga y toda la hoja para robustecer la mazorca. El Genil, y más allá el Darro, fertilizan la vega. Esto de ver cultivos iguales a los nuestros me alegró el espíritu. Las pencas de cabuya y los choclos los miraba con cariño.

En la estación nos aguardaba el guía con el carro para conducirnos al hotel; éste tenía un pomposo nombre: Hotel Alhambra Palace. El auto recorrió varias calles de la ciudad y luego tomó por una carretera que se va encumbrando a medida que avanza por una avenida umbría y bellísima en la que los árboles cruzan sus ramas. El cambio de temperatura fue brusco, después del calor que hacía en el valle. Tuvimos que ponernos los abrigos. Este camino conduce a la Alhambra. Al trepar a una especie de meseta dimos con el hotel, al que se llega por la parte de atrás, o sea por el norte: el frente o sur es hacia el lado de la ciudad; parece que se le viene encima, por lo alto y cerca que está de ella.

Es un edificio parecido en su construcción al de nuestra casa de Aranjuez, pero más grande y más cerca de la ciudad. El panorama que se desarrolla nos parecía el mismo que se domina desde allí. Parece que se está mirando a Medellín; la formación del terreno, las montañas, el valle, los pueblos que se ven a lo lejos, la ciudad misma, todo es parecido. Hasta un cerro que se levanta, igual al de aquí llamado “Cerro de los Cadavides”.<sup>77</sup> Lo que tiene el nombre de “El Suspiro del Moro”, son aquí los cerros que se ven hacia el lado de Caldas.

La ilusión es tan completa, que sentadas en la terraza señalábamos la Catedral de Villanueva, el Seminario, La Candelaria, La Universidad, el Palacio de Gobierno; en fin, nuestros más elevados edificios. Yo les decía que me sentía feliz porque estaba como en mi casa, contemplando la ciudad de mis afectos. ¡Siempre “la loca de la casa” con sus engaños!

Granada es quizá tan grande como Medellín, pero con mejores edificios; las calles sí son mejor pavimentadas aquí. Al siguiente día fue domingo; bajamos a misa a pie, pero teníamos que aferrarnos bien para no caer y resbalar en esas calles de guijarros tan puntiagudos. A tres iglesias tuvimos que ir para encontrar dónde dijeran misa; las dos primeras estaban solitarias.

En la mañana me habían despertado unos cantos coreados por muchas voces. Me asomé a la terraza y vi que subían por una de las calles varias personas: hombres, mujeres y niños, gentes del pueblo que venían todos juntos, y eran los de los cantos; parecía como que celebraran alguna fiesta, quizá un matrimonio o algún bautizo. No tuve a quien preguntar porque me apremiaban para la misa.

Salimos en auto al mediodía, a recorrer la ciudad y sus alrededores. En los solares de las casas abundan los árboles frutales y las flores, que se asoman por sobre los cercados de las tapias; los higos amarillean por todos los barrancos, los viñedos ostentan sus grandes racimos y los árboles de la breva son grandísimos. Los jardines, o sea los Cármenes, de que tanto se habla, bordean el Darro.

En el mediodía nos fuimos al barrio llamado Albaicín, donde habitan los gitanos. Es en la margen derecha del Darro; tienen al frente el ramal que se desprende de la alta cordillera y baja hasta el valle, donde están los jardines y los edificios de la Alhambra, a cuyos pies y a gran profundidad corre el río, circundándolos y lamiendo las altísimas rocas, cortadas a pico, que le forman

---

<sup>77</sup> Hoy, Cerro Nutibara.

una barrera natural. La calle es larga y tortuosa. No hay habitaciones sino al lado derecho, pues son labradas en la propia roca, y a la izquierda corre el río, como ya dije. Las casas son cuevas, con una sola entrada tapada con puerta; son aquellas en forma redonda, como de horno, y no están sostenidas en andamios de madera como los socavones de las minas, porque la roca es compacta y resistente; por lo mismo no se derrumban. Son generalmente tres las cuevas que constituyen cada vivienda, unidas entre sí. La de la entrada es el “salón”, que sirve a la vez de tienda, pues en sus disparejos y enlucidos muros están colgados para la venta pailas, chocolateras, sartenes y demás utensilios de cobre que fabrican los gitanos y que constituyen su comercio. La segunda cueva, la más profunda, es el dormitorio; la otra, que está siempre unida a la sala, es la cocina; tiene roto hacia arriba un tragaluz o lumbrera para darle salida al humo. Son muy barridas y arregladas y no son malolientes. Estas cuevas, nos dijo el guía, tienen la particularidad de que en el verano son frescas y en el invierno cálidas, por lo cual no necesitan calefacción.

El auto andaba con lentitud pues era asaltado por la turba de chiquillos y mujeres que surgían de los agujeros, como si la tierra los brotara. Íbamos provistos de calderilla, pues ya estábamos ilustrados por el guía; pero aquello se acabó como por ensalmo. Las manos nos las metían por la cara y por los ojos, y se trepaban al carro, a pesar de las protestas del chofer. “Las reinas”, “la señora más bella”, “la niña preciosa”, “el señor rumbo”, “regálenme una monedita”. Esto se oía, y mucho más, repetido con insistencia y en tonos patéticos y plañideros. Sofía quiso retratarles, pues había unas gitanas bonitas y muy engalanadas, con muchas flores en la cabeza; triunfo le costó hacer apartar la granujería y que las dejaran solas. Se prestaron encantadas para la pose, pero luego determinaron las muy pedigüeñas que Sofía les había de pagar por haberse dejado retratar. En cuáles se vieron el guía y el chofer para espantarlas. Sólo moviendo el carro y amenazándolas con hacer de todos una tortilla lograron que se apartaran.

Hay entre ellas sus categorías: las ya nombradas son, como quien dice, la plebe; las que bailan y que se exhiben forman la aristocracia, son muy bonitas y se visten con más gracia y mejores telas. Los trajes anchos y llenos de volantes y cintas; puesto el mantón en forma de pañoleta, anudado a la cintura; bien peinadas, con muchas flores y peinetas; calzadas con zapatos de altos tacones. Hay caras y cuerpos bellísimos; algunas, muy parecidas en el tipo a las antioqueñas, de manera que nosotros creíamos ver a la Fulanita y a la Zutanita, de aquí de Medellín. Los gitanos no son feos, pero menos bien parecidos que ellas como

mujeres. Nos dijo el guía que eran celosísimos, que por cualquier piropo o palabra que les dijeran sacaban puñal y armaban la gran trifulca. Mucho nos acordamos Sofía y yo de cierta persona muy admiradora de las mujeres e incapaz de no piropearlas. Cómo hubiera gozado y sufrido sin poderles decir esta boca es mía: son muy simpáticas y risueñas. El baile lo contrató el guía por cierta suma, y para hacérselo especial en una de estas salas-cuevas, que las hay muy grandes. El tablado que tenían para estas exhibiciones estaba ocupado íntegramente por los turistas americanos, que habían madrugado más que nosotros; desde allí oíamos sus risas y aplausos, pues es la gente más gozona. Las bailarinas eran dieciséis muchachas a cual más bonita, y dirigidas por una vieja, engandujada como ellas, y que bailaba mejor que todas. Los gitanos no toman parte en el baile, son los músicos. No permiten la entrada, ni aún a los compañeros, si no pagan. El baile es muy bonito y curioso: cada una baila sola, y van saliendo por turno, como en exámenes. La que sale se planta en medio, y allí empieza el zapateo y meneo de caderas, los brazos en alto sonando las castañuelas, poniéndolos en jarra por la cintura; el zapateo aumenta por momentos haciendo sentir el ruido de los tacones cada vez más fuerte, hasta que se desmaya jadeante, en un último y desfalleciente ritmo. Cada una tiene su estilo: unas marcan más el meneo de las caderas, otras mueven más los brazos y suenan más las castañuelas, aquellas hacen más fuerte y largo el taconeo. La vieja era una maravilla: al terminar bailan todas a la vez, cogidas de las manos, o formando rueda. Nos despedimos muy complacidos después de felicitarlas por su baile tan bonito y de darle propina a la dueña de la gran cueva, que se quedó muy satisfecha.

Los domingos no trabajan y son los días destinados a los bailes; en la semana se ocupan en la fabricación de objetos de cobre, pero dizque ganan más con los bailes, pues no faltan turistas curiosos o gente de la misma ciudad quienes pagan por verlas bailar.

Nos dijo el guía que eran pacíficos y laboriosos y que la policía tenía que intervenir pocas veces; sólo cuando reñían, lo que generalmente era por celos. No son pues estos gitanos nómades que invaden como plaga nuestras ciudades, de vez en cuando.

Al regresar a la ciudad nos detuvimos en un restaurante para tomar el té. Sofía pidió lo que deseábamos, incluyendo helados en la lista. Miro a Sofía, y la veo seria, la nariz dilatada, el ceño arrugado, como se pone cuando algo le disgusta; veo que retira la taza y la copa con helado, que ella misma había elegido. “¿Qué



te pasa?” le pregunto. Me hace un guiño para disimular, pero no toma nada. Cuando terminamos me dijo con mucho misterio que la leche que nos habían servido, y de la que estaban hechos los helados, era de cabra, que ella odiaba por lo feo que olía. Yo me reí, pero tal es el poder de la sugestión que no volví a ponerle leche al café, ni a comer las chuletas de cordero que tanto me gustaban. Esto de la antipatía a la carne del lanudo animal como que era especialidad de la enamorada pareja, porque Prosperín, en el hotel de Nueva York, tampoco tomaba la sopa aunque lo mataran, porque dizque le olía a “chivo”. Qué final de baile tan prosaico.

La Catedral de Granada, con sus torres cuadradas, es muy imponente; pero no sé decirles a qué estilo pertenece, ni hablaré de las curiosidades que debe contener porque no recuerdo nada referente a ella. La Capilla de los Reyes la tengo más presente por estar allá los monumentos funerarios de los Reyes Católicos, de su hija Doña Juana la Loca, y de don Felipe el Hermoso. No pudimos entrar por las puertas de la fachada: las estaban refeccionando. El guía nos condujo a la vuelta y nos hizo entrar a una pieza grande y desmantelada de donde arranca una escalera pendiente y estrecha, de peldaños gastados, que llega a una sacristía. Allí, en unas vitrinas, y colocadas sobre cojines de raso, nos mostró la espada de don Fernando y la corona de la Reina. ¡Qué desencanto! ¡La espada del Rey Católico es una espada cualquiera! No tiene ni remota semejanza con las que yo había visto en el museo de Nueva York, incrustadas de pedrería y con borlas de perlas. La corona de la Reina tampoco me pareció bonita. Es semejante a las coronas de latón dorado, con piedras de vidrio, que le ponen a la Virgen por ahí en las iglesias de los pueblos. Tiene el mérito de la antigüedad y de haber pertenecido a tales reyes. Tendrán, sin duda, mucho valor artístico, pero yo, al menos, no se lo encontré.

Hay en la sacristía muchos cuadros de santos con marcos dorados, ornamentos bordados por doña Isabel, candelabros y ciriales antiquísimos, que me puse a examinar con interés y curiosidad. De repente miro, y me encuentro sola, con un muchacho que debía ser monaguillo de la capilla. El, muy atento me dio la mano para bajar la arriesgada escalera. Bajamos, y no vi más puerta, por más que atisbé, que la que da salida a la calle. Pasé por ella, mirando hacia arriba y hacia abajo, pues la calle es pendiente, y ni rastro de los compañeros. Allí me tenéis la vieja “zuequeando” calle arriba y calle abajo, indagándole a todo el que encontraba, como en el cuento de “María Estrellita”: “¿Usted ha visto pasar una

tripita?” Y la tripita agua abajo. Una frutera caritativa, que tenía establecida su venta en la misma esquina alta de la calle, me dijo: “Señora: los misteres que usted busca pasaron por aquí hace un ratico”. Y héteme sin saber qué rumbo tomar, y ni rastro de los “gringos”. Al fin apareció el guía, que andaba buscándome, y más abajo Pedro, que recibió la primera rociada, y que muy atento y risueño me daba disculpas y explicaciones. Me condujo por una puerta misteriosa que yo no tenía riesgo de encontrar, y me entró a la iglesia, donde estaban los otros tres, sentados frente a los monumentos. El Viejo, muerto de risa por mi chasco, lo mismo que Barbarita y Sofía, lo que acabó de irritarme. Al Viejo lo vi más chiquito de lo que es, con la ira que tenía, y el muy pillito se reía más y más con lo que yo le decía: “Descomedido, desatento, desconsiderado”. Agoté el repertorio en vano, pues más se reía. A las otras las desprecié con un gesto olímpico. Barbarita, con esa su innata bondad, se me acercó muy amable: “Vea, misia Isabelita: yo creía que don Claudino había bajado con usted. Por eso no la esperamos. ¡Camine para que vea los sepulcros qué tan bellos!”. Yo acabé por calmarme con estas persuasivas explicaciones dadas de tan buenos modos.

Los monumentos son bellísimos, obra de un célebre artista italiano. Cuatro figuras yacentes representan a los Reyes, a doña Juana la Loca y a su “Hermoso” marido, tan celado por ella. Están llenos de complicados dibujos tallados con primor. Estos sí no son como la espada y la corona. No curioseamos la iglesia por estar muy polvorienta y oscura.

Las visitas a la Alhambra y al Generalife fueron de mucho interés, aunque cansonas, pues para ver mejor subimos a pie la larga cuesta, no obstante haber un tranvía que costea la falda, y sube hasta cerca del palacio, donde hay como un pueblecito.

El hotel lo tomaremos como punto de partida. Está al norte de la ciudad; como quien dice aquí la Capilla de los Ángeles. La silla del Moro blanquea en la altura hacia oriente, lo mismo las crestas de la Sierra Nevada o Sierra Elvira, y que juntan con las nubes su nieve perpetua.

A poca distancia del hotel, hacia el norte, se oye el ruido de un torrente que descende de la montaña; allí emboscado se encuentra el monumento a Ángel Ganivet: es un busto de mármol sobre una columna con una fuente también de mármol que tiene un ciervo. Luego se tuerce hacia occidente por una alameda de altos pinos que enlazan sus ramas formando dosel; al fin de ésta se encuentra la enorme puerta que da entrada al verdadero recinto de la Alhambra. La llave de esta puerta sería la que el moro infortunado entregó a los Reyes católicos,

y que sirvió de motivo para el bello cuadro *La rendición de Granada*.<sup>78</sup> Quizá tenga alguna inscripción conmemorativa que no recuerdo. A poco de pasar esta puerta, que tiene muros hacia adentro y hacia afuera, formándole como un zaguán, se llega a una plazoleta llamada de los Aljibes. En el extremo occidental de ésta, suspendida como un nido de águila, está la Alcazaba, fortaleza con castillo almenado que construyeron los moros para su defensa. Subimos a lo más alto de las torres por estrechas y gastadas escaleras de piedra, y desde arriba pudimos dominar un panorama maravilloso: la ciudad con sus torres y cármenes, al suroeste, y el Albaicín al norte. Existen en la fortaleza las casetas de los vigías y centinelas, lo mismo que sus habitaciones. En una alta plataforma hay suspendida una gran campana que servía para dar los toques de señal; y hoy, en cierto día del año, en que celebran no se qué fiesta, se pelean las mozas del pueblo para llegar a tocarla; pues la que logre hacerlo es la primera que se casa.

El Darro pasa profundo al pie de la altísima roca donde está el castillo, y después de rodearla se tuerce hacia la vega y se junta con el Genil.

Hacia oriente de la Plazoleta de los Aljibes está el palacio que proyectó Carlos V, y que no llegó a terminar. Había leído, en algo que no recuerdo, que éste era una enorme fábrica sin orden arquitectónico ni belleza ninguna. No me pareció así, y pensé que la ciudad de Granada debía terminarlo, pues lo existente está bien conservado y es hermoso. El guía nos dijo que la municipalidad pensaba concluirlo para destinarlo a museo.

Detrás, hacia oriente de este palacio, está la entrada a los jardines de la Alhambra. Lo primero que se ve de ella no es bonito, por ser la parte más arruinada no es ni siquiera imponente; la Alhambra hay que verla por dentro, internándose en las galerías se llega a las partes más hermosas, que afortunadamente son las más respetadas por el tiempo. No pretendo describirlo.

En el Patio de los Leones no es precisamente la fuente lo más bello, sino sus afiligranadas y caladas arcadas, y sus esbeltas columnas. Los labrados y pinturas de los techos de la Sala de los Reyes, de la de Las Dos Hermanas, Peinador de la Reina, Sala de Embajadores y el Mirador de Lindaraja, parecen acabados de salir de las manos del artista, por lo fresco de sus colores. Cuántas veces se asomaría Zoraya, la bella cautiva cristiana que fue reina mora, a este balcón de Lindaraja,

---

<sup>78</sup> Oleo sobre lienzo pintado en 1882 por Francisco Pradilla (1848-1921).

a mirar pensativa hacia los jardines y a las lejanas sierras, recordando quizás el pasado, cuando se llamaba Isabel de Solís. Viendo estos salones encantados se me vino a la mente aquella romántica historia.

El Salón de los Secretos es muy curioso. No pude resistir al deseo de hablar por los rincones para comprobar el fenómeno. Otra de las salas tiene un pavimento que se mueve, cuando se pisa recio, como si tuviera resortes.

Los moros eran verdaderos estetas que sentían la belleza y sabían traducirla en obras. Con razón lloró el Rey Moro, según la leyenda, al abandonar este palacio de ensueño.

El Generalife es lejos de la Alhambra, más hacia la cordillera; era como la casa de campo de los reyes moros. Es también otro palacio de encanto, con sus salas, sus galerías y balcones. Las fuentes de ambos palacios son bellísimas igual que los bosques y jardines. Hay mucha abundancia de aguas, por todas partes se oye su ruido; descienden de la montaña escondidas entre el follaje. En el patio llamado de los Cipreses o en el del Estanque, está el viejo ciprés de la reina Sultana, que tiene su leyenda.

Dicen que el Generalife fue cedido desde los tiempos de los Reyes Católicos a un moro converso, y que fue pasando como herencia hasta sus últimos descendientes, a quienes la municipalidad había entablado un pleito reciente, que fue fallado en su favor; así volvió a propiedad del Gobierno.

Al regreso nos demoramos en la plazoleta de los Aljibes, donde hay una venta de vistas de la Alhambra y otros objetos. En un patio estilo morisco tenían instalada una fotografía con toda clase de aparatos, para retratar a los turistas, disfrazados de moros. Con esto hacían su negocio. Mucho nos instaron a que nos prestáramos a la pose, pero rehusamos. Nos daba fastidio de los vestidos, usados y manoseados por todos los que se habían prestado a la farsa. Aquí recordé la novela *Los cármenes de Granada*, de Armando Palacio Valdés, en que pinta a la protagonista vestida de mora. Creo que desde entonces existen los famosos disfraces. ¡Lástima! ¡Cómo hubiera quedado de linda la Vieja, haciendo de mora. Hasta parecería la reina Aixa!



## XI

---

A las ocho de la mañana salimos de Granada, de retorno a Madrid. Íbamos dejando atrás el fértil valle y entrando de nuevo a las arideces de Castilla, que no dejan de tener su encanto. Las montañas de Sierra Morena, rojas y escuetas, son bellas; hay que pasar varios túneles rocosos. Viéndolas, recordé la aventura aquella de Don Quijote, cuando brincaba en paños menores por estas sierras, haciendo su penitencia, con escándalo de Sancho, que lo declaró loco por lo de las cabriolas.

Los olivares, que son por lo general lo que se cultiva, son bonitos con su verde amarilloso; se ven rebaños de corderos del color de la tierra, que pastan por los escasos matojos. El trigo ya estaba segado; los conos que forman para almacenar la paja para el forraje de los animales en el invierno, se ven como bohíos. No conocía el sistema primitivo de sacar el agua por medio de norias, que me pareció curioso; se ven por todas partes las pobrecitas bestias que voltean sin parar, atadas a su yugo. Las habitaciones de los labriegos son muy particulares: abren cuevas como los gitanos, pero no en la roca, sino enterradas como hormigueros; les hacen una boca de salida defendida de las lluvias por un techo cubierto de lata, ladrillo o lajas de piedra.

Regresamos a Madrid a las ocho de la noche, al mismo hotel Alfonso XII. Permanecimos allí otro día. Estuvimos de tiendas en la mañana siguiente, pues yo quería comprar un sombrero, porque los que llevaba estaban deformados con el trajín. Los almacenes de lujo son iguales a los de París.

En el mediodía nos fuimos a recorrer los barrios pobres. Estuvimos en una calle muy larga donde había ventas de carnes y de víveres. Muchísima abundancia

de aquellas; las había de toda clase de animales: cuartos de novillo, de ternera, de cordero, colgaban de las puertas y de las paredes, chorreando sangre; asimismo las sartas de aves y de conejos; las ventas de pescados, variadísimas; pero, ¡qué olor tan desagradable! Los cargamentos de tubérculos y legumbres eran enormes. Las cáscaras y desperdicios eran arrojados a la calle. Había que pisar con cuidado para no resbalar. No me explico por qué estaba esto mal organizado, cuando tienen mercados cubiertos y un matadero moderno e higiénico.

De allí nos fuimos a curiosear las viviendas de los arrabales, con admiración del guía, a quien le parecía raro que escogiéramos esos sitios habiendo otros mejores tan bellos. Estas viviendas son armadas con tablas y palos, y cubiertas con pedazos de esteras, barriles encerados y todo lo imaginable; hasta latas de conserva y cartones desempeñan allí papel importante. Las casas de los traperos son muy típicas; se distinguen entre todas. Allí sí que están reunidas la mar y sus conchas. Las gentes de las clases bajas de estas grandes ciudades de Europa viven por milagro. Aquí en Colombia, especialmente en Antioquia, casi no se ve pobreza: todos, más o menos, tienen sus viviendas limpias y habitables; aunque sea una choza. Aquí no se ve tanta mugre. Nuestro pueblo es limpio y acostumbra el agua de Dios para el aseo de su persona y de su pobre hogar.

Sepan, mis hijos, para que la quieran con amor, que nuestra tierra es privilegiada. Aquí vivimos muy confortablemente y gozamos de más libertad que otro pueblo alguno. Nos quejamos injustamente de nuestra Constitución y nuestro Gobierno. En ninguna parte se tienen tantas garantías. Y basta de sermón.

Nos obsequiaron en el hotel con lo que llaman el “cocido”; es muy semejante a nuestro “puchero”, pero éste tiene más componentes y es más sustancioso.

Me fui pesarosa de Madrid; con gusto me hubiera quedado más tiempo.



## XII

---

Salimos por la vía de Atocha a las nueve de la mañana. Las comidas las tomamos en el coche-restaurant. Pasamos por el famoso balneario de San Juan de Luz, playa muy apetecida por los elegantes, y entonces *demodéé*, las casitas o villas son como juguetes, esparcidas las unas por la playa y encaramadas las otras. Muy bonito me pareció.

En este trayecto pasamos por Zaragoza; mucho deseé verla, pero el tren se encajona allí como en un túnel, sin vista para ninguna parte; cuando sale, ya la ciudad está lejos.

Fueron doce horas cansonas, pues llegamos a Barcelona por la noche. Nos condujo el guía al Gran Hotel de Oriente, Rambla del Centro. Las piezas que nos tenían preparadas no eran buenas: en la parte interior del edificio, con vistas a una calle estrecha, y plagadas de zancudo. Pedro, tan acostumbrado a las comodidades y a la buena vida, protestó airado, amenazando al conserje con que nos trasladaríamos a otro hotel esa misma noche, y que informaría a la Agencia de lo malo de la instalación. El hombre, atemorizado, nos suplicó que aceptáramos las piezas por esa noche, pues había cupo completo, y que a la mañana siguiente, nos daría las mejores del hotel, luego de que las desocuparan. Así, Pedro se calmó y convino en aguardar. La noche que pasamos fue mala: los zancudos picaban y “musicaban” que era un gusto; naturalmente, no dormimos. En la mañana tuvimos que desempacar el frasco de yodo para curarnos las picaduras; y nuevas e irritantes protestas. A mediodía nos trasladaron las maletas a las piezas fronterizas del hotel, con vistas a la Rambla, y amobladas con lujo. La de Sofía era una “percha”. Los zancudos siempre se zamparon hasta allá, pero

en menor número. Nosotros, antes de acostarnos, les dábamos caza a golpes de toalla, y algo nos defendíamos.

Barcelona, la gran capital catalana que tantas broncas ha armado, es una ciudad cosmopolita: allí se hablan todos los idiomas. En el comedor del hotel era hasta gracioso; en cada mesa se hablaba un idioma distinto, menos el dichoso catalán, que sólo oí una vez en tren.

La ciudad es tan grande como Madrid, o quizá más; se ve más gente y hay más movimiento comercial; las ramblas o calles principales son muy bonitas y parecen hormigueros. La Plaza de Cataluña, muy grande y bella, con sus grupos de estatuas y sus suntuosos edificios. El Paseo de Gracia, también hermoso. Al Rey Alfonso, aunque no le tenían mucho amor, le regalaron el Palacio Real de Pedralbes, en un barrio nuevo muy alegre.

Las construcciones del arquitecto Gaudí, que ya murió, son muy curiosas; los edificios son de estilo cavernario; las puertas imitan las entradas de las cavernas, los muros están llenos de ramajes y cosas raras pero dan buena impresión. A mí me gustaron por su originalidad, especialmente una casa situada en el Paseo de Gracia, y que tiene en la fachada y en la azotea nichos y cosas. Un templo dedicado a la Sagrada Familia quedó inconcluso por la muerte del arquitecto. Aquél era muy original; tiene torres muy atrevidas llenas de santos y animales. En una especie de subterráneo o sacristía nos mostraron una miniatura en yeso de la iglesia y nos gustó mucho.

La Catedral es imponente. En una cripta, debajo del altar mayor, se veneran los restos de Santa Eulalia. El Cristo de Lepanto, el que llevó a la guerra don Juan de Austria, tiene también su capilla. Tienen asimismo un relicario llamado de la Santa Espina, que debe ser de la corona del Señor. En este templo fue donde bautizaron los seis indios que llevó Colón en su primer viaje. Hay en la sacristía una caja fuerte de grandes dimensiones, donde guardan la riquísima custodia de oro y pedrería, la más valiosa del mundo. Está colocada sobre una silla de plata sobredorada. Los papas y los reyes le han regalado multitud de joyas de gran valor, que le han ido colocando sin deformarla. Esta custodia sólo la exhiben el día del Corpus, y la sacan en un carro especial.

El sitio de la exposición es muy extenso y hermoso; los edificios son quizá más grandes que los de la de Sevilla, pero no tan bellos. Hay un lugar que me gustó mucho: el llamado Pueblo Español. Es una serie de edificios que reproducen los sitios más típicos de España. Con razón lo llaman pueblo, pues lo es, y no pequeño.



Hay una parte alta que tiene una vista preciosa. Desde allí se ve la ciudad y todos los edificios de la exposición. Las cascadas luminosas, que son muy bonitas, se desprenden desde allí. Hay también a la entrada una serie de columnas que parecen como de cristal y que iluminaban desde su base, y muchos otros juegos de agua, como pilas y fuentes de chorros menudos.

La exposición, propiamente, era más rica industrialmente que la de Sevilla. Había una cosa muy curiosa: era la exhibición de unas pulgas amaestradas; eran en número de trece, metidas en una pequeña vitrina. A la voz de mando de su dueño se alineaban como soldados, marchaban, y jugaban a la pelota con una bolita pequeñísima que les arrojaban. Saltaban para recogerla, como los deportistas; metía la mano el dueño, y les decía que era hora de comer; entonces se le prendían todas y chupaban su sangre. Esto sólo viéndolo se puede creer. Cómo se hubieran admirado y encantado ustedes, mis hijitos, viendo este prodigio de la paciencia del hombre y de la inteligencia y astucia de estos microscópicos seres, que tan molestos son y que nosotros matamos con tanta saña.

En Barcelona estuvimos en varios teatros, solas casi siempre, porque los señores se morían de pereza. Una noche nos tocó ver a *Felipe Derblay*. Barbarita estaba deseosa de ir y yo no quería, porque pensaba que iba a ser una "lata". Pero no resultó así: me gustó mucho.

Subimos al Tibidabo. Este es un cerro que se levanta al oeste de la ciudad, y al cual se asciende por funicular o por carretera. Nosotros preferimos irnos por ésta, aunque es largo el camino, para gozar de la vista. Hagan de cuenta que se sube a Santa Elena. En la cumbre del cerro hay una capilla y también un restaurante o casa de juego, con montañas rusas, aeroplanos que voltean atados a cuerdas de alambre y varios otros deportes e invenciones modernos para sacarles plata y entretener a los visitantes.

La vista es bellísima: se ve el puerto poblado de barcos de todas las nacionalidades, la ciudad en toda su extensión, las villas de los alrededores, y las líneas férreas, que parten en todas direcciones como una tela de araña. Por último se ven seis poblaciones que se acercan tanto al centro principal que parecen barrios de la ciudad.

La vista se pierde hacia el mar; y hacia el occidente se ven los Pirineos, donde está el venerado santuario de Monserrate.

Antes de despedirnos de Barcelona fuimos a visitar a Carlitos Restrepo Llano, hijo de don Pedro Restrepo, gobernador que fue del antes Estado Soberano

de Antioquia,<sup>79</sup> y de doña Leonor Llano, amigos y vecinos nuestros, que estaban desde hacía varios años en París o en Barcelona. Carlitos era amiguísimo de Constanza y María, y ambas muy mimadas y queridas de don Pedro y de doña Leonor, que las consideraban como nietas. Don Pedro mientras vivió, no dejó de escribirles cada mes. Sus cartas eran muy cariñosas: en ellas les anunciaba los nombres que él les ponía, y que cambiaba cada vez. Unas veces eran “Pico de Gallina” y “Hocico de Mica”, otras “Pandorita” y “Crispulia”; en fin, los nombres más graciosos. Tanto él como doña Leonor habían muerto ya, así como la señora de Carlitos, que era barcelonesa. Después de su viudez habíamos recibido una carta de Carlitos, muy cariñosa, en que nos manifestaba el deseo de volvernos a ver, y el ansia que tenía de regresar a la patria, para lo cual había recibido, desde que doña Leonor estaba viva, auxilio de nuestro Gobierno. Regreso que no había podido realizar. Por estas circunstancias se nos hacía imposible no ir a verlo, aunque en esos momentos no estaba en Barcelona; se hallaba veraneando con sus tres hijos y sus cuñadas, en su casita de campo, distante varias leguas de la ciudad. Nos fuimos en auto una mañana Claudino y yo, acompañados de un cuñado suyo, y de otra amiga de ellos que los visitaba con frecuencia. Se sorprendió muy agradablemente con nuestra llegada. El día se nos volvió corto. Lo pasamos en un reportaje de parte y parte, y haciendo añoranzas. Regresamos a las ocho de la noche, en el rápido que llegaba a París.

Por último quisimos visitar las librerías para comprar algunas obras. En una, llamada “Librería Francesa”, fue donde las escogimos. Aquí de Nacio,<sup>80</sup> el nieto sabihondo y más aficionado a la lectura! se habría quedado indeciso para escoger. Compramos *La guerra europea*, en diez tomos; las obras todas de Blasco Ibañez, las de Anatole France, Doña Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés; los últimos tomos de los *Episodios Nacionales*, de Pérez Galdós, para completarle a Tomás la serie; varias novelas de Marcela Tinayrs, de Pérez Lugín y de doña Concha Espina. Compramos para Eduardo,<sup>81</sup> el benjamín de

---

<sup>79</sup> Antioquia se constituyó como Estado Soberano durante el periodo federal que va desde 1863 hasta 1886, cuando se cambió el régimen administrativo federalista por un gobierno centralista con el cual los estados soberanos pasaron a constituirse como departamentos. Pedro Restrepo Uribe gobernó entre 1880-1881. Fue derrocado por Jorge Isaacs, pero prontamente regresó a su cargo gracias a la intervención del Gobierno Nacional.

<sup>80</sup> Ignacio Arango Álvarez, hijo de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R.; nieto de Isabel y Claudino.

<sup>81</sup> Se refiere a Eduardo Arango Carrasquilla, su hijo.

\*

Isabel Carrasquilla

la casa, que es aficionado a las lenguas muertas, una gramática griega y otras obras en el mismo idioma. Además, dos álbumes grandes para colocar las vistas, que ya eran muchas. Fueron descargadas de ellas las maletas, y trasladadas a la librería, para despacharlas con los libros. Pedro y Sofía también compraron los *Episodios nacionales* y otras obras.

Estos libros fueron despachados en paquetes postales, algunos de los cuales se perdieron; de manera que las obras quedaron incompletas. Entre los perdidos cayeron los de Eduardo, lo que sentí mucho.

\*



### *XIII*

---

Salimos de Barcelona a las seis de la tarde del 22 de septiembre. Comimos en el coche-restaurant. Llegamos a Cerbera, frontera francesa, a las diez de la noche. Allí hubo una demora para revisar pasaportes y equipajes y cambiar de tren, en el cual estaban los reservados de coche-cama para pasar la noche. Esto tan complicado hubiera sido muy dificultoso viajando solos, y no lo fue, porque todo lo hicieron los agentes en poco tiempo; a las diez y media ya estábamos instalados en los reservados, listos para dormir. Las señoras en uno, y los señores en otro que quedaba a continuación. Pero no hubo tal sueño; éste se alejó sin poderlo coger en toda la noche. El ruido, los silbidos del tren, las brascas paradas en las estaciones, y sobre todo el fuerte movimiento, me tuvieron con los ojos abiertos. Me levanté primero que Sofía y Barbarita cuando vi luz por las ventanillas. Aquellas habían dormido como ángeles toda la noche. Nos arreglamos, desayunamos, rezamos, y el tren avanzaba. La mañana era deliciosa, pues los días del otoño son bellos y apacibles; es la estación más propia para viajar. Yo me sentía tan bien, que no llegué a tener en este viaje una sola indisposición, lo que me mantenía de muy buen ánimo.

Al pasar por Marsella, vista de paso, nos mostraron de lejos, a orillas del mar y en la punta de una isla, el castillo de If, donde estuvo preso tantos años Edmundo Dantés, protagonista de la popular novela de Alejandro Dumas. ¡Cómo nos entusiasmos el Viejo y yo! Corrimos a llamar a Sofía y a Barbarita para que salieran a la galería, pero cuando llegaron, el rápido había dado una curva y nada alcanzaron a ver.

A las doce del día llegamos a Niza. El guía nos esperaba en la estación para llevarnos al Hotel O'Connor. Nos dieron habitaciones muy confortables

que daban a un jardín. El comedor era en el interior del edificio, muy elegante y bien atendido; todos los criados de casaca, y la vajilla íntegra de plata; allí mismo llevaban las carnes, en unas parillas y aparatos niquelados donde ardían las brasas, para servir las sin que se enfriaran.

Después del baño y de almorzar, nos fuimos a la calle, a la ventura, y guiados por nuestro instinto de “refinados”, desembocamos en el paseo de los ingleses, la playa de moda, donde los dandys y las elegantes de todo el mundo van a lucir su lujo. Yo los miraba con mis ojos curiosos de provinciana, para estudiarlos, como a los actores en escena. Los encontré vestidos con más o menos “chic”, pero no les vi nada raro; las mismas gentes que había visto en todas partes.

Al fin de este paseo hay un restaurante avanzado sobre el mar, también para las gentes ricas. Los yates de recreo de los millonarios se balancean atados a la orilla; parecían aves marinas como las había visto en la bahía de Cartagena, que tanto me llamaron la atención, porque se asientan alineadas sobre las aguas, y vuelan del mismo modo sin interrumpir la formación. Muy bonitas y graciosas me parecieron, pero no provoca navegar en esas cascaritas tan frágiles, que deben balancearse muy desagradablemente.

Nos paseamos por el Parque Príncipe Alberto; son bonitas las fuentes y jardines. Recorrimos algunas otras partes de la población que se agrupa un poco allí, para luego desparramarse hacia las playas. Los edificios no son grandes, pero sí de elegante y graciosa construcción; sobre todo los que están encaramados en escala, en la cordillera. Estas escalas están sembradas de viñedos y de flores, que las hacen muy bonitas. En los picos más altos hay castillos antiguos que debieron ser fortalezas, lo mismo que el de San Honorato, edificado en la playa. La vía férrea y la carretera corren a la orilla del mar sin desviarse de ella. El mar es azul en todos los tonos. Sin duda de allí viene el nombre que les dan a estas costas, con razón tan admiradas.

Si no fueran estos lugares tan visitados por los “rastas”,<sup>82</sup> tendrían más encanto, me parece a mí. A la mañana siguiente fuimos de tiendas, para curiosear.

---

<sup>82</sup> “La literatura costumbrista ve prosperar un nuevo personaje, entre ridículo y despreciable: el colombiano que ha viajado a Europa y espera convertir a su regreso esta experiencia en fuente de prestigio. [...] Una novela corta de Soledad Acosta de Samper, publicada en 1869, brinda una descripción parecida [el autor se refiere al personaje central de *Un viajero de Joaquín Borda*] de un político de provincia convertido por un viaje a Europa en el más desenfrenado ‘rastacuero’. [...] El tipo del ‘recién desempacado’ comienza entonces un largo itinerario literario. En 1886, Francisco de

Son en su mayor parte almacenes de modas; toda clase de abrigos y vestidos cuelgan por las perchas, lo mismo que pieles y sombreros.

A mediodía vino el chofer a la puerta, con el carro, para la excursión a Menton. Ésta la hicimos por la “Grande Corniche”, que es un camino que sube hasta la montaña, y sigue hasta bajar a Menton. Lo abrió Napoleón para pasar sus ejércitos a Italia. Es una verdadera cornisa, como lo dice su nombre. De trecho en trecho tiene como balcones con barandaje, donde se sitúan los turistas para contemplar el paisaje. Se ven unidas como en una sola calle todas las poblaciones situadas a la orilla del mar, que se dilata siempre azul. A la mitad más o menos de la carretera, allá en lo más alto, subsisten restos de una torre llamada de Augusto, del tiempo de los romanos. ¡En dónde no levantaría sus fortalezas este pueblo dominador! Cerca existen unas minas de ágata, que estaban en explotación. Había una venta de objetos labrados de esta piedra, muy bonitos, pero caros: collares, pulseras, ceniceros, etc. de distintos colores; verdes, amarillos, azules y rojos, algunos jaspeados de blanco. Yo compré collares grandes, para Isabel<sup>83</sup> y Adela,<sup>84</sup> y unos ceniceros. Barbarita y Sofía también hicieron su buena provisión. De allí descendimos hasta Menton, pasando por Monte Carlo, Beaulieu, Villefranche, Capi-Ferrat.

En Montecarlo hicimos alto para ir al gran Casino. Hubo que presentar pasaportes para entrar a los salones de juego. El edificio, sus jardines y sus salones son bellísimos. Ustedes los han visto en los álbumes y en el cine.

Sofía nos había racionado a cada uno con seis pesos para ensayar la suerte. Cada cual eligió su mesa. Había alrededor de ellas jugadores de todas clases y sexos; los perdedores se iban retirando y dejaban el puesto a los que llegaban. Yo ocupé uno y me fijé cuales eran los jugadores afortunados para hacerme a su lado; pero el “croupier” barría por parejo luego que la bola se paraba. Había, sin embargo, un joven que tenía por delante un buen cerro de fichos.

---

Paula Carrasquilla ofrece en un artículo titulado ‘Tipos de Bogotá, El recién llegado de Europa’, la descripción de un dandy presumido, vestido a la última moda, que habla con acento francés, evoca París a cada instante, hace alarde de una irreprimible sensación de superioridad, tiene vergüenza de la rusticidad de su familia y desprecia todo lo nacional” (Martínez, 2001: 348-350).

<sup>83</sup> Isabel Arango Álvarez, hija de Rafael Arango Carrasquilla y Ana María Álvarez R.; nieta de Isabel y Claudino.

<sup>84</sup> Adela Arango Álvarez, hermana de la anterior.

Yo compré los míos y colocaba mi apuesta en los mismos números y colores que él, y la suerte me favoreció: en cada apuesta aumentaba mis fichos hasta formar varias columnas. Estaba muy encantada con mis ganancias. Pedro, que ya había perdido todo, se me acercó por detrás y me animaba para que apuntara todo a un solo número, por estar de suerte, y porque el chofer afanaba; pero yo me aferraba más a mi puesto, y no quería separarme ni arriesgarlo todo en una sola parada. Al fin, todos ya “pelados” me rodearon y me apremiaban para que pusiera todo en una sola casilla. Así lo hice, ¡y adiós capital y ganancias! Del despecho casi me tiro de cabeza por la roca escarpada por donde se arrojan los perdedores.

Del Casino nos fuimos al restaurante fronterizo a tomar el té, donde estaba toda la “élite” de la elegancia, sentada ante mesitas, frente al restaurante. Los hombres de frac y con el cabello engomado, y las mujeres vestidas con estudiada elegancia y exageradamente pintadas. Regresamos de noche a Niza.

“Mademoiselle Sophie” estaba esos días un poco indispueta, lo que me tenía intranquila. Me puse a medicinarla por mi cuenta y riesgo, con tan buen éxito, que a los dos días estuvo buena. Esto de estar enferma no le impidió pasear día y noche, pues allí también fuimos a los teatros; ni tampoco para apremiarme para que le escribiera a Prosperín, afeándome mi conducta, por ingrata con él y malos tratos. Así, no tuve más remedio que agarrar la pluma y “jalarle parejo” hasta llenar dos pliegos, contándole de todo lo visto y hecho. La muy hipócrita, impaciente por saber de él, quería que yo lo hiciera; pues cuándo ella les iba a escribir a los hombres, ¡“contrimás” a éste, que le era completamente indiferente! También escribí para la casa. Total, que empleé una mañana íntegra.

En la tarde de ese día llegó el carro para el paseo a Cannes. Es muy bonito, también. Es lugar de veraneo preferido de los parisienses, y que consideraban entonces como más de moda. Todo el camino hasta Niza se puede decir que es una sola calle. Tomamos allí el café, que era lo que Barbarita y yo acostumbrábamos, con el indispensable regaño de Sofía, que decía que por eso no comíamos; y que nosotras le decíamos que era de cicatera por no pagarlo. Regresamos a Niza para la comida.

Quisimos visitar el Museo Oceanográfico, perteneciente al príncipe del minúsculo Estado de Mónaco, que según dicen, es el museo más completo del mundo; pero su Alteza se hallaba de paseo en París, y lo tenía cerrado. Fuimos a visitar su palacio, no microscópico como su principado, sino muy grande y suntuoso.



## XIV

---

Salimos de Niza hacia Vintimilla, frontera italiana. Revisión de pasaportes y equipajes en la aduana, y cambio de tren. Nos demoramos dos horas. Seguimos a Génova, adonde llegamos a las seis de la tarde, al Grand Hotel de Princess, donde encontramos, como siempre, habitaciones reservadas muy cómodas.

Esa noche salimos los cinco a pasear. Para no perdernos tomamos a la derecha, sin salir de la calle; anduvimos muchas cuadras; pasamos frente a la iglesia de La Concepción, que en la mañana visitamos detenidamente. Es un templo muy bello que tiene una galería de columnas que lo rodean por dentro, y en cada arcada hay un altar. Tiene retablos e imágenes de mérito; es quizá el mejor de Génova. El paseo lo prolongamos hasta dar con un pasaje o galería cubierta; de allí regresamos al hotel. En la mañana, sin guía, nos fuimos a conocer la ciudad. El hotel queda frente a una plaza, en el centro de la cual está la estatua de Cristóbal Colón; nos mostraron una casucha cubierta de yedra trepadora, en la cual decían que había nacido Colón; yo la miré con interés, por estar persuadida de la superchería; pues no creo que él hubiera sido genovés, como nos lo enseñaron en la escuela, y por lo que él mismo quiso pasar.

La ciudad está edificada en escalones; la parte plana cerca a las dársenas, donde está el antiguo palacio de los magnates de la República, hoy aduana, es estrecha relativamente; así la ciudad ha ido trepándose hacia la cordillera. En la parte baja las calles son estrechas, algunas iguales a las de Toledo, donde la gente pobre tiende la ropa en cuerdas, de pared a pared, para secarla. Esto lo vi en varias ciudades. Costumbre ésta contraria a la estética. Existen también en estas calles antiguos palacios muy bellos, que pertenecían a los nobles de la



ciudad. La subida a las calles altas es por escalas de piedra, y hasta por ascensores; la misma disparidad del terreno las hace más bellas. Tiene parques con muchos árboles y jardines. La bahía es muy extensa, también poblada de navíos. Los lugares donde atracan los barcos pesqueros y donde se hace la venta y embarque del pescado son muy típicos y pintorescos, pero siempre de ingrato olor, que se anuncia desde lejos. En una calle de las más altas hay un castillo antiguo, almenado, que destinaban a cuartel del ejército. Muy feo y raro me pareció el uniforme de los soldados de Italia.

Conocimos en una iglesia un órgano, de los más grandes del mundo, al decir del guía. Es como siete veces el de la Candelaria; lo tocaban desde atrás del altar, en un teclado pequeño como el de una máquina de escribir. Muy hermosas las voces; parecía que cantaban muchas a la vez. En la plaza donde estaba nuestro hotel había otro, llamado Hotel Colombia; esto me produjo muy buena impresión, y lo hubiera escogido con gusto para nosotros.

En una tarde hicimos la excursión al Campo Santo, el más renombrado del mundo. La entrada es muy bonita; me gustó más que la gran galería cubierta donde están los monumentos más artísticos; pero los hay también de mal gusto, y los adornan con muchos pegotes. Me gustó más la otra parte del cementerio, en que los monumentos están entre jardines, al aire libre. Allí, también, como en la ciudad, hay calles altas con sus monumentos, que se ven preciosos.

No todo es antiguo; hay también barrios nuevos que tienen amplias avenidas y modernas y elegantes construcciones.

En Génova venden curiosidades de mucho mérito artístico; marcos dibujados con mosaicos de todos los colores; objetos de filigrana de oro y plata; polveras, bandejitas y platos, medallones, camafeos, pulseras, etc. etc. Yo compré cinco pulseras de oro para las hijas y nueras; collares y pasadores para las nietas, y otros objetos para regalos. Barbarita y Sofía compraron más que yo, de manera que nos gastamos bastantes liras en estas cosas, que iban acrecentando el volumen de las maletas ya bastante infladas.

En Génova tuvimos la pena de separarnos de nuestros buenos amigos y compañeros, con quienes habíamos pasado tan contentos. Pedro tenía vínculos de amistad y de negocios con gentes de Turín y de otras ciudades; necesitaba visitar unas fábricas de sombreros. Esto fue una contrariedad para nosotros y para Barbarita, que hubiera preferido nuestra compañía a la de gentes extrañas.

El 28 de septiembre fue la partida. Nosotros con dirección a Roma, y ellos a Turín.

Tomamos ese día el almuerzo en el tren, como de costumbre. Pasamos cerca de Mantua, Ferrara, Pisa, Carrara y Padua; allí me acordé de la vida de San Antonio; hubiera querido que nos demorásemos, para visitar su iglesia. En Pisa pudimos ver la torre inclinada, desde su base, pues está al frente de una bocacalle donde para el tren. Es mucha su altura y su inclinación; no se comprende cómo está sostenida. Carrara se anuncia antes de verse, encaramada como está, sobre la montaña, porque en todas las estaciones y a la orilla de la vía blanquean los bloques de mármol, esparcidos, como en las ruinas de las antiguas ciudades. Por fuertes cables van bajando los bloques para que el tren los vaya conduciendo, para repartirlos en todos los mercados del mundo. Se comprende, al ver esas gigantescas e inagotables canteras, por qué existen tantos templos, edificios y monumentos de mármol, desde tiempos antiguos, en todas las ciudades de Italia y en muchas de Europa, teniéndolo en esa abundancia y proximidad.

En este día me sucedieron dos “cachos”<sup>85</sup> que voy a contarles. En la estación de una de estas ciudades que les he nombrado, subió al tren un señor italiano, muy asmático y enfermo el pobre, que miraba con afán, buscando donde colocarse con su maleta.

En nuestro apartamento íbamos cinco personas únicamente; nosotros tres, y dos señores que venían desde Génova. El señor, sin saludar, entró y se acomodó en un puesto; puso su maleta sobre la red. Tosía y desgarraba que era un horror. Sofía estaba en la galería mirando el paisaje, acompañada de los dos viajeros que se habían salido a fumar. Yo le llamé la atención: “Sofía, ¿no sabes el cliente que nos ha caído?” Ella contestó: “Sí, desde aquí lo estoy oyendo rugir como león, como decía Cuco de Virginia”. Los dos señores, que debían entender el español, nos miraron muy sonreídos. El “león” no rugió, pero sí nos miró con unos ojos desafiantes. Yo, aprovechando que los atentos señores estaban afuera, y acostumbrada al abuso, encendí cigarrillo muy confiada. Pero, ¡qué susto! El señor, entre toses ahogadas, me dice airado en puro español: “¡Señora! ¿Usted no sabe que está prohibido fumar? ¡Arroje al instante ese pitillo!”. Yo me quedé aterrada. Apenas pude balbucir: “Señor: también está prohibido el...”. Iba a decirle una palabra muy repugnante, pero Sofía, que las coge al vuelo, me dio un tirón del vestido y me cortó la frase. Pensó que si yo le decía la palabra hasta nos pegaba, según la ira que tenía. Los señores se dieron perfecta cuenta, y reían a todo trapo, lo mismo que nosotros.

---

<sup>85</sup> Cuento corto, anécdota chistosa.

\*

Isabel Carrasquilla

La otra pasativa de ese día fue que uno de los empleados del tren me encontró tendida cuan larga soy en uno de los asientos del apartamento, con los pies subidos, lo cual está prohibido, y me regañó. El Viejo, cuando recuerda estos dos incidentes se ríe aún de mí. Afortunadamente el señor ya se había bajado en la estación anterior, y así, no pudo gozar de este regaño que hubiera sido su desquite.

\*



## XV

---

Al anochecer de ese día fuimos viendo las luces de Roma, aún lejanas. Del núcleo principal se desprende una prolongada línea luminosa que llega hasta el mar. Semeja una cometa de larga y brillante cauda. Este fuego fantástico de luces, visto a tanta distancia, aumentaba nuestra ansiedad y emoción. La llegada no fue sino a las nueve de la noche al Gran Hotel Continental, frente a la estación y a la Plaza Terminus.

Después de comer, y como no teníamos sueño ni estábamos cansados, y más que todo aguijoneados por la curiosidad, nos botamos a la calle sin guía, pues a éste, que había ido a ponerse a nuestra disposición, lo habíamos despachado hasta la mañana siguiente. Hicimos lo que nos resultó tan bien en Génova: seguimos la calle en línea recta; a las pocas cuerdas dimos con una plaza en declive, en cuyo centro hay una columna de mármol con una estatua de la Inmaculada; al pie hay una fuente; un gran templo se levanta en la parte más alta, adonde se asciende por una gradería, templo de mármol ennegrecido, con sus altísimas torres y su hermoso frontis, y que era nada menos que Santa María la Mayor. Luego de saciar la curiosidad seguimos, sin desviarnos de la calle, muchas cuerdas adelante, hasta que yo, ya cansada, los insté para que regresáramos.

Al siguiente día la primera visita fue, por supuesto, a la gran Basílica Vaticana. La plaza es muy hermosa, rodeada por más de doscientas columnas pareadas, muy esbeltas. En el centro hay un obelisco igual al del Parque Central de Nueva York, y a otro de la Plaza de París, que lleva su nombre, con fuentes a derecha e izquierda. La fachada de la Basílica es imponente y bella, y armoniza con la plaza de las columnas, pero desentona con los edificios del Vaticano, que están

más allá y que no son bonitos. El grandioso pórtico tiene cinco puertas. La de la derecha es la Puerta Santa, que no abren sino en los jubileos. Encima de la principal están las imágenes en alto relieve de la Virgen y del Salvador; hay, además otras de los apóstoles.

El templo tiene la forma de cruz. Al entrar me sorprendí, pues no me pareció tan grande como me lo imaginaba, según las descripciones que había leído de él, y las dimensiones que tiene; pero, al adelantar por la nave central, donde el guía nos indicaba las dimensiones y distancias, me persuadí de la verdad. Es que de la misma proporción y armonía resulta este fenómeno. Las estatuas gigantescas de mármol no las aprecia uno como tales; hay que mirarlas de cerca. Por ejemplo, los ángeles que sostienen las pilas de agua bendita, que parecen pequeñas, son unos angelotes. La cúpula, la mayor de la Cristiandad, tiene medallones en mosaicos, con los cuatro Evangelistas, y grandes vidrieras que dan mucha luz.

No hay que hablar de las estatuas y de los monumentos donde están los restos de los papas, porque sería imposible. El altar mayor es bellissimo. Allá en lo alto hay una cámara de bronce donde está encerrada la Silla de San Pedro. El Baldaquín colocado encima del altar mayor está adornado con abejas, que simbolizan las armas de los pontífices. Las columnas fueron hechas con los bronce sacados del Panteón. Debajo del altar está el sepulcro de San Pedro, y en lo que llaman la Confesión hay una estatua de uno de los papas, no recuerdo de cuál, que está orando de rodillas; este monumento es de Canova. En otra capilla está el grupo de La Piedad, de Miguel Ángel. No se puede dar nada más bello: la Virgen al pie de la Cruz, con el Señor en los brazos, cuando lo desprendieron. Dicen los críticos que la Virgen está representada demasiado joven, y así es en verdad. Sentado debajo de su solio está San Pedro, en bronce; el pie derecho le asoma debajo de la túnica; éste, besado millones de veces en el año, está desgastado. En la capilla del crucero izquierdo están los confesionarios; hay para los penitentes de todos los idiomas del mundo. No sé por qué no subimos a la cúpula, que tiene una vista preciosa, ni bajamos a las criptas donde están los sepulcros de los santos, y que encierran muchas riquezas antiguas y artísticas. Recuerdo también la estatua de San Longinos, con su lanza; santo que yo no conocía, ni tenía noticia de él.

Cinco veces consecutivas visitamos la Basílica, para darnos una pequeña idea de ella. Hermosísima me pareció; sólo una cosa no me gustó, y es la mucha luz. Prefiero las iglesias penumbrosas; encuentro en ellas más a Dios, porque se puede tener más recogimiento.

La siguiente visita fue a la Capilla Sixtina. Aquí voy a decir una herejía, por lo cual rezo de antemano el mea culpa; no me parecieron bonitas las pinturas de Miguel Ángel: me ha parecido mejor escultor que pintor. Claudino me ha dicho que no diga eso donde me oiga la gente. ¡Pero qué voy a hacer! Ofrecí ser sincera. Digo lo de una señora de mi pueblo: “¿Qué tendré yo en estos ojos?”. Sus mármoles son acabados; más allá no se puede llegar: del Moisés todo lo que se diga es pálido ante la realidad. Yo me extasié mirándolo. En esta maravillosa escultura es donde se puede apreciar la potencia de aquel cerebro portentoso. No me explico por qué el Museo del Vaticano no ha trasladado esta estatua para colocarla en un pabellón especial, como están en otros museos el David, la Venus de Milo, el cuadro de *Las Meninas* de Velásquez, y varias otras obras maestras. Sin duda será porque hace parte del monumento para el sepulcro de Julio II, que están construyendo. San Pedro Advíncula, donde se encuentra esta maravilla, es un templo muy venerado en Roma, por guardar las preciosas reliquias de las cadenas con que fue atado San Pedro; tiene, además, bellas columnas de mármol blanco y dos de mármol gris. Dicen que están allí enterrados los hermanos Macabeos.

La iglesia de Santa María la Mayor, la que vimos la primera noche, es la más antigua de Roma; contiene muchas riquezas; cuadros en mosaicos, debajo de las ventanas, que representan escenas del Antiguo Testamento, el sepulcro de Pío V y de otros papas y reyes, un altar con un relicario que contiene madera de la cuna del Niño Jesús, en la Cripta muestran el altar donde dijo su primera misa San Ignacio de Loyola, debajo del altar mayor se guardan las reliquias de San Mateo Evangelista, y en la Confesión la estatua del Papa Pío IX, tan querido de la Cristiandad. El altar es riquísimo por las amatistas, lapislázuli, jaspero, y otros materiales preciosos. A un lado de la puerta principal está la tumba de Paulina Bonaparte, hermana de Napoleón, reina que fue de Italia; mujer de belleza y formas esculturales, que sirvió varias veces de modelo al famoso escultor Canova, para sus bellísimas estatuas. Este templo lo conocimos mejor que ningún otro de Roma, porque allí íbamos Sofía y yo a oír misa todos los días de la semana y el domingo que estuvimos allá, y luego nos quedábamos curioseando. Notamos lo poco devota que es la gente: oyen la misa con poca atención, y las mujeres del pueblo entran con la cabeza descubierta. En las iglesias todas que vistamos había escasos fieles, inclusive en la Basílica Vaticana.

En alguna parte leí que el montículo donde se alza la iglesia de Santa María la Mayor es una de las siete colinas famosas donde era el cementerio de

las gentes pobres, cuyos cadáveres eran de noche devorados por los lobos, de los cuales se oían los rugidos; también donde está la estación Terminus existía un cuartel de los legionarios romanos. Esta enorme estación es un intrincado laberinto de vías férreas que van a distintas partes del reino, y que sin el guía sería casi imposible dar con la que se necesita, y más sin conocer el idioma.

Otros templos conocimos de los más notables: el de Letrán, coronada la fachada de estatuas: San Pedro y San Pablo; La Trinidad del Monte, con su calle en escalones y sus torres tan parecidas a las de nuestra antigua Catedral. Les hablaré de otros dos: el de Santa Cecilia, donde se veneran sus restos, y donde está la estatua yacente de la virgen mártir, tal como la encontraron en las catacumbas de San Calixto. Cerca a la iglesia muestran dónde fue su casa; del baño aún existen restos. Esta santa pertenecía a una de las familias patricias de Roma.

La Escala Santa es una capilla donde está la escala verdadera de la casa de Pilatos. Son veintiocho escalones de mármol que no se ven por estar cubiertos por otros de madera. Esta escala fue traída de Jerusalén por Santa Elena, madre de Constantino. Nosotros comulgamos para ganar la indulgencia; hay que subirla de rodillas. Yo lo hice con emoción y recogimiento. Al llegar a lo alto se descende por otras que hay a los lados. Me costó trabajo subirla, pues los huesos ya están duros. Sin la ayuda de Sofía quizá no hubiera podido hacerlo. Los edificios de la Roma moderna no son bonitos; no hay parques ni paseos como en las otras ciudades, salvo el monumento de Víctor Manuel II.<sup>86</sup> Lo bello e interesante es la antigua. Lástima que hubieran destruido los templos y demás construcciones del tiempo de los Césares para levantar tantísimas iglesias como tiene Roma, y luego dejarlas solitarias. “¡Qué herejía!” se me dirá. Hoy se preocupan por conservar lo poco que dejaron, y hasta estaban derribando toda una calle para descubrir los cimientos de los antiguos edificios, soterrados bajo los nuevos; deben estar hondos, al nivel del Foro de Trajano, y del Foro Romano. De este último no existen sino restos de columnas de los templos y pórticos. Bien pudieran haberlos dejado en pie y dedicarlos al culto católico, como hicieron con el Panteón, aunque fue despojado de sus bronces y sus mármoles.

El Panteón está dedicado a Santa Marta de los Mártires. El pórtico lo forman filas de esbeltas columnas. Por dentro no tiene ventanas, sino una abertura

---

<sup>86</sup> Víctor Manuel II fue el líder de la unificación italiana y, por ende, el primer rey de Italia.

circular, arriba, por donde le entra la luz. Hay altares y varios monumentos funerarios. La tumba de Rafael, que no es bonita, tiene una inscripción latina; están, además las del rey Víctor Manuel II y de otros personajes notables.

El Coliseo es de lo mejor conservado; pero le faltan casi íntegros los dos últimos de los cuatro cuerpos que lo formaban. Lo vimos en un atardecer. Recordé muchas historias de sucesos acaecidos allí. Viendo las rejas de los calabozos donde encerraban a los cristianos antes de entregarlos a las fieras, se me representaba todo su martirio. En el sitio donde fueron sacrificados se levanta la Cruz, y en algún día de la semana rezan allí las Estaciones.

La cárcel Mamertina, donde estuvieron presos los santos Apóstoles Pedro y Pablo, no supo mostrárnosla el guía. El que nos tocó en Roma era bastante ignorante. No lo sacábamos de la retahíla que se sabía de memoria, aprendida sin duda en alguna guía. Insistía en decirnos que el Foro Romano fue feria de animales; que él de niño iba con su padre a vender puercos. ¡Antes quedaron restos de él!

Subimos al Palatino a conocer lo subsistente del palacio de Augusto y demás ruinas, como la casa de Livia, y el palacio de los Flavios, que es quizá el más bien conservado. En esta colina la vista es hermosa; abarca el Foro Romano, donde se destacan las columnas, tan reproducidas en cromos, del templo de Saturno; lo que se ve por los otros lados es también muy interesante. Los arcos de Tito y de Constantino están muy completos: se pueden ver todos sus relieves y dibujos. Los edificios del Capitolio están en buen estado. Se sube por una escalinata donde está la loba que representa a Roma, y otras estatuas mutiladas; al subir a la plazoleta se encuentra la estatua ecuestre de Augusto, que logró colocar allí Miguel Ángel.

Los edificios de la plazoleta son la Torre Capitalina, el frente, el Palacio del Senador a la derecha y el Museo Capitolino a la izquierda. Hay detrás del Museo un antiguo templo pagano, hoy consagrado a Santa María de Araceli. Allí se venera al Niño Jesús de Araceli. Éste fue labrado por un monje de un trozo de madera de los olivos del monte sacro de Getsemaní. El Niño está en la misma actitud del de Praga, pero es feo y mofletudo. Inspira piedad por tener esta procedencia y por la ingenua fe del artista. Es como un ídolo cubierto de oro y de piedras preciosas desde la cabeza a los pies. Más parece idolatría. Detrás de esta iglesia nos mostraron el despeñadero llamado “La Roca Tarpeya”, despeñadero que hoy no existe, por las construcciones que han llenado el terreno.



El Museo Capitolino tiene cosas muy interesantes. A la entrada está la estatua de Océano; me pareció primoroso el “Viejo”; la estatua de Marte, muy bella también. Hay un mosaico pequeño, sacado de la Villa Adriana, que representa cuatro palomas bebiendo en una fuente. Esto está reproducido en pintura y tallado en mármol, pero apenas da idea de la belleza de este cuadro. La Venus Capitolina, que llaman, es la más antigua; me pareció bella en sus formas, pero algo “cara de boba”. Psiquis y Amor, ¡qué belleza! Lo mismo que Leda y el Cisne.

En la sala están los bustos de Alejandro el Grande, Escipión el Africano, y otros que no recuerdo. También la estatua de Júpiter y la de Apolo; pero la más bella de todas es el Galo Moribundo. La galería de los bustos de los Césares es muy interesante; la mayor parte de ellos los encontraron rotos, y fueron remendados por Miguel Ángel, por lo cual tienen doble mérito. Hay también muchos cuadros de Van Dyck, Rubens, y otros.

En la Plaza del Quirinal hay una fuente con las estatuas de Cástor y Póllux, sacadas de las Termas. No se sabe cuáles son más bellos; si los domadores, o los caballos. A mí fue lo que más me gustó de las estatuas antiguas que vimos. El Palacio del Quirinal, que fue antes residencia de los papas, tiene una fachada poco importante, pero sus habitaciones son suntuosísimas, sobre todo el salón del trono y el comedor. La familia real no lo ocupa sino cuando hay embajadas o alguna fiesta especial. Habitaba un palacio modesto, un poco alejado del centro.

Las fuentes que hay en Roma son muchas. La de Trevi es la principal y más hermosa. Representa a Neptuno y tiene varias otras figuras y animales. Aquí llegaban las aguas que traía el acueducto que construyeron los antiguos romanos, obra tan justamente admirada. Hay una tradición según la cual el que arroje una moneda al fondo de esta fuente, y luego la saque con la boca, alcanza la fortuna.

El castillo de San Angelo, de tanto valor histórico por los hechos sucedidos allí, lo vimos sólo de lejos, lo mismo que la isla de Tiber.

El Palacio Vaticano no me pareció como yo esperaba, en cuanto al edificio; pero las bellezas que contiene sí me sorprendieron. Tarea larga y difícil sería describirlo, por lo cual no lo haré. Me llamaron la atención las habitaciones del Papa Alejandro VI, llamadas Apartamento Borja. Están desmanteladas; tienen pinturas en todos los techos y los muros, figuras del Antiguo Testamento en unos salones, de las Sibilas en otros; en los salones restantes hay representadas

escenas mitológicas, con sus dioses y diosas. Son interesantes estas pinturas, pero ofusadoras. Muestran también las habitaciones que ocupaba Leonardo de Vinci; dan a una galería con vistas sobre la ciudad.

Las galerías destinadas al Museo son enormes. Allí, como en el Louvre, está coleccionado lo más rico del arte. Entre las estatuas me gustaron más, que recuerde, todas las de Miguel Ángel; el grupo de Laocoonte, el Apolo, los Discóbolos; en fin, las estatuas griegas, que son sin duda las más bellas.

En los salones de pintura hay cuadros maravillosos, pero las vírgenes de Rafael son las más bellas de todas. Asimismo los cuadros de su discípulo Andrea del Sarto, como el de la Virgen con el Niño y con San Juan. Dicen que tomó por modelo a su esposa y a sus hijos. Está, además, el cuadro de *La Anunciación*, de Leonardo de Vinci. No sé por qué no me gustó tanto como los otros suyos que había visto.

El salón donde tienen los papiros y los códices antiguos es de lo más precioso que tiene el museo. Estuvimos admirando en las vitrinas varios misales pintados a mano con primor, y otros libros decorados de igual manera; uno había de la *Divina Comedia*, que es una verdadera belleza. Debe haber pergaminos interesantísimos que uno no puede ver ni apreciar, por estar curioseando de paso. La biblioteca ocupa toda un ala del edificio. Los salones donde están expuestas las joyas y demás objetos regalados a los papas, entre las que figura la cruz de esmeraldas que regaló el Gobierno de Colombia, no se pueden curiosear en menos de un mes. Son fabulosas las riquezas artísticas que contienen estos salones. Nosotros no podíamos desprendernos de aquellas vitrinas e hicimos repetidos viajes para curiosearlas.

En la última visita nos mostraron el taller de mosaicos de mármol. Tenían terminados muchos cuadros de santos para diferentes iglesias. Este es un trabajo muy difícil y de mucha paciencia. Las imágenes y retratos son pintados con colores sobre una tela o plancha. Encima van pegando las pequeñísimas partículas de mármol, iguales en color a las del dibujo. Necesitan, según nos dijo el pintor, tener mármoles de cuarenta y dos colores. Nos mostró una caja en que los tenía picados. Los cuadros son perfectos. Lo que más admiré fueron los retratos de los papas, que parecen hechos a pincel. Medallones de estos mosaicos decoran la iglesia de San Pedro y San Pablo, que tiene toda la serie, desde San Pedro hasta Pío XI.

Era de oír nuestras conversaciones y comentarios en esas noches de hotel, antes de acostarnos: nosotras en “deshabillé” y el Viejo en chinelas. Él, minu-

cioso como siempre, apuntaba o nos hacía apuntar las fechas de las llegadas y salidas de todas las ciudades, y los nombres de los hoteles, así como lo notable que habíamos conocido en el día. Esto lo hacíamos desde Panamá. A veces me daba pereza y le decía que lo dejáramos para el otro día, pero él no convenía; era, pues, exacto como un diario comercial.

La Agencia Lubín tiene en Roma un empleado para conseguir la audiencia de Su Santidad al viajero que la desea; hay que presentar los pasaportes, como requisito indispensable. Nos avisó que todo estaba listo para dos días después a las doce y media. Exigen a las mujeres vestido largo sin escote, manto en vez de sombrero, y guantes negros. Yo le solté el dobléz a un vestido negro, y Sofía a la falda de un vestido sastre. Compramos en un almacén en la plaza del Vaticano los velos o mantillas de encaje, que luego los vendimos allí mismo. Era de ver el ensayo: yo me veía rara con el manto; la figura de la pobre Sofía sí era fatal, con el sastre largo y la mantilla, igualita a “María Lamentos”. Pero no tuvo más remedio que irse en esa facha. Yo me lo celebré mucho, y le decía que era castigo por todo lo presumida y “pinchada” que es; esto se lo exageraba para vengarme de todas las que me había hecho.

La familia de Francisco Luis Moreno había llegado a Roma hacía unos días, y ya habían tenido una entrevista con Su Santidad. Sólo una de las niñas faltaba por recibir la bendición, y no quería perderla; por lo cual nos anunció que nos acompañaría. Cuál sería nuestra risa al verla llegar ataviada con el largo sobretodo de su mamá, y con su mantilla bien prendida. Esta sí fue el consuelo de Sofía.

Aún nos duraba la risa cuando nos bajamos del carro, en la puerta misma del Vaticano, donde hacían la guardia los soldados del papa. Tienen un vestido muy bonito, ideado por Miguel Ángel, pero que hoy parece exótico. Nos entraron por varios patios y galerías hasta llegar a donde se estaban reuniendo los visitantes. Allí los separaban: los hombres en unos salones y las mujeres en otros. Una camarera examinaba a cada una de las señoras, para darles el pase. A mí me prendió bien en el cuello la mantilla, porque le pareció que tenía demasiado escote. A Sofía le dio varios tirones para alargarle la falda; con esto nos volvió la risa. A Claudino lo enrolaron en un grupo de peregrinos irlandeses, que eran ciento sesenta. A nosotros nos llevaron a un salón donde había varias hermanas de la Caridad y otras monjas y señoras. Entre todas las mujeres, estaba metido un señor muy galán él, de “smoking” y todo, que estaba con la señora, muy galana también; pero se sentían “raros”, porque se miraban y se sonreían. Los

salones eran seis, completamente llenos. La espera fue larga. Luego supimos que era debido a una embajada que tuvo que recibir Su Santidad, antes de salir a las audiencias. Nosotros estábamos cargados de cuadritos, medallones, cruces, rosarios, etc. que queríamos fueran benditos por el pontífice, para llevarles a nuestros allegados y amigos.

Al fin de dos horas de espera, fueron apareciendo en la puerta del salón los cardenales que precedían la entrada del Santo Padre. Fue el momento emocionante. Entró. Estaba Pío XI<sup>87</sup> vestido con su túnica blanca, su solideo y su cruz. Todos nos arrodillamos; tomó hacia la derecha, y a cada uno le daba a besar el anillo y lo bendecía. Al llegar a mi me incliné para besarle la mano, pero me turbé tanto, que no acertaba; dos lágrimas involuntarias me rodaron por la cara, y las tuve que enjugar aprisa para no mojarle la mano. El me bendijo. Luego le presenté mis medallas y rosarios para que me los bendijera. Cuando terminó con el último se dirigió al centro del círculo que formábamos. La blanca figura levantó la mano y nos bendijo de nuevo, diciéndonos unos latines que yo no entendí. Pasé a la sala siguiente y luego a la última, donde estaba Claudino. Lo tuvimos que esperar largo rato, hasta que salió de los últimos. Muy encantado porque el Santo Padre, luego de darle la bendición, le había regalado una medalla; también le tocó la plática que les hizo a los peregrinos, de la cual sacó mucho fruto, pues fue en italiano.

Yo salí encantada de esta visita que nunca olvidaré. Sofía muy triste porque no se había fijado bien cómo eran las medias que el Papa tenía puestas.

Al salir de la audiencia entramos en el almacén donde habíamos comprado las mantillas, para comprar figuritas de mármol, que eran lindas. Yo escogí buen número para traerles; pero la tal Sofía, al mandarnos las compras del almacén, me hizo devolver más de la mitad, porque no cabían en las maletas. El Coliseo, las columnas del Templo de Saturno, las del de Castor y las del de Venus, me las hizo devolver la muy egoísta, porque dizque eran pesadas.

En Roma venden hermosas estatuas de mármol, y nos moríamos de deseo de comprar, pues nos parecían muy baratas. El Viejo nos hacía las cuentas y nos probaba lo caras que nos resultarían. Aquí se quedaba la tal Sofía con la gana de botar más plata; ya en París se había comprado el almacén entero de La Primavera y los del Hotel Ville.

---

<sup>87</sup> Pío XI fue Papa desde 1922 hasta 1939.

Al día siguiente estuvimos visitando el Corso Umberto I, donde hay viejos palacios y muchos almacenes. De repente nos encontramos con los Morenos y juntos seguimos el curioso.

Subimos una tarde al Gianicolo. En el camino nos mostró el guía unos árboles y nos dijo que allí había existido la casa donde vivió Torcuato Tasso. Yo deseaba saber cuál era el sitio de la campiña donde existió la casa de Horacio el poeta; pero el guía nada sabía de estas cosas. Recordamos el episodio del Libertador en el Monte Sacro.<sup>88</sup> El guía ignoraba esto: ni siquiera sabía quién había sido Bolívar. Nos sentamos largo rato en las gradas del monumento de Garibaldi, que dicho sea de paso, es muy bonito. Estuvimos contemplando el panorama de la ciudad. Allí nos dimos a interrogar al guía para que nos indicara con precisión cuáles eran las siete famosas colinas. Poco nos enseñó; más fue lo que nosotros pudimos colegir viendo el paisaje, y por los edificios más altos que se destacaban. El Viejo y yo habíamos leído recientemente *Roma*, por Severo Catalina, que, de haberlo llevado, hubiera sido nuestra mejor guía; pero cuya lectura nos sirvió mucho.

No me quedé con el deseo de conocer algo muy importante que deseaba ver, y fue el lugar donde martirizaron a San Pedro. Hice que el guía nos llevara. Cerca a una iglesia nos mostraron una rotonda o capillita, donde fue sacrificado el Apóstol, cabeza abajo. Nos dieron como reliquia una papeletica de tierra sagrada, del hoyo donde estuvo clavada la cruz.

Bajamos a las catacumbas de San Calixto. El guía un fraile muy simpático, que conocía mucha gente de Colombia. Nos preguntó por algunas personas de Medellín. Nos dio a cada uno una mechita para alumbrarnos. Estos socavones son tristes, angostos y húmedos. Se comprende que los primeros cristianos abrían estos sepulcros de prisa y a escondidas. Vimos el lugar donde estuvo enterrada Santa Cecilia, cuyo cuerpo hallaron intacto cuando la desenterraron. Una figura de mármol representa a la santa. También vimos el tosco altar que tiene columnas en la estrecha capilla donde oficiaban los sacerdotes. Tal vez allí estuvo San Pedro. A la salida dimos limosna al fraile que nos recibió tan cariñoso.

---

<sup>88</sup> Juramento pronunciado por Bolívar el 15 de agosto de 1805, en el que reafirma su deseo de luchar por la independencia de las naciones americanas. Ese mismo año, Bolívar hizo un largo viaje por Europa. Antes de visitar el Monte Sacro había asistido en Milán a la coronación de Napoleón.

El paseo a conocer los puertos de Ostia Nueva y el antiguo de Ostia lo hicimos en compañía de una familia uruguaya, compuesta de un matrimonio y su hija, conocidos de Sofía, quienes habían estado en París en el Hotel Florida. Salimos por la carretera recientemente construida que fue la que vimos como un camino de luces el día de nuestra llegada. Es la única buena y bonita, asfaltada y con farolas, que conocimos en Roma.

Ostia es ya una gran población, con ser tan reciente. Tiene parque, casas de recreo muy bonitas y elegantes, balneario muy cómodo, y el puerto que debe ser magnífico. El Premier Mussolini había puesto todo su interés para embellecerla y acrecentarla, y tiene allí una hermosa residencia.

Al regreso tomamos por la Via Apia, tan interesante; veíamos las murallas antiguas, con sus grandes puertas; restos de los sepulcros, que existían a lado y lado de la vía; y allá, más lejos, trozos del acueducto, que semejan pórticos en ruinas. El carro tuvimos que dejarlo para tomar a pie por un camino empedrado a trechos con piedras grandes y disparejas; es la vía que conduce a Ostia vieja, donde murió Santa Mónica.

La señora uruguaya no pudo seguir porque le acometió una fuerte jaqueca. Caminamos hasta encontrar las tumbas del camino y los primeros edificios de la abandonada ciudad. Por doquiera blanquean trozos de mármol, columnas, capiteles con adornos bellísimos, se ven esparcidos por todas partes. Estos, sin duda, restos de templos o de sepulcros. Yo hubiera querido ir hasta el fin de la larga calle, donde creía se debían agrupar los edificios, para mirar la playa, que las aguas del mar habían formado con sus arenas, y de la cual se habían luego alejado; y también para saber dónde había vivido la santa. Pero la distancia es mucha y estábamos cansados. Así, regresamos pesarosos al punto de partida, donde encontramos muy mal a la señora, que nos aguardaba impaciente. Tan mal estaba la pobre, que al moverse el carro, la acometieron las bascas, y aquello fue el Vesubio. La pobre señora sufrió lo indecible, porque la “erupción” le alcanzó al Viejo, quien también se apenó. Así acabó esta interesante excursión, como terminan muchas cosas en la vida.

Yo recordé que nos faltaba por conocer la iglesia del *¿Quo Vadis?* las Termas de Caracalla y la Tumba de Cecilia Metela. Para esta última excursión invitamos a los Morenos. Francisco Luis estaba desganado, por estar hastiado, decía él, de ver vejezes. No obstante, accedí, y nos fuimos todos en dos autos. Al llegar a la tumba nos bajamos y nos entramos a curiosear todo. Le celebré al pariente lo que dijo al mirarla un rato detenidamente: “Estos romanos sí eran unos locos;

vean: dízque hacer una cosa tan grande para enterrar una vieja”. Y mucha razón que tenía. Por las vistas sabrán que la “cosa” tan grande tiene la forma de una torre almenada; hay un edificio adyacente que fue museo, hoy en ruinas: debajo de la torre está la cámara sepulcral. Desde ese punto se extiende la vista por la campiña, que es triste. Fuimos luego a la iglesia ya dicha, que estaba cerrada; lo mismo las termas, de las cuales no pudimos ver más que los altísimos muros, pues era ya casi de noche, y el encargado de mostrarlas había cerrado el cerco de entrada.

El paseo estuvo muy animado: se charló mucho. Mercedes decía que se iba a especializar en la descripción de la Tumba, y que prohibía fuera alguno a hablar de eso. Claudino le decía que se acordara del “apio” para que le sirviera de guía. Los Morenos decían que era la vez que más contentos habían estado en todo el viaje.

Sofía se aburría en Roma. No íbamos a los teatros ni a diversión ninguna. Así, los halagos eran pocos para ella, que aunque admiraba las antigüedades, no les podía encontrar tanto encanto como nosotros. Nos rogó que rebajáramos dos días del tiempo convenido con la Agencia. Se le avisó al guía y nos aprestamos para salir.



## XVI

---

Salimos de Roma con dirección a Nápoles el 4 de octubre, y fuimos a hospedarnos al Hotel Regina.

Para llegar al hotel anduvo el carro muchas, pero muchísimas cuabras; atravesamos la ciudad de un extremo a otro. No sé decir por dónde, porque poco vimos andando de prisa en un taxi casi cerrado. El hotel, pequeño y bonito; “una monada”, como nos decía de él la señora uruguaya; queda al extremo de una calle fea que termina en un barranco, a la cual tenían vistas nuestras habitaciones; por la parte de atrás se ve el jardín, pero nada del mar ni del Vesubio, del que oíamos el sordo tronar.

Como la llegada fue temprano, salimos a ver si los veíamos. A pocas cuabras dimos con un parque muy grande que llega hasta la orilla del mar. Desde allí pudimos admirar el coloso, que levanta su penacho, variable de color según el sol: a esa hora, violeta; en la mañana, gris; y en la noche rojo.

De Nápoles lo más bello, sin duda, es su golfo encantado que ha dado motivo de inspiración a los poetas de todos los tiempos, así como el Vesubio, tan hermoso y sugestivo en su terrible majestad.

A las ocho de la mañana del día siguiente se presentó el guía para conducirnos a Pompeya y hacer la ascensión del Vesubio. El tren anda por entre campos sembrados de viñedos, que estaban entonces en su apogeo, pues era la época de la vendimia; los perales daban también su cosecha, que se apresuraban a recoger en carros y grandes cestas. Esto, que nunca había visto, me llamó mucho la atención.



Es larga la distancia a Pompeya. Al llegar cerca hay un hotel para los turistas, donde nos bajamos. Las ruinas no se ven todavía, pero sí el camino que a ellas conduce. Las alambradas que circunvalan la ciudad muerta tienen su entrada por allí. Hay un empleado especial que vende los tiquetes y conduce hasta la puerta a los visitantes, teniendo cuidado de cerrarla en seguida, para que nadie entre sin pagar. Tomamos por un camino detrás del hotel; luego de pasar un arroyo con puente rústico, se camina por un disparejo empedrado que aún no es calle.

A poco se encuentran las primeras casas, o lo que fueron casas, pues sólo existen de ellas los cimientos y parte de los muros. Este barrio, llamado de la abundancia, era habitado por gentes negociantes que tenían allí sus tiendas, casas de hospedaje, panaderías, venta de bebidas etc. Algunas de ellas tienen mostradores de mármol o ladrillo, con huecos circulares a modo de fogones, donde metían las vasijas. Había varias de ellas: cántaros y ollas de barro, con asas de formas raras. Las calles son estrechas, empedradas con anchas lajas; las aceras angostas, más altas que la calle; en las esquinas se ven grandes piedras gastadas por el uso, para pasar de una acera a otra. No me supongo cómo podrían andar carros por allí.

Llegamos, al fin, al Arco de Nerón. Es una gran puerta de piedra o de mármol ennegrecido, bien conservado, con sus dos casetas donde encontraron las momias de uno o de los dos heroicos centinelas. Nos encontrábamos en el Foro Civil. En rededor sólo veíamos los restos de los magníficos templos y demás edificios. Pero, ¡qué imponentes! La Basílica debió ser el mayor, a juzgar por el enorme basamento de numerosas y gruesas tronchadas, de los templos de Júpiter, Apolo, La Fortuna, Venus e Isis, existe algún pórtico, trozos de muros, y varias columnas en pie. Al templo de Júpiter, que era el más hermoso de todos, se asciende por una escalinata de mármol que tiene dos entradas. No sabré pintar las emociones que se experimentan en aquel recinto; es tristeza mezclada con admiración y hasta con miedo. Aquella soledad, aquel silencio de cementerio, las pisadas que repercuten por las calles desiertas, las palabras que suenan a hueco, quizá por la misma sugestión, y todo lo que la imaginación le pone por su cuenta, no es para dicho sino para sentido.

En los que fueron soberbios templos de los Dioses, hoy se les rinde culto al Silencio, a la Soledad y al Olvido.

Nos trepamos por un muro derruido, para abarcar mejor desde lo alto. Veíamos el Foro Civil en toda su extensión, la Calle de Italia que atraviesa toda la ciudad, y la calle y puerta de Herculano. El guía, que era un joven inteligente, nos iba explicando lo referente a los edificios con sus nombres. Desde allí nos señaló por dónde iba el alambrado que encierra el área de la ciudad. Luego nos llevó a conocer las casas que pertenecieron a las gentes más ricas. Hay algunas en buen estado, que conservan sus estatuas y pinturas, y tienen los techos reconstruidos, con sus canoas y gárgolas, tal como estaban antes de hundirlos la erupción. La llamada Casa de los Amorcillos está íntegramente restaurada, con su bello jardín y alumbrada con lámparas. Fuera de las reconstruidas hay otras muy bellas, como la Casa del Fauno, llamada así, porque tiene una fuente en el patio principal, con un fauno que arroja el agua. La llamada Casa del Poeta Trágico tiene el patio pavimentado de mosaicos muy bellos, fuente y un comedor con hermosas columnas de mármol. La casa de Cornelio Rufo tiene un comedor, y la fuente del patio debió ser muy hermosa, por las estatuas mutiladas que aún existen.

Las casas son parecidas en su disposición a las antioqueñas; zaguán, vestíbulo, patio principal, salas, corredores, comedor al frente, dormitorios separados unos de otros, con salidas a los corredores. Dormían en lechos de piedra o de ladrillo, que aún existen, y donde tendían las pieles. En el segundo patio están los baños, cocinas, habitaciones de la servidumbre y demás dependencias. Los baños son de cemento y piedra, levantados del suelo como cajones; otros eran calentados por medio de fogones u hornillas adosados a ellos por la parte de atrás. La pared es doble; queda en el medio un estrecho espacio donde debía concentrarse el calor; es algo así como los termos. El agua era conducida por tubería de metal, semejante a los que aquí se acostumbran. Los baños llamados termas del Foro tienen en las paredes y en las bóvedas bellas pinturas. Las casas tienen también pinturas en los muros, más recargadas en los comedores. Algunas bonitas. Por lo general son a brocha gorda. Los asuntos son tomados de la mitología, así como los perros y otros animales, generalmente muy mal pintados. La Casa del Vetti, que es de las reconstruidas con su patio, jardín y fuentes, tienen en el comedor delicadas pinturas con asuntos de la vendimia. Allí compramos algunos cuadritos a un pintor que estaba delante de su caballete, copiando de la pared una serie de amorcillos encaramados en escaleras, cogiendo racimos y otros tirando carritos cargados por ciervos. Esta faja le da vueltas a todo el comedor y sus colores están como si fueran frescos.

Hay momias petrificadas; en un zaguán vimos cinco; sin duda eran los sirvientes de la casa que serían los últimos en huir. La lluvia de ceniza candente y de lodo de la erupción duró seis días consecutivos; de manera que los amos se adelantarían a buscar la salvación, dejando a sus esclavos recogiendo lo más valioso. Nos decía el guía que por las momias encontradas, y por el cálculo que hacían de lo que faltaba por descubrir, los muertos no llegaban a dos mil.

El Teatro Trágico, donde daban representaciones al aire libre, está limpio y bien conservado. Tiene escalinatas y asientos circulares de mármol. Éste sería un escenario muy adecuado para las representaciones de las tragedias antiguas, que están en boga hoy. Existen, además, el Anfiteatro, mejor conservado aún, y el Teatro Cómico, que tiene algunas estatuas en la gradería.

Estuvimos curioseando la casa donde sacaron la película *Los últimos días de Pompeya*. Se ve el patio por una reja de hierro; es la entrada principal, que estaba cerrada. Dimos la vuelta, por una calleja estrecha llegamos a la “puerta falsa”; recorrimos la casa hasta el último rincón, y luego me demoré curioseando como de costumbre las pinturas del comedor. Allí está todo el Olimpo. El señor se había salido con el guía a ver otras cosas que no muestran a las señoras. Sofía terminó y se fue por la calleja, sin que me diera cuenta; yo seguí mirando y mirando. De tanto mirar vi que me había quedado sola, y sentí cierto recelo, pero me sobrepuse. De repente me acometió el pánico, y las empecé en alcance de Sofía, que ya iba lejos; entonces fue carrera abierta, tropezando en aquellos empedrados desiguales; pero yo nada sentía, porque como dicen, “el miedo pone alas a los pies”. Me acordaba de los muertos petrificados y gritaba. “¡Sofía! ¡Sofía!”. Y cuando el eco repetía, más aumentaba mi pánico. Me parecía que tropezaba con las sombras. ¡No he visto nada más estúpido que el miedo! Nos sentamos en la esquina de una de las solitarias calles donde no se oía más ruido que el del viento, a esperar y a mirar unas pinturas y letreros, especie de aviso, que pretendimos descifrar. Debían ser de alguna botica, porque está pintado el caduceo médico muy imperfectamente. Observamos la limpieza de las calles, que parecían barridas. Los escombros y la ceniza los amontonan lejos. El Viejo se estuvo su buen rato en cada una de las casas “para hombres solos”, de donde saldría muy edificado con las “maravillas” que contempló.

Cerca del Arco de Nerón hay un museo. Colocadas en vitrinas tenían algunas momias que parecían de cal. Curioseamos otros objetos; utensilios de uso doméstico, raras vasijas, copas, pebeteros, etc. bonitos y artísticos. Estaban para la venta, pero no me provocó comprar, porque eran sólo imitaciones que

no tenían para mí mayor mérito. Allí, como en todas partes donde venden curiosidades, estaban los venteros de acuerdo con el guía, a quien halagaban con propinas, para explotar a los turistas, que gustan de comprar estos objetos para enriquecer sus colecciones y como recuerdo de sus viajes.

Aquí recordé lo que me había contado en París el amigo y pariente Félix, y que yo tanto celebré. Viajaba con su nietecita, niña de rara inteligencia; él, muy aficionado a las antigüedades, compraba cuadros y lo que le llamaba la atención. La niña le dice un día: “¡Papacito! ¿Por qué no compramos unas tijeras viejas, bien grandes y decimos en Medellín que con esas fue que le cortaron el pelo a Sansón?” Con tijeras de esas creo yo que nos cortan la cresta, para sacarnos la plata, a tantos noveleros como vamos por allá.

A la salida de Pompeya nos demoramos en el restaurante u hotel, para almorzar. Había orquesta, compuesta esta vez de instrumentos de cuerda, que no había oído desde Nueva York. La formaban un guitarrista, y otro que tocaba la vihuela. Cantaron en español “¡Oh, Mary! ¡Si mi canto de amor es por ti!...”. Con ser tan “traquiado” y cantado por voces poco afinadas, me supo a gloria. Esto era exótico que lo hicieran para nosotros, pues sabía que éramos suramericanos; y sin duda quiso halagarnos, por aquello de la propina; porque, ¡ah, vicio!...

Al regreso nos detuvimos en un pueblo para tomar el funicular que arranca de allí para subir al Vesubio. Este pueblo y los vecinos han sido varias veces destruidos por las erupciones; pero estas gentes, tenaces como las hormigas, vuelven a construir sus casas allí mismo donde han sido ahogadas.

El desarrollo de la ferrovía es muy semejante al del acueducto que trae aquí el agua de Piedras Blancas para la planta eléctrica. Cerca a la estación tiene una pendiente fuerte, pero no exagerada; la siguiente más fuerte aún; por último, la que se empina como una pared. Hay tres estaciones para el cambio de carros. El primero que se toma es parecido a un carro de tranvía; el segundo tiene ya forma de escalera, y el último es una escala verdadera; los peldaños son los asientos. Tienen pasamanos adelante para sostén, y el centro queda libre para subir a los puestos más altos. Al principio produce vértigo ver como aquello se va encumbrando, y si se mira hacia abajo se percibe que a cada minuto se profundiza más. Esta impresión pasa y puede uno admirar el maravilloso paisaje que se va desarrollando, así como la exuberante vegetación de viñedos, sembrados a orillas de la vía, que llegan casi hasta la cumbre; los racimos provocadores están al alcance de la mano, y las florecillas y yerbas que nacen debajo de los árboles que sirven de apoyo a las viñas, son de lo más bello. Esta vegetación es sólo en

las fajas por donde se ha derramado la ceniza de las erupciones, que pasados años es el mejor abono; pero las fajas por donde ha corrido la lava son como arroyos petrificados, negros como el hollín, y donde jamás vuelve a nacer una planta.

Al llegar a la cumbre hay una última, pequeña estación. Anteriormente estaba cerca del cráter, pero en la erupción que hubo en 1906 se voló, pues ésta le arrancó a la cúspide cien metros; por esto la construyeron más abajo. De allí se sigue a pie, subiendo por un sendero estrechísimo, que apenas se determina entre las arenas amarillas. Un guía va llevando de la mano a los excursionistas más nerviosos; pero uno no sabe cómo se apoyan en ese terreno resbaladizo donde cada piedra que se desprende se precipita al abismo dando tumbos en los salientes de las rocas. Yo no miraba hacia abajo, y hubiera cerrado los ojos a ser posible. Al llegar al cráter hay un estrecho espacio defendido por una alambrada donde se sitúan los excursionistas. Había un cerro de piedras, verdes, amarillas, rojas, azulosas, que había arrojado el volcán, las cuales habían sido recogidas por los guías para venderlas a los curiosos.

Sofía pretendió bajarse con unos americanos hasta la boca misma del cráter, pero yo me opuse. Aquella olla profunda que despide humo y gases sulfurosos por todas sus grietas, y ese hueco que arroja fuego y pedruscos entre horribles truenos, son pavorosos. La bajada por ese suelo resbaladizo y candente, cogidos de cuerdas que los guías tienden y que van amarradas a estacones de hierro, es arriesgadísima. Sofía, convencida al fin del peligro, se subió, con Claudino y otros turistas, costeano el cráter, para ver la grieta por donde el volcán vaciaba la lava hacia la parte de atrás.

Me quedé sola; tendí el abrigo sobre las piedras y me senté. La impresión es verdaderamente de ensueño, que emboba. La vista es única. Se abarca el golfo con todas sus poblaciones e islas. Sorrento, Castelamari, Capri, con sus grutas misteriosas. La ciudad, casi a los pies, dormida, confiada, arrullada por los murmullos de su mar azul y custodiada por el gigante, que hoy vela, y mañana quizá le dé el abrazo fatal. No se comprende, mirando desde allí la meseta o colina donde blanquean las ruinas de Pompeya, cómo la lluvia de ceniza, de lodo hirviente y de pedruscos pudo llegar tan lejos hasta ahogarla. Eso debió ser un cataclismo espantoso.

Me despertó de este sueño la presencia de nuevos turistas que acababan de llegar en el tren; eran dos matrimonios jóvenes y un sacerdote. Hablaban español. Se pusieron a mirar extasiados, silenciosos, y luego tomaron vistas de sus

personas, en distintas posiciones; unas veces con el cráter por fondo, otras hacia el golfo. Luego resolvieron jugar a empujarse hacia el abismo; se me crisparon los nervios; cerré los ojos, hasta que viendo que el juego se prolongaba, les llamé la atención con súplicas, haciéndoles ver el peligro, que parecían no comprender, y me atendieron corteses. Sofía bajó cogida del brazo de una señora joven y simpática, que se topó por allá, bajada del cielo. Ya no quería tener lidias con la vieja “perezosa” que le había tocado en suerte como compañera.

Esperamos hasta que subieron los turistas que habían bajado hasta la olla; la ascensión fue tan difícil como la bajada. Inútil les fue esta peligrosa aventura; nada vieron cegados por el humo, los gases sulfurosos y el calor. Los compañeros eran treinta y cinco o cuarenta. Hay obligación de juntarse para la bajada, pues esto es por turno riguroso. Entre los turistas había dos que tenían gruesos bastones con anillos de sello, que los cubrían casi hasta la punta; era el recuerdo de las ciudades visitadas, en cada una de las cuales les iban colocando el anillo con el nombre correspondiente. Las señoras acostumbran comprar cucharillas y graciosos ternos de café, como hacían Barbarita y Sofía; yo me contentaba con almacenar en mi memoria lo que iba viendo y conociendo para luego barajarlo a mi gusto. En la próxima estación, mientras preparaban el carro, nos pusimos a examinar y a curiosear un museo de piedras: trozos de lava, negros como carbón; arenas que tenían depositadas en frascos de vidrio, bien separadas las fajas de colores de las distintas erupciones; en fin: todo lo que el volcán arrojaba lo tenían allí almacenado para negocio. Les compramos algunas muestras. Nuestro guía, que no había hecho la ascensión, nos esperaba en la estación terminal para llevarnos a un pueblo llamado Torre del Greco, donde queríamos visitar una fábrica de peines de Carey y de collares de coral.

Los edificios del pueblo principian cerca a la vía férrea, y luego se extienden hacia abajo buscando el mar.

Este pueblo es lugar de veraneo de gentes ricas de Nápoles, que tienen allí sus residencias; pero no vi una sola como las casas de campo de Medellín, que son más bellas y más confortables.

Nos tocó el entierro de un sujeto perteneciente a las principales familias del pueblo. Era muy curioso: los sacerdotes vestidos con casullas rojas; igualmente los acólitos que llevaban los ciriales. Una larga fila de asistentes seguía el cadáver; iban vestidos como sayones, rojos también los sayales y las puntiagudas capuchas. La caja mortuoria la llevaban cubierta con un paño, también rojo, con muchos flecos y cordones dorados, los cuales llevaban cogidos, formando como toldo.

Esto nos llamó mucha la atención, y no nos alejamos hasta que hubo pasado esta curiosa procesión.

La chiquillería mugrienta pulula por las calles; tanto, que le preguntamos al guía si era hora de salir de la escuela, siendo tan tarde. A lo cual nos contestó que no: que era que en ese pueblo eran muy fecundas las mujeres; que las estadísticas daban seis hijos por cada matrimonio. Por lo que parece, allá también hay quebrada de “La Ayurá”.

Estábamos fatigados por la larga excursión. El guía nos llevó a una especie de mesón a tomar café; pero no fuimos capaces de tocarlo, estragados por la mugre que habíamos visto en las calles y en la gente, lo mismo que en la vajilla en que lo sirvieron; pues abunda más aquel artículo que las arenas del mar.

En la fábrica no pudimos comprar más que unas peinillas de carey, muy caras por cierto, pues por los collares, aunque bonitos, le pidieron a Sofía un exceso. Ella, viéndoles el abuso, no les quiso comprar nada.

Regresamos de noche, cansados de este largo paseo de tan distintas impresiones. Por lo mismo no dormí en toda la noche.

Al día siguiente fuimos a misa a una iglesia cuyo nombre no recuerdo. Ni durante la misa ni en la elevación hubo recogimiento: la gente entraba y salía; las mujeres con la cabeza descubierta, o tocadas con un pañizuelo que les cubría la corona. Pasada la misa nos llevaron a conocer las reliquias que allí tenían; las redomas con la sangre de San Genaro; una urna con huesos del mismo santo, y algo más que no recuerdo.

Al mediodía fuimos al comercio. La calle llamada Corso Humberto es bonita y tiene palacios antiguos; se ve mucho movimiento; es la más concurrida y hay muchos almacenes de lujo. Fuimos también a un museo donde había curiosidades antiguas de Pompeya y de Herculano; ruinas éstas últimas que no conocimos por ser difícil la entrada. Hay un pueblo edificado encima, y la entrada a las excavaciones es hacia la parte del mar.

A la tarde entramos a un teatro de cine; luego tomamos un carro, y el guía nos llevó a dar un paseo por toda la orilla del golfo. Este paseo es el mejor y más bello de Nápoles. Hacia la izquierda se tiene el golfo con sus rompeolas y sus barcas, y hacia tierra hay casas muy bonitas y mucho arbolado. Fuimos hasta una punta lejana donde termina el golfo y principian los escollos. Desde allí se ve muy bello el Vesubio y los pueblos que quedan a sus pies. Entiendo que esto es lo que llaman Pausilipo. Regresamos por otro camino lejos del mar.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

Salimos de Nápoles el 7 de octubre, otra vez hacia Roma, donde llegamos a las doce. Las maletas las llevaron el *buffet* de la estación para tenerlas listas para seguir a Florencia y para almorzar allí; pues debíamos tomar el tren a las tres de la tarde de ese mismo día.

Como el hotel donde habíamos estado antes era cerca de la estación, fuimos allí para recoger las maletas, que no habíamos llevado a Nápoles. La sorpresa fue muy agradable cuando supimos que nuestros compañeros y amigos Pedro y Barbarita estaban allí, llegados la víspera. Estuvimos conversando con ellos largamente, y contándonos lo que habíamos conocido; fue muy lamentado por ambas partes el tener que separarnos de nuevo. Nos despedimos hasta París, donde debíamos encontrarnos.

\*





## XVII

---

Después de Roma, era Florencia la ciudad de Italia que más deseaba conocer, por ser la cuna del Renacimiento, y cuna también de Dante, Petrarca, Miguel Ángel, y otros genios que la inmortalizaron, y por ser escuela adonde los pintores van a perfeccionarse.

Llenos de curiosidad nos aventuramos sin cicerone la primera vez, y guiados por la torre del Campanil, que se eleva sobre los otros edificios, desembocamos en la plaza de la Catedral. Allí está el famoso Bautisterio. Es una cúpula o rotonda independiente del templo lo mismo que la torre de Campanil, pero no tan alta.

La puerta del Bautisterio, aquella que Miguel Ángel llamó “Puerta del Paraíso”, lo parece, en verdad. No se sabe qué admirar más en ella; si las primorosas tallas y cinceladuras o la armonía en su misma disparidad. En los tableros de bronce están grabados a cincel cuadros del Antiguo Testamento. También las talladuras del marco de la puerta: las flores, frutas, pájaros, son todas diferentes, pero forman un conjunto armonioso y bello. Con razón emplearon media vida los artistas que la ejecutaron. En el mismo Bautisterio está la Magdalena penitente, escultura que tanta fama tiene.

La Catedral, de estilo gótico, tiene un hermoso frontis con estatuas entre las columnas. Su imponente cúpula recuerda por su altura la de San Pedro en Roma. Es muy severo su decorado interior. Los altares, cuadros e imágenes, son obra de los artistas del Renacimiento. Hay un grupo en mármol de la Virgen de las Angustias, semejante al de *La Piedad* de la Iglesia Vaticana, también de Miguel Ángel, y aún más hermoso. Detrás de la cruz están José de Arimatea y

José de Nicodemus; una de estas figuras es la propia del genial escultor, que quiso inmortalizarse con su obra. No es permitido el adorno de palmas ni de flores, como en los otros templos. Solamente se ven brillar las luces en las capillas y en las penumbrosas naves. El último ventanal de la derecha, que parece iluminarla, es sólo una ilusión; no tiene vano. La pintura de los vidrios es la que produce esa luz, verdaderamente artificial. Es que los florentinos han sido magos de la paleta y del cincel.

En una iglesia vimos los monumentos donde guardan las cenizas de Dante, Galileo, Petrarca, Canova, y otros que no recuerdo. Siendo muy bellos los sarcófagos me parecieron mezquinos para guardar esas preciosas reliquias.

¡En la Plaza de la Señoría sí hay cosas que admirar! El antiguo palacio de este nombre o Palacio Vecchio, que levanta su altísima y única torre a un costado de la Plaza, es muy sugestivo por su historia. En otro costado está La Loggia, que tiene un gran pórtico de columnas, con estatuas las más bellas; allí está el grupo que representa el rapto de las sabinas, y otros más. Quise saber el punto de la plaza donde fue quemado Savonarola;<sup>89</sup> el guía me indicó una fuente levantada allí. El Palacio de la Señoría es hoy un museo. Nos mostraron la Sala del Consejo de los Senadores de la antigua República. Los restantes salones y las galerías están llenos de mármoles y bronce de los grandes maestros. Entre las estatuas recuerdo el *Mercurio* de Juan de Bolonia, en bronce. No es de tamaño natural, pero bellísimo sobre toda ponderación. Hay un grupo, nada bonito por cierto, de un rival de Buonarotti: figura un gigante derribando a otro; le tiene puesto el pie sobre la espalda; el escultor quiso representar a Miguel Ángel humillado por él mismo. Este grupo representa mejor La Envidia que lo que él pretendía simbolizar. Es como si una hormiga quisiera derribar a un león.

Por la parte de atrás del palacio hay comunicación con la capilla o mausoleo que los Médicis hicieron construir para guardar el Santo Sepulcro si lograban rescatarlo. Es muy bello. Allí están las estatuas de Lorenzo y Julián de Médicis, talladas por Miguel Ángel. En sus tres palacios, documentos de piedra, y en sus valiosos cuadros de los renacentistas, dispersos por los museos, está consignada

---

<sup>89</sup> Girolamo Savonarola fue un religioso dominico de mediados del siglo xv. Predicó en contra de los excesos del gobierno de los Médici (familia gobernante de Florencia) y de la Iglesia, que para entonces estaba bajo el papado de Alejandro XI. Fue excomulgado y luego condenado a la hoguera por el tribunal de la Inquisición.

la historia de los Médicis, aquella familia de papas y gobernantes que marcó la era más gloriosa para el arte y el progreso de la República Florentina.

No lejos de la Plaza de la Señoría hay otra donde está la estatua de Dante. Al frente se encuentran las galerías de pintura que quisimos visitar. La hora no fue bien escogida. Ya los pintores habían salido. Sólo vimos sus caballetes y los cuadros que estaban copiando. A otra hora nos hubiéramos encontrado con los maestros Pedro Nel Gómez y Eladio Vélez,<sup>90</sup> nuestros compatriotas, que estaban allá en ese entonces, lo que nosotros ignorábamos. De haberlo sabido los hubiéramos buscado. Estos notables pintores también habían ido a beber en la Fuente del Arte.

En un paseo por la parte alta de la ciudad hay un parque llamado de Miguel Ángel, por estar erigido allí su monumento, emplazado en el sitio donde vivió el grande hombre. Es muy hermoso; tiene su *David* como figura central, y en la cuádruple gradería hay sendas figuras alegóricas. Desde aquella altura se domina la ciudad señorial, la verde y dilatada campiña, y el curso del Arno, el río de Virgilio.

Quisimos saber dónde vivió Dante; el guía nos indicó su casa y el punto donde vio a Beatriz por primera vez. Tanto de la casa como de éste, quizá fantástico encuentro, tienen las vistas.

Repito que los florentinos son magos de la paleta y del cincel; basta conocer las fábricas de mosaicos en mármol. Lo mismo que en Roma, los trabajan a las mil maravillas, pero de distinta manera. Toman una plancha de mármol negro o muy oscuro; graban el dibujo; luego con una sierrita fina lo perforan y van siguiendo el contorno hasta dejar el hueco. Hasta allí parece fácil el procedimiento. Lo difícil es llenar este vacío con partículas de mármol que reproduzcan el dibujo, y pegar y matizar aquello con sus desvanecidos y sus colores correspondientes. Una florecilla pequeña, por ejemplo, lleva por lo menos seis partículas de mármol de distintos colores; y luego la precisión que se necesita para unir una piecicita con otra, sin que se note el empate ni se salga del molde. Viéndole al trasluz es como mejor se aprecia este delicado trabajo. De esta manera decoran toda clase de muebles. Las mesas son especialmente bellas, y tienen complicadísimos dibujos. Los paisajes son tan perfectos que parecen pintados.

---

<sup>90</sup> Pedro Nel Gómez (pintor y escultor antioqueño, 1899-1984) y Eladio Vélez (pintor antioqueño, 1897-1967) fundaron la Escuela de Acuarelistas Antioqueños. Coincidieron en Italia en La Academia Nacional.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

El Hotel Baglioni, donde estuvimos, que fue lo primero en llamarme la atención por su elegante arquitectura, está pintado íntegramente. El estuco de los artesonados es muy bonito. Cuánto dieran los ricos de Medellín, que tienen suntuosas residencias y no omiten gasto por embellecerlas, por tener salones decorados como los dormitorios de este hotel. Cerca había una floristería; nunca habíamos visto una variedad de crisantemos y dalias más grandes y hermosos. Eran como girasoles. Siempre que pasábamos por allí nos demorábamos delante de las vitrinas para verlos; y no sabíamos qué admirar más: si las flores, o el arte con que estaban expuestas.

En los días que estuvimos en Florencia no nos acordamos de teatros ni de cines; las impresiones de arte nos absorbieron todo el tiempo, y aún perdura el recuerdo.

Al fin nos despedimos de la encantada ciudad del arte y de las flores, para seguir hacia Venecia.

\*



## XVIII

---

La llegada a Venecia fue en una tarde apacible de otoño. El tren avanza hacia el mar por un muelle o calzada al extremo del cual está la estación. Se balanceaban amarradas las góndolas de todos los hoteles, que los empleados iban voceando, y muchísimas más, que aguardaban la llegada del tren.

El gondolero de nuestro hotel recogió el equipaje y luego nos dio la mano para colocarnos en los asientos movedizos. Tuvimos que atravesar largas calles o canales. El sol poniente proyectaba las sombras alargadas y fantásticas de los edificios en la superficie ondulante. El gondolero a la vuelta de cada encrucijada lanzaba un grito prolongado: “¡Ahaaaa!” para llamar la atención de los que navegaban en dirección contraria. Los muros de piedra de los edificios tienen una lista verde y lamosa al nivel del agua y delante de cada uno está la góndola propia atada a un pilote. Estas góndolas han sido comparadas a ataúdes. Lo son por la pintura, pero no por la forma.

Cuando pisamos la escalinata del Hotel Regina, a orillas del Gran Canal, ya era de noche. Lo primero que sorprende es el silencio; no se oye ese ruido peculiar de todos los centros populosos; sólo se escucha el golpear de los remos y el chapoteo de las góndolas.

Sofía estaba silenciosa; descontenta. Comió poco y con el ceño arrugado. El hotel le disgustó y le pareció fea Venecia. Yo le decía que no se anticipara; que aguardara hasta el día siguiente para que diera el voto. Era que estaba sugestionada por algunos de los compañeros de París, que le habían informado que Venecia era triste y aburridora.

Esa noche fuimos arrullados por el constante chapoteo de las góndolas, y despertados luego por una serenata que llevaron delante de nuestras ventanas.

Yo me incorporé a oír el canto; eran varias voces de hombre y de mujer, muy dulce, acompañadas de piano, de violín y de otros instrumentos. No pude resistir a la curiosidad; me asomé por una de las ventanas. En el centro de la góndola estaba el piano; los músicos eran cinco, entre ellos una mujer. Muy romántico resultaba aquello. Luego que terminaron abrimos del todo la ventana para darles la propina. Lo mismo hicieron los que ocupaban las piezas más altas. Los músicos venecianos se informan de cuándo llegan extranjeros a los hoteles para “obsequiarlos”.

No volví a conciliar el sueño sino al amanecer. El Viejo me despertó y me hizo levantar porque se hacía tarde para el desayuno, pues eran las nueve.

Al bajar al comedor le pregunté a Sofía si había amanecido tan displicente como la víspera. Me dijo que sí porque le parecía perezoso eso de tener que salir siempre en góndola. Yo la consolé a mi modo sin confesarle que yo estaba impresionada por el mismo motivo. Al salir del comedor vi que varios de los hombres se ponían los sombreros y salían por un patio interior. Esto me llamó la atención, y me fui en seguimiento del último. Mi sorpresa fue grande cuando lo vi salir por una puerta excusada a un callejón, que debía desembocar a alguna calle, como lo era en efecto. Corrí a darle la nueva a Sofía, quien se alegró mucho. Al propio momento nos fuimos. Llegamos a una calle ancha donde había muchos almacenes, algunos de ropas y los más de artículos de lujo, cristalerías preciosas, estatuas y otros objetos. Los collares pendían en sarta por las puertas y vitrinas. No tardamos en desembocar a la Plaza de San Marcos. ¡Qué sorpresa! Los pórticos en galería, que enmarcan la plaza, nos parecieron los del paraíso; lo mismo la Catedral con sus cinco cúpulas y sus briosos caballos de bronce con las patas levantadas, cansados quizá de sus largos viajes, pues es sabido que la famosa cuadriga estuvo en Constantinopla y en otras partes; y hasta Napoleón la hizo también galopar. Salimos a la Piazzetta, delante del Palacio Ducal, que tan hermoso me pareció. Nos entretuvimos contemplando este magnífico edificio, que parece, por su arquitectura, de estilo arábigo. En la Plaza de San Marcos gozamos mucho viendo la invasión de palomas, que nos perseguían en solicitud del grano; son muchísimas; pero al más leve ruido se levantan espantadas. Tienen sus nidos en las cúpulas del templo y en lo alto de los edificios. El Campanil, parte también de la Catedral, como el de Florencia, es de reciente construcción, porque el antiguo se había derrumbado. Subimos hasta lo último de la altísima torre, por un ascensor, pero tuvimos que descender pronto porque el viento soplaba allí muy fuerte. No obstante nos dimos perfecta

cuenta de todas las islas edificadas, los canales, y el puerto con sus numerosas embarcaciones.

Cuando regresamos al hotel encontramos a nuestro cicerone, que había ido a buscarnos. Este señor era de lo más cargante que ustedes se pueden suponer. Sofía desde el primer día le cogió tanta aversión como a la carne de cordero. Algo le hizo. Quizá la pellizcó, porque le huía y le hacía el gesto feroz.

Nos llevó primero a San Marcos. La Basílica corresponde en su interior a la magnificencia del exterior; luego a conocer el Palacio de los Dux, que ya habíamos admirado por fuera. El patio es grandísimo; lo mismo la escalera de mármol de anchos peldaños que arranca al frente de la entrada; nos dijo también que por ella había rodado la cabeza de Marino Faliero, ejecutado por traidor a la República. Yo me apartaba instintivamente horrorizada, creyendo pisar las charcas de sangre. Nos condujo en seguida al Salón de los Retratos, llamado así por encontrarse en él los grandes cuadros de todos los dux. Sólo hay un lugar desocupado: el correspondiente a Marino Faliero. En su lugar hay un cuadro negro. El cicerone se enfrascó en un largo discurso, referente a esto, que se sabía de memoria. Yo cansada, sin atenderle a su pedantesca exposición, me puse a conversar con una señora bogotana que se encontraba allí con su marido; pero más me valiera haber callado. ¡Qué furia de señor! Me reprendió con agrias y destempladas voces, porque dizque le hice perder el hilo de su discurso. Nos dio risa del regaño y me puse formal a oírlo. Explicaba luego cómo una figura alegórica pintada en el techo miraba hacia cualquier punto donde uno se ubicara. Aquí otra larga explicación; tan larga, que por poco vuelvo a incurrir en la misma falta.

La Sala del Consejo es muy interesante. Los asientos de los senadores eran anchos sillones muy tallados, y en un extremo se levanta el estrado. Adosada a una pared de la sala vimos la cabeza monstruosa de un animal, por cuyas abiertas fauces eran arrojadas las denuncias y acusaciones ante los inquisidores de la celosa República.

Bajamos a los calabozos llamados “Los Pozos” y “Los Plomos”. ¡Qué horror! Son unos agujeros negros y profundos debajo del edificio, al nivel de las aguas, que pasan rozándolo. Al reo le hacían subir una estrecha y oscura escalera y lo obligaban a pasar por el Puente de los Suspiros, para ejecutarlo en las prisiones de enfrente. Por las ventanillas del puente, que es cubierto, miraba la luz por última vez. Nos mostraron el tétrico lugar de las ejecuciones, donde hay un caño por donde, según nos dijeron, corría la sangre del decapitado. También vimos

la puerta por donde arrojaban el cadáver envuelto en un saco, y la colección de largas y mohosas espadas que servían al verdugo.

Todo esto me iba pareciendo cosa de pesadilla, y deseaba que saliéramos pronto para ver de disipar esta fuerte impresión.

La salida siguiente fue en góndola. Fuimos a pasear por el Gran Canal y por las otras calles líquidas y malolientes, lo que me ocasionó otro regaño del intransigente guía, porque llevaba el pañuelo a la nariz, lo que a él le parecía una preocupación irreverente, cuando Venecia olía tan bien; cuando los niños eran tan sanos y robustos, y las mujeres tan bonitas. En esto último no se engañaba; las italianas son por lo general muy bellas, aunque tienen las manos y los pies demasiado grandes.

Pero volvamos a los canales. Se comprende que no pueden ser rectos, ni mucho menos. Se navega por ellos lentamente para no tropezar en cada revuelta. La góndola se detiene frente a cada edificio para el cicerone dar el nombre y explicar lo referente a cada uno. Estos inaccesibles y antiguos palacios, que parecen deshabitados, y los silenciosos canales y encrucijadas, me recordaron las historias de amores desgraciados y trágicos y los terroríficos dramas de puñal y venganza, relatados por novelistas y narradores. Nada más sugerente que estos históricos lugares para tejer una leyenda.

El cicerone nos dijo que nos iba a llevar a un lugar retirado de allí, adonde no llevaba a los turistas; pero a nosotros, a quienes gustaban las antigüedades de mérito, y sabíamos apreciarles, sí nos iba a llevar. Con este “lambetazo”<sup>91</sup> y lo que luego nos mostró, le perdoné el regaño y se me hizo hasta simpático y discreto. Pasamos frente a la isleta donde está el cementerio. Los muertos duermen solitarios arrullados por las ondas, y son llevados en góndola para ser enterrados, lo que me pareció poético. Desembarcamos frente a una plazoleta, hacia tierra firme; lugar habitado únicamente por gente de la plebe. Allí se encuentra una capilla derruida y abandonada; al entrar vimos los altares desmantelados y polvorientos; las paredes, cubiertas de una tela de fondo blanco amarilloso, floreada de ramajes verdes en varios tonos. El púlpito, cubierto de la misma tela, recogida artísticamente en un gran nudo; el fleco que guarnecía los bordes eran de gusanillos, verde y blanco. No nos explicábamos cómo aquella tela se había conservado sin desgarrarse, cubierta de polvo y telarañas. El cicerone nos

---

<sup>91</sup> Adulación o dádiva interesada.



instó para que nos acercáramos a tocarla. Cuál sería nuestra sorpresa al ver que la tela es mármol blanco con incrustaciones de mármol verde, que imitaba a perfección los ramajes. No nos cansábamos de admirar este bellissimo trabajo, en cuya ejecución gastaron los artífices muchos años. Muy raro nos pareció que dejaran olvidada una obra de tanto mérito.

Fuimos después a un almacén donde vendían únicamente collares de vidrio, fabricados allí mismo. Es muy curioso el procedimiento, es por medio de sopletes. Al salir el vidrio fundido por el estrecho tubo un obrero muy hábil iba cortando con tijeras el lingote en trocitos, que amasaba en bolitas con mucha rapidez, para evitar que se enfriaran. En seguida las pinchaba con la aguja para perforarlas, y con un punzón les iba grabando dibujos y estrías. Quedan hechas las cuentas en distintas formas: cuadradas, alargadas y redondas. Después de estar frías las separaba para ensartarlas. Les compramos algunos collares para pagarles la gentileza con que nos atendieron.

En seguida entramos a otro almacén donde vendían objetos de cristal. Por los techos pendían las lámparas en todos los estilos, desde las arañas para iglesias hasta las lamparitas de una sola bujía. Las mesas y estantes brillaban con la cristalería en todos los colores. Estos cristales venecianos son los más apreciados por su finura y nitidez. También las porcelanas son muy delicadas y bellas; las decoran primorosamente, y algunas con retratos de los grandes pintores italianos. Les compramos una docena de estos platos. Sentimos no haber podido ir a Murano para conocer las grandes fábricas, que son muy curiosas, pero era lejos, y el tiempo se angustiaba.

También fuimos a un taller donde bordaban mantones. Los bastidores armados con telas de diversos colores ocupaban casi todos los salones. Eran algo más de ciento las obreras. Muchachas bonitas, con las manos muy cuidadas, condición indispensable para no enredar la seda; estaban unas inclinadas sobre los bastidores bordando; otras, poniéndoles fleco a los mantones. Había dos ocupadas en pintar los clisés y estamparlos sobre las telas. Por todas partes se veían los madejones de seda, que sabían matizar con tanto gusto. Terminaban un mantón negro de complicado dibujo para enviarlo a la Exposición de Barcelona. Dos obreras de las más hábiles lo bordaban, y otra le hacía el fleco en enrejada seda. Se comprendía el afán con que lo trabajaban. Yo, curioseando, les dije a estas abnegadas muchachas que me parecían muy hermosos los mantones, pero que lo eran más las bordadoras. Este piropo en español, lo entendieron. Muy sonreídas, me dieron las gracias. Por el guía nos informamos del jornal

que ganaban estas obreras; ¡increíble! Cuarenta centavos de nuestra moneda. Al fin de muchas medidas en los maniqués vivos, que manejaban el mantón con mucho garbo, les compramos ocho. Cinco para las hijas y nietas, y Sofía tres para ella, Olga y Elena.

No conocimos más templo que San Marcos ni fuimos a los teatros. Estuvimos, sí, en varios museos, donde hay preciosidades que no nombro, por no cansarlos hablándoles de más antiguallas.

Estas andanzas por fábricas y almacenes las hacíamos a pie, por las calles que tienen en el interior los islotes, y que son las comerciales. Están comunicadas con las de otros islotes por puentes sobre los canales. Allí no se conoce carro ni vehículo de ninguna clase. Los materiales de construcción, bultos de mercancías y demás, son movilizados en barquichuelos de carga que atracan en todas partes.

Como ya estábamos orientados, despedimos al cicerone, y continuamos solos nuestros paseos. Volvimos a San Marcos, a la Piazzetta, y por allí tomamos por el costado izquierdo del Palacio Ducal, único que tiene aceras a orillas del Gran Canal. Pasamos varios puentes en arco, para dar cabida a las góndolas. Cruzando aquí y embarcando allá, llegamos a una isla donde hay un parque con muchos árboles, jardines, y varios restaurantes. Era sin duda el Lido, paseo favorito de los venecianos. Como la distancia hasta el hotel era larga, regresamos en una barca-tranvía, que hacía el recorrido del Gran Canal, por ser la arteria principal, deteniéndose en cada confluencia, donde hay estación, venta de tiquetes y lugar de espera.

El 12 de octubre, día clásico para nosotros los americanos, salimos de Venecia. Admirábamos desde el tren los cultivos de viñedos y perales, que son muy fértiles en Lombardía. El vino y las frutas son excelentes. No tasan aquellos como en algunos hoteles de Francia; los colocan en canastas sobre las mesas de los comedores, a discreción de los comensales. Los italianos acostumbran mucho los espaguetis.

Aquello es un chorro no interrumpido que va del plato a la boca. Fastidia a la vista, más no tanto como lo que acostumbran los franceses, a pesar de toda su “politesse”, y que consiste en relamer con una rebanada de pan los restos de salsa que han quedado en el fondo de los platos.

Hasta aquí mis impresiones de Venecia.



## XIX

---

A las nueve de la noche llegamos a Milán, al Hotel Fauring. Las piezas daban frente a un parque que era jardín de aclimatación. Lo comprendimos, porque en la noche nos despertaron los aullidos de las fieras que tenían enjauladas. También los zancudos nos molestaron como en Barcelona.

En la mañana nos fuimos a pasear y a conocer la Catedral, llamada El Duomo, que es lo mejor y más notable de Milán. Nada le iguala en belleza. Sorprende verdaderamente por lo rara y por la multitud de estatuas de santos que la coronan. Este templo es considerado como una joya de la arquitectura. Su construcción fue obra de muchísimos años. El interior es igualmente magnífico y suntuoso. Fue sin duda la que me pareció más bella de todas las catedrales que conocí, inclusive la de San Pedro en Roma. Allí están las vistas para que juzguen.

El antiguo convento, que es otra joya histórica, donde Leonardo de Vinci pintó en el muro del refectorio su famoso cuadro de *La Cena*, lo visitamos con preferencia. Aunque algo borrosas las figuras se destacan bellas. La de Jesús es verdaderamente divina. Pedro es especialmente hermoso; lo mismo San Juan. Qué lástima que el tiempo implacable destruya este cuadro, que parece imposible conservar por ser húmedo el muro. La capilla del convento también tiene muchas pinturas antiguas. Esa capilla, aunque arruinada, me inspiró mucho respeto y veneración. Según la historia allí fue donde San Agustín se convirtió, oyendo las predicaciones de San Ambrosio.

El cementerio de Milán es otra maravilla; más aún que el de Génova. Este tendrá monumentos de más mérito artístico, que uno no sabe apreciar; pero a

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

la vista es aquel más bello. Los monumentos no están en galería sino esparcidos en todo el recinto y separados por cuadros de flores y de césped.

En una plazoleta donde hay una capilla se ve una fuente; es un tazón donde beben varias palomas, que un franciscano acaricia. Sin duda representa un pasaje de la vida de San Francisco de Asís.

Quisimos conocer el Teatro de la Scala, considerado como la meta del arte y al cual van a consagrarse los artistas del mundo; pero estaba cerrado. Nos tocó *Bohemia*, muy bella por cierto, en otro teatro.

El 14 de octubre dimos adiós a Milán, que tanto me había encantado para seguir a Suiza.

\*



## XX

---

El paso por el Lago Mayor, tan hermoso, bordeado de villas y palacetes que se retratan en las aguas, fue como un sueño que duró lo que una cinta de cine. Más adelante, sin transición, una oscuridad, como si la noche se hubiera echado encima. Era que el tren había entrado al Túnel del Simplón. Resoplaba y despedía humo, que se prendía de la nariz. Esta ascensión dura veinticinco minutos. Cuando el tren sale de su agujero, la luz es ofuscadora. Estábamos en Suiza. El tren se desliza sobre la altísima cordillera. El Ródano corre encajonado entre dos. Por lo que teníamos al frente, pasa una carretera. Los pueblecitos van apareciendo, allá en lo hondo, a la orilla del río. Se oye la esquila de las vacas que pastan por los flancos, así como el toque de las campanas de las iglesias, que se destacan sobre las techumbres. El tren va descendiendo suavemente hasta llegar a la orilla del Ródano. Allí hay una estación donde se demora, no recuerdo si para visar pasaportes y registrar equipajes. Encontramos en la estación varios sacerdotes que hablaban español. Venían de un lugar cercano donde hay un establecimiento de baños. Por lo que hablaban, se comprendía que eran turistas.

El tren llega al Lago Lemán. Sin apartarse de él se mete entre arboledas hasta llegar a Lausana. Esta ciudad es como Génova, edificada en escalones. Principia a la orilla del lago y se trepa a la altura. El lago es muy hermoso. Tiene a sus orillas preciosos castillos. Entre ellos el de Chillón, de tantas historias, donde estuvo Lord Byron. La parte alta de la ciudad es la más poblada. Allí se encuentra la Catedral de culto protestante; la iglesita de San Francisco, atravesada en la calle y cubierta de yedra; la Universidad, el Tribunal Federal y la Sinagoga. Las calles transversales están unidas por escalas. Las otras son muy

pendientes. En lo más alto hay un parque llamado de Guillermo Tell, donde está el monumento al héroe legendario. Un restaurante, también en lo alto, y en el cual estuvimos, tiene un mirador rústico. El panorama contemplado desde allí es precioso: la ciudad, el lago con sus barcos; al otro lado de éste los Alpes de Saboya y el Monte Blanco con su corona de nieve. Se desciende hasta el lago por una carretera escondida entre el bosque.

El Hotel Maurice, donde estábamos hospedados, era bonito y bien servido. Por la parte de atrás se ve el lago y el puertecito con sus pequeñas embarcaciones. Hay a la orilla un paseo por donde salimos a caminar para calentarnos. Claudino y Sofia se iban lejos; yo me quedaba sentada en una banca o sobre los escalones de piedra. Me entretenía mirando las barquitas y los cisnes, tan bellos, que nadaban mansos y se acercaba como en busca de comida. Recordé mucho a Eduardo, cuando estuvo allá, pues su diversión favorita era remar en el lago. Hubiera deseado saber dónde había vivido. Siempre la madre con el corazón y la mente puestos en los hijos.

Una noche que regresábamos al hotel salieron a saludarnos un señor y una señora, a quienes habíamos visto en el comedor. Era un matrimonio bogotano que temperaba allí con sus niños. Nos dieron recado de dos jóvenes antioqueños que habían ido en solicitud nuestra, y a quienes ellos habían recibido. El señor era cuñado del Dr. Concha. Pensaba luego de reponerse, seguir a Roma para quedarse allá. Ya no recuerdo sus nombres. La señora nos dijo que había tenido curiosidad de saber los nuestros, por haber comprendido que éramos colombianos, y que por la lista del hotel se había impuesto. Esa noche estuvimos de tertulia hasta tarde. Hablamos mucho de Colombia y de su pabellón en la Exposición de Sevilla. Nos leyeron la revista de la inauguración. A poco tiempo de su llegada a Roma murió el Dr. Concha.

Las excursiones en Lausana las habíamos hecho sin el guía, por no haberlo necesitado; pero para la excursión a Ginebra sí lo ocupamos. Era, por cierto, un señor culto, inteligente e ilustrado. No echaba discursos aprendidos de memoria, como otros que nos habían tocado. Salimos de Lausana en un barquito pequeño que hacía escala en todos los pueblos de la orilla. De manera que pudimos verlos, así como los castillos, que son varios, y la isletica, tan bella, de Salagnon. El almuerzo lo tomamos en el barco, amenizado por la conversación del guía, que nos contaba cosas referentes a la época de Calvino.

Al desembarcar frente a Ginebra, ya no en el lago, sino en el Ródano, lo primero que se ve es el gran puente llamado del Mont Blanc y la isleta donde

está el monumento a Rousseau. El monumento de bronce representa al filósofo con un libro abierto sobre las rodillas. Está emplazado en el mismo sitio que ocupaba su casa. Del viejo jardín subsisten algunos árboles.

Lo primero que nos llevó el guía a conocer fue el edificio donde se reúne el Consejo de la Liga de las Naciones. Hay a la entrada un monumento alegórico al Trabajo. La Sala del Consejo es muy espaciosa, con sus sillones y su plataforma. Me recordó la Sala del Consejo de los Dux, en Venecia, pero no inspira pavor como aquella; antes bien, sugiere ideas optimistas. Allí nos encontramos con algunos turistas argentinos. Estuvimos conversando con ellos un rato. Pero... ¡qué léxico aquél! ¡Qué ínfulas se daban! Parecían ellas, sobre todo, presidentas o cosa tal de la Junta Suprema de la Liga. Los empleados, muy atentos, nos mostraron las oficinas, los jardines y el edificio todo.

En una iglesia protestante el guía nos indicó una silla, casi al centro del templo, cuidadosamente encerrada por una baranda, donde se sentaba Calvino a dar sus conferencias. Nos llevó al Parque de la Reforma, bonito por cierto. En un extenso muro están esculpidas en alto relieve las figuras de los obispos y de otros personajes que intervinieron en la Reforma. Varios templos conocimos, protestantes todos, que a mí me parecían vacíos y nada me inspiraban. Entre ellos, un templo ortodoxo, ruso, muy bello. Tiene como cinco torres rematadas en cruz y alumbradas por focos eléctricos.

El guía, con el fervor del creyente, ponía ardor y entusiasmo a sus explicaciones. Yo, católica romana, veía y oía todo con curiosidad, pero sin interés ni emoción. Lamentaba interiormente que Suiza, siendo un país tan hermoso y civilizado, que me era tan simpático por recordarme mis montañas antioqueñas, fuese cuna del protestantismo.

Recorrimos los almacenes de comercio. Tuve necesidad de comprar un "sweater" de lana para ponerme debajo del abrigo, porque el frío me tenía amilanada. Compramos también dos relojes: Sofía uno muy fino, para llevarle de regalo a cierto primo que estaba en Nueva York, a quien ella no quería, ni tenía nada que ver con él. Yo compré otro para llevarle a Eduardo.

En la tarde dimos un paseo en auto por los alrededores de la ciudad, que son muy pintorescos, parecidos a los de Lausana. Por último anduvimos a pie para ir a conocer la planta para purificar el agua tomada del Ródano, que surte la ciudad. Por medio de tambores o cilindros de metal pasan el agua de unos a otros hasta darla filtrada. Nada entendí de esto. El Viejo sí curioseó y se informó

mucho. Volvimos a Ginebra con tiempo apenas de tomar el tren para Lausana, adonde regresamos ya de noche.

El frío se hacía sentir con intensidad. Al fin del otoño es quizá más fuerte que en el mismo invierno; sin duda por esto Claudino se acatarró. Tuvo que recluirse en el hotel dos días. Yo me atemorice pensando que si allí el frío era tan fuerte, cómo sería en Alemania, que es de los países más fríos. Viendo que no mejoraba, les manifesté que no debíamos continuar el viaje, porque no resistiría el frío, y que debíamos regresar a París. Me parecía lo más prudente, pues arriesgaba una pulmonía. El Viejo, aunque testarudo, aprobó; Sofía estuvo contrariada con aquello, pero cedió a la razón, aunque deseaba mucho el viaje a Alemania. Yo le decía que de París, cuando Claudino mejorara, podíamos hacer el viaje a Bélgica, viaje que yo deseaba más que todos, por estar en Bruselas la familia de Justiniano Macía, amigos que yo estimaba mucho. Avisamos al agente de la Compañía en Lausana que no continuaríamos el viaje; que nos arreglara el regreso a París. Al momento nos llevó los pasajes para el rápido del día siguiente. Con esto tuvimos que pagar el recargo correspondiente a la modificación de nuestro itinerario.

El empleado de la agencia estuvo temprano con el carro, para llevarnos a la estación. Este viaje fue muy largo, pues no llegamos a París sino por la noche. Muy bonito el trayecto por entre cultivos, y viendo varias ciudades a lado y lado de la vía. Pensaba yo todo lo atrasados que estamos en materia de agricultura, viendo estas zonas inmensas de cultivos, que se extienden cuadras y cuadras, mostrando su verde en todos los tonos. Allí no se pierde una cuadra de terreno. Hasta en las orillas de la vía férrea hay viñas y flores. Los bosques son bellos, descuajados y limpios. Cada árbol está numerado y defendido de los insectos por una capa de pintura blanca.





## XXI

---

¡Qué bella parece la Ciudad Luz cuando se la compara con otras! Al verla de nuevo se comprueba que ninguna le iguala en belleza. Volvimos al Hotel Florida, donde habíamos dejado los baúles y el resto de nuestro equipaje. Nos encontramos de nuevo con los amigos, menos con los Jaramillos, quienes no regresaron sino ocho días después.

Muy alarmados los encontramos con las noticias que les llegaban de la crisis.<sup>92</sup> La mayor parte de ellos preparaban sus pasajes para regresar a Colombia. El Viejo mío, tan tranquilo, con esa “cachaza” que se gasta siempre, no se alarmó ni dijo nada. Recibimos cartas de los hijos en que nos daban muy buenas noticias; todos “gozaban de cabal salud”. Tomás, contento; Elena, más conforme con su tristeza;<sup>93</sup> Eduardo, estudiando, como siempre; Gabriel<sup>94</sup> había cogido un juicio de lo más bonito; las relaciones con “Pepe Sierra”,<sup>95</sup> que tanto lo perjudicaban,

---

<sup>92</sup> “Los primeros años de la gran depresión estuvieron dominados en Colombia por el colapso del mercado del café y por la brusca interrupción de los flujos de capital”. El colapso de la bolsa de valores de Nueva York, en 1929, significó para el país la interrupción del flujo de capitales extranjeros, los cuales eran una importante fuente de recursos de los que se valía el Gobierno Nacional para la inversión y financiación de obras públicas y demás. (Ocampo, 1987).

<sup>93</sup> El esposo de Elena, hija de Isabel y Claudino, Eduardo Isaza Moreno, había muerto dos años antes. A raíz de este suceso, Elena regresó con sus dos hijos Eduardo y Nena (Elenita) a la casa de sus padres.

<sup>94</sup> Gabriel Arango Carrasquilla, hijo de Isabel y Claudino.

<sup>95</sup> “Pepe Sierra”, José María Sierra Sierra (1848-1921), campesino antioqueño de origen humilde que logró hacerse a una gran fortuna gracias al éxito de sus negocios. Fue un importante prestamista del Estado y de los gobiernos regionales, razón por la cual obtuvo el monopolio económico sobre algunos productos.

las había dejado por completo.<sup>96</sup> Estas noticias, especialmente la última, me tranquilizaron y me llenaron de gusto.

Los paseos por París y sus alrededores continuaron, con más entusiasmo, si cabe. Tuvimos un guía intérprete, que ni soñado: la señorita Ivonne Mejía, sobrina de Ester, que estudiaba en un colegio de París y tenía asuetos algunos días. Esta niña, además de muy bella, es inteligente, ilustrada y culta. Nos llevó de nuevo al Louvre. Nos enseñó uno por uno los cuadros de más mérito, lo mismo que otras curiosidades, dándonos explicaciones de todo. Estuvimos en la Santa Capilla, templo de los más antiguos: data del tiempo de San Luis, Rey de Francia. Volvimos a la Catedral y al Museo Grevin, donde están representados en cera los personajes más notables: el Papa, Mussolini, Alfonso XIII, los presidentes últimos de Francia, muchos pasajes de la historia antigua y la moderna, desde el nacimiento de Cristo hasta su pasión; escenas sangrientas del Circo romano, Colón con los indios, el asesinato de Marat por Carlota Corday, los Reyes Católicos, recepciones en la Malmaison, la muerte de Napoleón, el hambre en Rusia, las bailarinas y cantantes, en fin, todo lo más notable que pueda llamar la atención. Estas representaciones son muy exactas; las figuras son perfectas, y engañan al que no está prevenido.

Los Inválidos, el palacio donde está la tumba de Napoleón, también lo visitamos. En un gran cofre de forma rara están guardados los restos del gran hombre. Es en una rotonda iluminada por ventanas de cristales, que dan mucha luz. Desde el barandaje se mira hacia abajo, donde está el cofre, colocado sobre un pedestal circular, que tiene grabados los nombres de las batallas: Marengo, Austerlitz, Las Pirámides etc. Hay muchas banderas: son los trofeos de sus victorias. No sé qué se siente en ese lugar; si pesar por su fin o admiración por el héroe, al reflexionar en lo percedero de la gloria y grandeza humana. Compramos vistas y algunos objetos, como recuerdo, para regalarles a los amigos y aficionados a estas cosas.

Al Panteón fuimos Claudino y yo solos, porque Sofía ya lo había visitado. Fue en una mañana muy fría. Casi no podemos bajar del auto, porque la lluvia nos azotaba. Así, calados, entramos al templo. Está consagrado a Santa Catalina. Los muros tienen pinturas de episodios de su vida. El monumento donde guardan sus cenizas vive muy alumbrado. Temíamos que el frío y la humedad

---

<sup>96</sup> Pepe Sierra murió en 1921, así que no se entiende este comentario. Es posible que se trate de otra persona a quien se la llamara así por tener algún parecido con el Pepe Sierra famoso.

fueran fuertes en las criptas, y hasta nocivos; pero el sacristán nos dijo que no temiéramos; al contrario, en el invierno no se sentía frío, aunque no había calefacción. Así, bajamos por una escalera que arranca a la derecha del altar mayor y que tiene rejas a la calle. Las criptas son varias. Allí están enterrados los personajes notables que le han dado gloria a Francia. Así lo dice la inscripción del frontis. Nombres gloriosos están esculpidos en las lápidas. Víctor Hugo y Emilio Zola duermen su sueño de gloria en una misma cripta. Las recorrimos todas, pero imposible recordar los nombres. Cuando salimos aún llovía.

En nuestro apartamento del hotel todas las mañanas había comedia. El Viejo se levantaba antes que yo; tocaba el timbre, abría. El camarero se presentaba, y, con una cortesía exagerada, decía:

Camarero: —Monsieur... a vos ordres...

Viejo: —¡Le petit déjeuner!...

Camarero: —Que voulez-vous, monsieur?

Viejo: —Orange jus.... du café au lait.... des oeufs a la coque....

Yo me desmayaba de risa, y hubiera querido que las hijas lo oyeran. A poco entraba Sofía, en kimono, en busca de baño. Se informaba del porqué de mi risa. Había cambio de escena; ya era en español “puro”.

Sofía:—Ah, ¡Viejo “pinchao”! ¿Con que estás “reventando” mucho francés? ¿Por qué nu’hablás delante mí para reírme?

Viejo: —¿Reírte?... ¿Vos que no sabés hablar ni castellano, que parecés una tripa rota? ...

Sofía: —¡Tan vulgar!... Este Viejo.... (empujón).

Estas o parecidas escenas se repetían todas las mañanas. El Viejo y la sobrina se entendían a maravilla, como mala ley que son ambos, y se apandillaban contra mí para regañarme a cada momento y para hacerme “tiradera” por todo.

Aunque los días eran malos no dejábamos por eso de salir; íbamos por los Campos Elíseos, el Bosque de Bolonia o los Bulevares. El paseo preferido era el de Montmartre. Hay en él muchos restaurantes y cabarets, como el Moulin Rouge, tan mentado. Pero “¡Azarosos!” , como decimos, por ser frecuentados por gentes de mal vivir. La calle, habitada por gentes pobres es estrecha y pendiente, hasta terminar frente al templo del Sagrado Corazón. Tiene una vista muy bella sobre París. Una tarde, al subir, tropezamos con un carro parado. Nuestro chofer en lugar de separarse metió el carro, que se atrancó, encaramado en la acera. Aquí de los insultos y de las palabrotas que se gritaban los dos choferes. La calle se llenó de curiosos; la granujería y las gentes brotaban de las casas. Estos insultos,

dichos en francés, se me hacían más terribles. Atemorizada, pretendía bajarme del carro pero Pedro me atajó, diciéndome que no me asustara, que no pasarían de palabras, que todo era pura comedia. Así fue, en efecto; después de decirse hasta “botija verde” y amenazarse de muerte, terminó todo en agua cerraja; fueron pasando tranquilos, dándose campo. No se parecen a los antioqueños, ¿verdad? Estos se hubieran desfondado la cabeza desde las primeras palabras.

En una mañana también fría, nos fuimos el Viejo y yo a conocer La Malmaison. Nos fue difícil la entrada; tuvimos que tomar a pie por una avenida larga, pues está prohibida la entrada de los vehículos a los jardines, y lloviznaba. El palacio tiene dos pisos sin contar las buhardillas. La fachada es sencilla. El vestíbulo tiene columnas y puertas con cristales por donde se ve el comedor; en el centro del vestíbulo hay un grupo de las Tres Gracias. A la derecha de éste está la entrada al despacho de Napoleón, a la biblioteca, salón de recepciones, sala del consejo, dormitorio y sala de billar. En este salón hay un retrato ecuestre del Emperador; en otro hay uno en pie, ambos muy conocidos y reproducidos. En la biblioteca, colocados a la entrada, hay dos bustos en mármol, de Carolina y Paulina Bonaparte. Otro también muy hermoso está en su cámara; el de su madre. En el ala izquierda están las habitaciones de la Emperatriz. El salón de música es el más bello; tiene columnas, y entre ellas hay chimeneas de mármol y pedestales con bustos; el arpa se destacaba en el centro.

La cámara tiene lujosos muebles que llevan su inicial. El lecho es tallado: a la cabecera tiene dos cisnes con las alas abiertas; el pabellón es muy lujoso y con corona de metal de complicado dibujo. En este mismo lecho dicen que murió. En uno de los salones está su retrato de cuerpo entero, en una actitud muy romántica.

El comedor es lo más bello del palacio. Sobre la mesa están colocados ricos y artísticos objetos, y en dos vitrinas guardan la vajilla de oro que le había sido obsequiada al Primer Cónsul. Por la parte de atrás del palacio hay dos obeliscos egipcios. En la parte alta los salones son museos. Expuestos en vitrinas están los vestidos del Emperador y la Emperatriz, el día de su coronación; lo mismo la tienda de campaña, el catre, la mesa, las maletas, y todo lo que llevaba Napoleón a sus campañas. Hay una cámara muy triste; está el Emperador en su lecho de muerte. Es una reproducción en cera; el lecho es el mismo donde murió en Santa Elena; están también los muebles de la pieza, la ropa que usó en sus últimos días, los vasos y vendajes, todo lo que sirvió en su enfermedad.

¡Qué de reflexiones tristes se hacen contemplando este doloroso cuadro después de haber visto tanta magnificencia!

De Malmaison quisimos ir a Fontainebleau; pero el día era lluvioso y el frío muy intenso.

Tuve mucho deseo de asistir a una conferencia en la Sorbona, para lo cual me puse de acuerdo con el Dr. Cardona, que estaba allí entonces; pero también se quedó en planta, lo que yo sentí.

El 11 de noviembre, fecha del armisticio de la última guerra, fue celebrado en París con mucha pompa. Desde la víspera hubo iluminaciones. Las fuentes del Luxemburgo y las de los paseos se parecían a las de la exposición de Barcelona.

El Viejo y yo estuvimos madrugadores y nos fuimos a los bulevares a ver lo que había. La gente se dirigía hacia el Bosque de Bolonia, pues nosotros también. Había una concurrencia extraordinaria; era que había gran desfile del ejército hacia el Arco del Triunfo, donde está el monumento al Soldado Desconocido, para colocar allí coronas. La gente se encaramaba donde podía, para ver mejor. Yo, muy de buenas, me enrolé con un grupo de mirones, y un señor muy atento me ofreció un asiento para que pudiera encaramarme. Ya había principiado el desfile. Todos los cuerpos del ejército llevaban sus banderas enarboladas y marchaban al son de la música militar; otros coreaban *La Marsellesa*. Desfilaron los autos en que iban el Presidente de la República y los ministros. ¡Aquí de los aplausos! El pueblo, entusiasmado, gritaba vivas y palmoteaba.

Carlitos Mejía<sup>97</sup> hubiera señalado las banderas. Él, tan bello, que sabe el nombre de todas las del mundo, con sus colores. Como ya es un hombre grande que aprendió a leer solo, en su cartilla, puede ser maestro de todos sus primitos.

Para la noche de ese día estábamos invitados especialmente por el “maitre d’hotel” todos los residentes allí. El comedor estaba resplandeciente, adornado con muchas flores; los hombres muy bien puestos; las señoras, escotadas y llenas de joyas. El obsequio principal consistía en servir un faisán a cada uno de los invitados. Este es el plato preferido de los gastrónomos elegantes. Yo ya había comido. Por cierto me pareció exquisito; pero ese día, por desgracia, el “maitre”, por halagarnos, resolvió colocar un faisán, sin desplumar, sobre una

---

<sup>97</sup> Carlos Mejía Arango, hijo de María Arango Carrasquilla y de Félix Mejía A. (Pepe Mexia).

bandeja, como si estuviera echado en el nido. Un sirviente lo iba mostrando de mesa en mesa, como para probar la autenticidad del obsequio. Con esto tuve: me sucedió lo que a Sofía con la leche de cabra; se me revolvió el estómago, y en vano quise probar. No fui capaz de tomar ninguno de los otros platos. Por la noche me sentí con hambre, y tuve que pasar a un café que había al otro lado del Bulevar, para tomar una taza.

Esto de las comidas era objeto de muchas discusiones: a unos les gustaba lo que servían en el hotel; a otros no. Así, muchas veces íbamos a otros restaurantes. Había uno donde preparaban bien los pollos. Era el preferido. A mí me chocaba porque hacía mucho calor y era incómodo el local; pero me gustaba porque era punto de reunión de los antioqueños. Podía asegurarse que se encontraban todos allí. Echábamos paliques de sobremesa.

Un domingo se resolvió que fuéramos con Ivonne a almorzar a un restaurante de lujo, y al mediodía iríamos a un teatro que nosotros no conocíamos. Tomamos dos taxis; el uno para Sofía, Ivonne y Pedro; el otro lo ocupábamos Barbarita, Claudino y yo. Ivonne dio las señas a nuestro chofer, que partió el primero. El carro en que ellos iban se retrasó; el chofer nuestro no logró verlo y se despistó. Anduvo cuadas, indagó aquí y allá, preguntó en varios restaurantes. No se acordaba del nombre. Esto era como buscar una aguja en un pajar. Aburridos, regresamos al hotel a pedir huevos y café, pues hacía rato que el almuerzo había sido servido. Barbarita estaba ofuscada y “brava”: “Es mucha ocurrencia que se hayan ido a almorzar tan tranquilos sin aguardarnos. ¡Me da mucha rabia con Pedro! Él qué pensó: ¡Botemos a las viejas para irme con las muchachas!”. Esto lo decía entre burlas y chanzas. Gocé mucho oyéndola. Cuando terminamos el frugal almuerzo aparecieron los tres, risueños y satisfechos, dándonos disculpas y explicaciones. Fingimos mucho enojo. Barbarita y yo, para castigarlos, nos acostamos a dormir la siesta, para dañarles la ida al teatro. Tuvieron que resignarse y se sentaron a charlar. Por la tarde les levantamos el castigo y nos fuimos a pasear al Bosque de Bolonia. Estuvimos en Longchamps y en otros sitios muy bellos.

Las tertulias de noche en El Florida se habían disminuido mucho, pues la mayor parte de las familias antioqueñas había desfilado ya. Estaban únicamente en París la familia de Bedout y la de los Moreno, que partieron pocos días después. Pedro y Barbarita ya pensaban venirse en el primer barco que saliera, y algunas otras pensaban quedarse. Nuestro regreso fue muy discutido. Claudino deseaba ir antes a Alemania, por asuntos de negocios, y sentía no ir al Cairo, lo

que tanto deseaba. Yo quería quedarme en París e ir a Bruselas. El invierno ya estaba encima; por esto era la mayor indecisión, pues aunque teníamos pensado pasarlo en Málaga, el asunto de la crisis aquí nos hacía vacilar. Sofía quería que nos fuéramos para Nueva York. Al fin resolvimos consultarle al médico. Éste dijo que ni a Claudino ni a Pedro les convenía el invierno; mucho menos en Nueva York donde es tan fuerte; que deberían venirse a los trópicos cuanto antes. Esta fue una contrariedad, especialmente para Sofía, que no se resignaba. Hubo que hacerle reflexiones para que cediera, y el doctor Cardona hasta le pidió excusas por haber sido el consejero. Se le avisó a Próspero, a quien ya se la había escrito que íbamos a Nueva York.

Se tomaron los pasajes en el vapor *Guadalupe*, de la marina francesa, el único grande que salía en ese mes; los mejores ya habían partido.

Los últimos días, que yo consideré perdidos, los empleamos en visitar fábricas, talleres de modas y almacenes, para comprar lo que queríamos traer y hacernos los vestidos para las hijas y también los encargos. Repetidas fueron las visitas a las modisterías, para la prueba de los trajes y sombreros. Yo me aburría mucho con esto tan cansón. Es empresa difícil y costosa comprar en París vestidos hechos sobre medida. Rubén Moreno nos sirvió muy galantemente en esta ocasión. Nos llevó a varias fábricas y almacenes para hacer las compras.

Por la noche hacíamos el Viejo y yo la lista de lo que íbamos a comprar, y de los regalos; los solos regalos eran ciento veinte.

Apuntábamos como quien hace examen de conciencia y apunta los pecados. Una cruz se les pasaba a los que se iban consiguiendo. Había que estudiar el gusto del obsequiado para conseguir el regalo. Cuando todo estuvo listo se procedió al empaque, capítulo por demás difícil. Sofía fue la directora y ejecutora de este trabajo, que llevó varios días.

En los últimos días de noviembre fue la salida. Sofía y yo fuimos a confesarnos la víspera, por la mañana, y luego salimos en carro a dar un paseo por los sitios más bellos de París, para darle la despedida. Sofía estaba muy triste. Yo la consolaba diciéndole que ella podría volver, siendo tan joven; que cuántas señoras de aquí habían hecho repetidos viajes; que yo, en cambio, nunca volvería, pero que esto me tenía sin cuidado. Su tristeza era más por el desengaño de la no venida por Nueva York. Yo lo sentía también por Próspero.



## XXII

---

A las ocho de la noche estuvo en el hotel el empleado de la Agencia Lubin, un joven español de apellido Gómez, muy simpático y atento, que nos quería acompañar a San Nazario, hasta dejarnos a bordo. No había para pasar la noche puestos suficientes en los coches-cama. Claudino y Pedro tuvieron que dormir sentados en sillas. A Barbarita y a Sofía les arreglaron dormida en un apartamento, donde se estaba durante el día, en compañía de un señor Toledo y de sus hijas que venían para Venezuela. A mí me tocó un puesto, que Barbarita había rehusado, en un coche-cama, con un compañero desconocido. Quise acostarme inmediatamente primero que él, y para coger sueño antes que el tren se pusiera en movimiento.

Me fui con esta intención a inspeccionar el apartamento, que estaba contiguo al de ellas. Mi desconsuelo fue grande al ver el compañero que había tocado en suerte. Era un señor antipático y desatento. Vio que luchaba por sacar el catre para extenderlo, pues estaba doblado, con sus colchones y mantas, contra la pared. En vano tiraba de las argollas: no salía. Él muy atento no se tomó la molestia de ayudarme. Ya supondrán que si a mí me desagradó tanto el compañero, a él le debió “saber a cucaracha” la compañera. Después de forcejear en vano por sacar la cama, y no viendo a ningún camarero por allí, me fui al encuentro del señor Toledo, y sin preámbulos, le propuse que cambiásemos camas, que no me había gustado el compañero. Muy risueño me contestó que no tenía inconveniente, pero que yo salía perdiendo en el cambio. Él se pasó con su maleta y me trajo la mía, muy encantado. Barbarita y Sofía también se encantaron, pues supónganse lo penoso para ellas tener que dormir en esa



promiscuidad. Les tocó encaramadas en catres, arriba de los nuestros. El de la señorita Toledo y el mío eran los asientos, que los habían habilitado de camas. Dormimos toda la noche sin molestarnos el movimiento.

A las siete de la mañana estuvimos en San Nazario.

El buque levó anclas a las once de la noche.

El viento era recio; el mar estaba agitado. Yo me acosté por ver si evitaba el mareo, pero fue en vano. La noche la pasé desvelada y oyendo el ruido del oleaje, que a cada momento se sentía más fuerte. Permanecí en cama al día siguiente. Era imposible tenerme en pie. La niebla era espesa y el frío intenso. La lluvia no cesaba sino a momentos, y el rugido del mar era ya espantoso. Las olas se cruzaban por encima del barco mojándolo todo; la sirena sonaba sin descanso, especialmente de noche. Era un continuo lamento, como llanto de niño. La gente que no estaba mareada no podía salir de los salones; las señoras, en la totalidad, estaban reclusas en las cabinas. Este gemir de la sirena era lo que más me entristecía y alarmaba, porque sabía que era la señal para indicarles a los buques que viajan en la misma ruta que no deben acercarse, para evitar choques cuando hay niebla.

Un pasadizo dividía nuestro camarote del de los Jaramillo; quedaban las puertas una al frente de la otra, de manera que el catre en que Barbarita se acostaba lo veía desde el mío. Así podíamos hablarnos, rezar juntas, comunicarnos nuestros miedos. El médico y los camareros que nos atendían nos decían que no había peligro; que el mar era muy fuerte frente a las costas de España y por eso era el oleaje. Pero no nos tranquilizábamos. Los compañeros, o desconocían el peligro, o nos lo ocultaban, pero permanecían serenos. A lo mejor una ola furiosa entraba por la ventanilla del pasillo y lo bañaba, inundando nuestros camarotes. Algunas veces el agua se entraba por las ranuras del tragaluz de nuestro camarote y los catres se mojaban. Tuvieron que cambiar varias veces los colchones y las mantas. En estas condiciones ya supondrán cómo estaríamos de ánimo. Gracias a que no nos dimos buena cuenta del peligro, debido a la serenidad del capitán y de la oficialidad, a la que había reunido para manifestarle que el peligro era inminente y que el buque se hundiría al llegar a las Azores, sin que diera tiempo de arrojar los botes salvavidas; pero que nada de esto se dejase trascender a los pasajeros. Lo supimos más tarde por él mismo, cuando ya el peligro había pasado. El radio para la casa no lo pudimos poner hasta días después, porque los aparatos funcionaban sólo para pedir socorro y ponerse en comunicación con cinco barcos que navegaban en iguales condiciones. Al cabo

de cinco días de sufrir, el mar se calmó y pudimos tranquilizarnos. Por el boletín de noticias que publicaban a bordo, vinimos a saber los desastres ocurridos en las costas de Francia y España: diez buques perdidos, en los cuales pereció mucha parte de la escuadra de guerra francesa, fuera de las barcas pesqueras; un ciclón espantoso había azotado las costas causando mucho mal; por último, había caído una nevada en París, como nunca se había visto. Estas noticias las habían captado nuestros hijos, por el radio de nuestra casa de Aranjuez, lo que los tuvo alarmadísimos.

Cuando la calma se restableció y el sol calentaba, fuimos mejorando del mareo Barbarita y yo. Las demás señoras iban saliendo al puente, al comedor y a los salones, antes desiertos. Se fueron formando grupos e iniciándose las tertulias, que se animaban con la alegría de haber sobrevivido al peligro.

Venían varias familias ricas de Venezuela; otras de la Guayana Francesa, de oscuro color; y varios colombianos, entre ellos la familia del doctor Martínez Martín, bogotanos, compuesta de su señora, su sobrina, y nueve hijos; también el Dr. Eduardo Escobar, de Medellín, un joven caucano, y otro antioqueño, que vivía en el Tolima. Los colombianos formamos grupo; lo mismo los venezolanos; pero alternábamos. Los de la Guayana formaron también su grupo. Todos eran bien educados, ilustrados, ricos, bien vestidos; pero el humilde color los cohibía para tomar parte en las conversaciones y en los juegos. Había entre ellos tres matrimonios que formaban contraste; las señoras, de color oscuro y facciones vulgares, y sus maridos, blancos y rubios; el otro era lo contrario: rubia y blanca, con negro. Las dos señoras mayores eran más mulatas aún, con los tipos más fatales, y cascorvas. Había dos señoritas que vestían a la última moda de París, pero negras también. Sus hermanos, dos jóvenes como de veinticuatro a veintiséis años, elegantísimos. Uno de ellos era compañero de camarote del Dr. Escobar. Se habían hecho amigos. Hablaba seis idiomas y era doctor. Con todo esto, las niñas colombianas y venezolanas rehusaban su trato. En los bailes y en los juegos había la separación instintiva de razas. Una noche se dio un baile de disfraces, y se ofreció premio al mejor. Yo le dije a Sofía: “Esta noche no te escapas de verte en brazos de negro”. Ella se rio y me dijo que vería que no se atrevería a citarla. Se puso su disfraz, muy bonito, que había comprado en París. El Viejo y yo nos retiramos del baile a las diez, más o menos, cuando ya el premio se lo habían adjudicado a una alemana que se presentó vestida de hombre, traje que le venía admirablemente, y que llevaba con soltura y elegancia.

La fiesta estaba en su apogeo. Dejamos a Sofía con Pedro y Barbarita. Aún no me había dormido, cuando se presentó en el camarote para cambiarse de vestido. Yo la interrogué pero se reía y no confesaba. Comprendí al punto lo que le había ocurrido: el doctor negro fue el primero en citarla, y... no se pudo negar. Mucha tiradera le hice. ¡Pobre muchacho! Cuánto hubiera dado por una cara blanca, él, tan sabido y “filipichín”, que vivía tan perfumado. El Dr. Escobar, que es muy maleante, decía que él vivía “apestando” a perfume, porque el compañero “ruciaba” de noche en el camarote por suelo y paredes, y luego se embadurnaba de pomada.

Lo primero que yo hacía por la mañana era ir a ver el mapa, donde a diario colocaban la banderita que señalaba la distancia que el buque había recorrido en las veinticuatro horas. Gozaba cuando veía que se iban acortando la distancias y acercándose al continente.

Al cabo de doce interminables días anunciaron la llegada a Point-a-Pitre, en Guadalupe. Apenas Colón en su primer viaje se alegraría como yo al tocar tierra. Me parecía que había llegado a las costas de la patria, estando aún tan distantes. Allí embarcaron, haciendo rumbo hacia Guayana los súbditos franceses. Al siguiente día llegamos a Fort-de-France, en la Martinica. Antes habíamos visto el Peleó, volcán en erupción, que derramaba su lava hacia el mar. En la Martinica la demora fue larga, porque el barco tuvo que aprovisionarse de carbón, operación ésta muy lenta, pues las grandes pilas tenían que ser transportadas en canastas a la cabeza de negros, hasta vaciarlas por las escotillas. Hombres, mujeres y niños, negros todos, formaban un largo cordón con su carga, como las hormigas. Estuvimos el día sobre cubierta, viendo esta interminable procesión, que al cabo de tanto ir y venir marcó un camino de fango negro. Otros negritos del puerto se botaron al agua desnudos, nadando hacia el buque, para que los viajeros les arrojaran monedas, y zambullirse y sacarlas luego en la boca.

Cuando la lluvia cesó resolvimos bajar a conocer la patria de la emperatriz Josefina. Yo les decía a los compañeras que tenía la intuición de que debía existir allí su estatua o algo referente a ella. Así fue, en efecto. Después de caminar por una larga calle fangosa, llegamos a un parque o manga, fangosa también, sin edificios, en el centro de la cual se levanta la bella figura de mármol. Muy triste se hubiera puesto ella, que fue tan orgullosa, al verse colocada en un lugar tan solitario, en vez de estar cerca al Arco del Triunfo. Encontramos no lejos de allí un bello monumento al Soldado Desconocido.

Antes de llegar a La Guaira vimos el balneario de Macuto, allá entre palmeras. Pronto estuvimos en el puerto. Nos despedimos de los compañeros venezolanos. El joven de Cali se quedó muy triste, porque estaba muy prendado de la señorita Toledo. Sacaron de las bodegas la caja mortuoria con el cadáver de un señor, yerno del cónsul de Venezuela en París, que había muerto en Suiza recientemente. La viuda, muy joven y bonita, había venido muy triste, recluida en su camarote; pocas veces se había dejado ver. Su familia vino a encontrarla. Quisimos ir a conocer a Caracas, pero el barco no se demoraba. Fueron a Macuto mis compañeros; yo no lo hice, porque había que caminar un largo trayecto a pie, y no estaba en condiciones de hacerlo.

Contábamos las horas y minutos. Siempre lo mejor de un viaje es el regreso; la vuelta a la patria después de un largo viaje no hay nada con qué compararla. La alegría que experimentamos al ver el muelle de Puerto Colombia no la puedo pintar. Era una impresión de alegría mezclada con susto. Por un agente de la compañía fluvial supimos que nuestros hijos habían dado orden de separarnos camarotes en el vapor *Cisneros*, que salía próximamente de Barranquilla. Así, no tuvimos sino un día de demora en esa ciudad, el que pasamos muy contentos en casa de nuestros amigos Toño y Gabriela Piedrahíta, quienes gentilmente nos obsequiaron.

Nuestros compañeros de vapor fueron la familia del Dr. Martínez Martín y su sobrina, con quienes nos habíamos encariñado durante la travesía del mar, pues es gente muy culta y de trato afable y familiar.

Al cuarto día por la noche estábamos comiendo, cuando oí voces que me llamaban desde el río. Volé a la baranda, creyendo que sería otra alucinación como la del barco. Cuál sería mi sorpresa al ver las barquitas de gasolina en que iban a encontrarnos todos mis hijos, sin faltarme uno, lo mismo que algunos de mis nietos y sobrinos. Sólo me faltó Tomás, a quien no aguardaba. La dicha fue tanta, que yo creí que soñaba. Los Jaramillo y Peláez, los sobrinos Arango y primas Ceballos también habían ido al encuentro de nuestros compañeros. El capitán, muy atento, hizo parar el buque y los hizo subir a bordo, y continuar en el barco hasta que llegamos a Puerto Berrío una hora después. La noche la pasamos en un continuo reportaje. La llegada a Medellín fue el 16 de diciembre. ¡Qué aguinaldo tan bueno me mandó el Niño Jesús! Traernos sanos y salvos a nuestra casa, y encontrarlos a todos tan bien.

Nos despedimos con tristeza de nuestros queridos compañeros los Jaramillo, con quienes habíamos convivido en tanta armonía durante cuatro meses.

\*

Isabel Carrasquilla

La apertura del equipaje al día siguiente fue una fiesta para todos. Yo gocé mucho al verlos tan encantados con “los traídos”. Cada uno se medía sus vestidos y sus cosas, y se repartían todo lo más que encontraban en los baúles. Tuve que defender los regalos para los amigos y demás parientes, que venían separados.

Se me había prohibido terminantemente, por algunos que yo me sé, que viniera a hablar de viajes y a contar cosas, por ser esto muy anticuado y de mal gusto. Yo, muy obediente, sólo le he contado a todo aquel que ha tenido la paciencia de oírme. Y, para seguir contando después de muerta, lo escribo.

¡Botín colorao! ¡Cuentu’acabao! ¡Cacho quemao! ¡Dispensen lo malo qui’bier’estado!<sup>98</sup>

*Isabel Carrasquilla de Arango*

Medellín, febrero de 1936

---

<sup>98</sup> Con esta fórmula juguetona terminaba sus historias Sofía, apodada “muñeca sucia”, la mujer que se encargaba de planchar en la casa familiar (Restrepo, 2004).

\*





*Anexo: Itinerario*

---

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
Medellín –Puerto Berrío –Barranquilla	9 abril de 1929	5-6 días		Vapor	
Barranquilla			Excursión en carro a Bocas de Ceniza		
Barranquilla -Puerto Colombia					
Puerto Colombia		(5 días aprox.)			
Puerto Colombia –Cartagena				Barco	
Cartagena		1 día	Excursión a conocer la ciudad		La Catedral, Casa de la Inquisición, El Cabrero, La Popa, Castillo San Felipe

\*

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
Cartagena-Colón		2 días		Barco	
Colón-Ciudad de Panamá				Tren	
Panamá					Vieja ciudad, Islas de Amador y Perico
Panamá-La Habana	16 de mayo			Barco	
La Habana		1 día	Excursión a conocer la ciudad		Pueblo de Juana Baracoa, Catedral, fábrica de cerveza
La Habana-Nueva York		7 días		Barco	
Nueva York					Bronx, Estatua de la Libertad, Parque Central, museos, Coney Island, Lynbrook, teatros
Nueva York-Le Havre	“Primeros días de agosto”	6 días	Plymouth	Vapor Francia	
Le Havre-París			Campos de la Bretaña	Tren	
París		20 días			Monumentos clásicos, Epinay, Versalles, museos, Catedral, cementerio, Isla de la Cité, Montmartre

\*



\*

Isabel Carrasquilla

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
París–Lourdes	30 de agosto	16 horas	Tours, Burdeos, Pau y otras.	Tren	
Lourdes		Dos días en Lourdes aprox.			Basilica, castillo
Lourdes–Irún (frontera)–San Sebastián				Tren-tranvía	
San Sebastián		Tres días	Excursión a la ciudad		Teatro, iglesia, circo de toros, palacio real, balneario
San Sebastián–Madrid	4 de septiembre	11 horas		Tren	
Madrid			Excursión en la ciudad. Excursión a Toledo, Escorial		Monumento, Museo del Prado, barrios, iglesias, teatros, circo, palacio real, la Catedral
Madrid–Sevilla	10 de septiembre	12 horas aprox.		Tren	
Sevilla		3 días	Excursión en la ciudad y excursión a las ruinas de Itálica		La Catedral, palacio real, barrios, campo de la exposición

\*

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
Sevilla–Granada	14 de septiembre		Córdoba	Tren	
Granada		1 día aprox.	Excursión a la ciudad y alrededores		Iglesias, barrio gitano, Alhambra, Generalife
Granada–Madrid		12 horas		Tren	
Madrid		1 día			Visita a las tiendas y barrios pobres
Madrid–Barcelona		12 horas	Zaragoza	Tren	
Barcelona					Monumentos, Catedral, exposición, teatros, librerías
Barcelona–Cerbera (frontera)–Niza	22 de septiembre	18 horas	Marsella	Tren	
Niza			Excursión a Menton, pasando por Montecarlo, Beaulieu, Villefranche, Capi-ferrat. Excursión a Cannes	Carro	Visita a las playas y tiendas de moda, casino, teatros, palacio real

\*

\*

Isabel Carrasquilla

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
Niza–Vintimilla (frontera)–Génova				Tren	
Génova			Excursión al Campo Santo		Iglesias, monumentos
Génova–Roma	28 septiembre		Mantua, Ferrara, Pisa, Carrara, Padua	Tren	
Roma			Excursión a los puertos de Ostia Nueva y Ostia Vieja		Basílica, Capilla Sixtina, ruinas antiguas, monumentos, museos
Roma–Nápoles	4 de octubre			Tren	Visita a Pompeya donde está el Vesubio
Nápoles			Excursión a Pompeya, ascensión al Vesubio, y al pueblo Torre del Greco		Ruinas antiguas, iglesia, cine
Nápoles–Roma–Florencia	7 de octubre			Tren	
Florencia					Monumentos, iglesias, museos

\*

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
Floren- cia- Venecia				Tren	
Venecia					Catedral, Basílica, Palacio de los Dux, museos, comercio
Venecia- Milán	12 de octubre		Lombardía	Tren	
Milán					Catedral, convento, cementerio, teatro
Milán-Lausana (Suiza)	14 de octubre			Tren	
Lausana			Excursión en barco a Ginebra y los pueblos cercanos		Edificio del Consejo de la Liga de las naciones, templos protestantes, almacenes de comercio
Lausana- París				Tren	
París			Recorrido por la ciudad		Louvre, Iglesias, monumentos, Panteón, Longchamps, almacenes de moda

\*

\*

Isabel Carrasquilla

<i>Trayecto</i>	<i>Fecha</i>	<i>Tiempo permanencia</i>	<i>De paso</i>	<i>Medio transporte</i>	<i>Lugares visitados</i>
París– San Nazario (puerto)– Puerto Colombia		13 días aprox.	Point a Pitre (Guadalupe), Fort de France (Martinica): excursión a la isla, La Guaira (Venezuela)	Tren y buque	
Puerto Colombia– Puerto Berrío		5 días de viaje		Vapor	
Puerto Berrío –Medellín	16 de di- ciem- bre			Tren	

\*





## Referencias bibliográficas

---

Fischer, T. (2001). “De la Guerra de los Mil Días a la pérdida de Panamá”. En: G. Sánchez y M. Aguilera (eds.). *Memoria de un país en guerra*. Bogotá. Planeta.

García de la Concha, V. (1992). “El arte de mirar y contar”. Prólogo. En: Camilo José Cela (1945). *Esas nubes que pasan*. Madrid. Austral.

Jursich Durán, M. y P. Londoño (1995). “Diarios, memorias y autobiografías en Colombia, la biblioteca sumergida”. *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*. Núm. 13.

Liévano Aguirre, I. (1946). *Rafael Núñez*. Bogotá. Librería Siglo XX.

Martínez, F. (1999). “¿Cómo representar a Colombia? De las exposiciones universales a la Exposición del Centenario, 1851-1910”. En: G. Sánchez y M. E. Wills (comp.). *Museo, memoria y nación*. Bogotá. Museo Nacional de Colombia.

\_\_\_\_\_ (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá. Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos.

Mesonero Romanos, R. (1881). *El antiguo Madrid. Paseos histórico-anecdóticos por las calles y casas de esta villa*. Tomo II. Madrid. Oficinas de la ilustración española y americana.

Ocampo, J. A. (1987). “Crisis mundial y cambio estructural 1929-1945”. En: *Historia Económica de Colombia*. Sitio web: *Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República*. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/>

Á. Rebolledo (1957). *El Canal de Panamá*. Cali. Biblioteca de la Universidad del Valle.

\*

Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)

Restrepo, J. (2004). *Mis recuerdos de Aranjuez*, texto inédito.

Rinke, S. (1997). "Amalgamarse el alma de Colombia: SCADTA y los principios de la aviación en Colombia, 1919-1940". *Innovar: Revista de Ciencias Administrativas y Sociales*. Núm. 10.

Terrero, J. y J. Reglá (2004). *Historia de España de la prehistoria a la actualidad*. Barcelona. Óptima.

Upegui Orozco, H. (1952). "Biografía mínima de Tomás Carrasquilla". En: Ernesto González. *Anecdotario de Don Tomás Carrasquilla*. Medellín. Tipografía Olympia.

\*



# Coeditores Colección Bicentenario de Antioquia



CORPORACIÓN  
UNIVERSITARIA  
LASALLISTA

Lleva el conocimiento  
*por siempre*



UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803  
Rectoría



UNIVERSIDAD DE MEDELLIN



UNIVERSIDAD CES  
*Un Compromiso con la Excelencia*



*Este libro se terminó de imprimir en  
Editorial Artes y Letras S.A.S  
para el Fondo Editorial Universidad EAFIT,  
en el mes de septiembre de 2011.*

*La carátula se imprimió en propalcote C1S 250 gramos,  
las páginas interiores en propal beige 70 gramos.*

*Las fuentes tipográficas empleadas son Adobe Caslon Pro Regular, Italic, Semibold.*

